



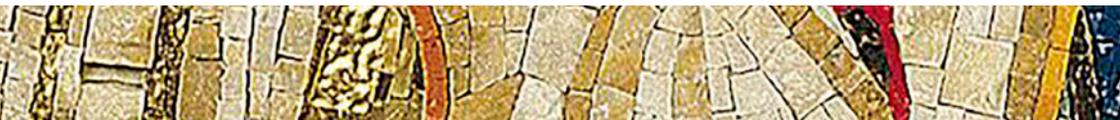
SALESIANOS
DON BOSCO-CHILE



TRABAJO Y TEMPLANZA

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA CONSAGRADOS

UN ITINERARIO PARA LA RECONCILIACIÓN
UN CAMINO DE VIDA ESPIRITUAL



*“Tu bondad y tu misericordia
me acompañan todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.
Salmo 22*

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA CONSAGRADOS

UN ITINERARIO PARA LA RECONCILIACIÓN
UN CAMINO DE VIDA ESPIRITUAL

Inspectoría Salesiana San Gabriel Arcángel - Chile

PRESENTACIÓN

Queridos Hermanos:

La espiritualidad es la capacidad que tenemos los seres humanos de salir de nosotros mismos, de nuestra carne y sangre, de lo que vemos y sentimos, de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos; la capacidad que tenemos de orientar nuestro ser y nuestra vida a Dios, en quien se funda nuestra existencia y la existencia de todo lo que nos rodea; la capacidad que tenemos de dejarnos llevar, conducir, guiar, motivar, fortalecer, por el Espíritu de Dios que habita en nosotros, palpita en nuestro corazón, vive en nuestra vida.

Para la Familia salesiana don Bosco, nos deja una herencia espiritual desde su experiencia de Dios. El modo de ser cristiano que tuvo Don Bosco, su espiritualidad, estuvo centrada en la caridad pastoral. Éste es el corazón de su espiritualidad. Don Bosco vivió su experiencia de Dios desde la clave del amor, entendida como caridad pastoral. Y es justamente hacia ella donde debemos tender constantemente en confrontación con la Palabra de Dios y en la revisión permanente de nuestra vida. En nuestras Constituciones, el art. 90 nos dice: “La Palabra de Dios nos llama a una conversión continua. Conscientes de nuestra fragilidad, respondemos con la vigilancia y el arrepentimiento sincero, la corrección fraterna, el perdón recíproco y la aceptación serena de la cruz de cada día. El sacramento de la reconciliación lleva a su plenitud el esfuerzo penitencial de cada uno y de toda la comunidad. Preparado con el examen de conciencia diario y recibido frecuentemente, según las indicaciones de la Iglesia, nos proporciona el gozo del perdón del Padre, reconstruye la comunión fraterna y purifica las intenciones apostólicas”.

Examinemos nuestra conciencia para pedirle a Dios perdón por los pecados cometidos. Se trata en primer lugar, ponerse delante de Él para que su misericordia nos alcance y, tocados por su amor que perdona, nos abramos al arrepentimiento. Por eso, las sugerencias que a continuación le proponemos, son sólo una ayuda para que quien quiera confesarse lo haga mejor, pero siempre desde la gracia de Dios que es la que nos lleva a la contrición.

El primer paso que debemos dar es ponernos en presencia de Dios para rezar con confianza y humildad al Señor, pidiéndole que nos ilumine para reconocer que Dios es misericordioso, que nos ha librado de la esclavitud del pecado por su muerte en Cruz, y así reconozcamos nuestros pecados. El Apóstol Santiago en su carta a la comunidad cristiana así le escribe: “Confíesense, pues, mutuamente sus pecados y oren los uno por los otros, para que sean curados” (St 5, 16)

En los sacramentos Dios Padre nos comunica, por los méritos de Jesús, su amor y sus gracias, y nosotros los acogemos en nuestro corazón y en nuestra vida. El principio y fundamento de todo perdón y de toda reconciliación, es el perdón que Dios nos da por medio de Jesús; por su Encarnación, por su vida en el mundo, por su pasión, por su muerte en la cruz, y por su gloriosa resurrección de entre los muertos. En Jesús y por Jesús, Dios Padre perdona nuestras culpas y pecados y nos reconcilia con Él; restaura, regenera, da un nuevo ser, una nueva vida, a nuestra relación con Él y a las relaciones de unos con otros, porque todos somos sus hijos muy queridos.

Jesús es la presencia viva y amorosa de Dios en nuestra carne y sangre, en nuestro mundo, en nuestra historia; la presencia real y concreta de su amor infinito, de su perdón infinito. Jesús es la presencia viva y amorosa de Dios entre nosotros y con nosotros, nos cura, nos sana, el cuerpo y el alma, el ser, la vida, la historia, y nos enseña a vivir de una manera totalmente nueva, distinta; Jesús nos enseña a vivir en el amor y por el amor.

El Sacramento de la Penitencia, Sacramento de la Reconciliación, es la celebración litúrgica por la cual Dios perdona nuestras infidelidades a su amor infinito, todo lo que hemos hecho desconociendo, haciendo a un lado su amor y su bondad; lo que hemos hecho en contra de quienes comparten su vida con nosotros, y también el bien que hemos dejado de hacer. La única condición que pone para perdonarnos es que estemos arrepentidos, y que nos empeñemos activamente en la lucha contra el mal que “habita” en nuestro corazón y contra el pecado que lo hace concreto, real.

Dios Padre que nos ama y quiere siempre nuestro bien, nos devuelve su vida divina, que es para nosotros fuente de paz y de alegría, la verdadera paz y la verdadera alegría. El perdón de Dios implica también para nosotros, la reconciliación con todos nuestros hermanos, de quienes también nos separamos por el pecado; de esta manera queda restaurada la unidad de la Iglesia, familia de Dios. Reconciliados con Dios, con la paz y la alegría en el corazón, podemos vivir y realizar nuestra misión de educadores-pastores en medio de nuestros jóvenes.

No se trata de responder rápidamente a las varias preguntas, mas bien dejarnos guiar por el Espíritu para que meditemos e interioricemos profundamente lo que el Señor nos sugiere para vivir nuestra vida consagrada con transparencia y autenticidad.

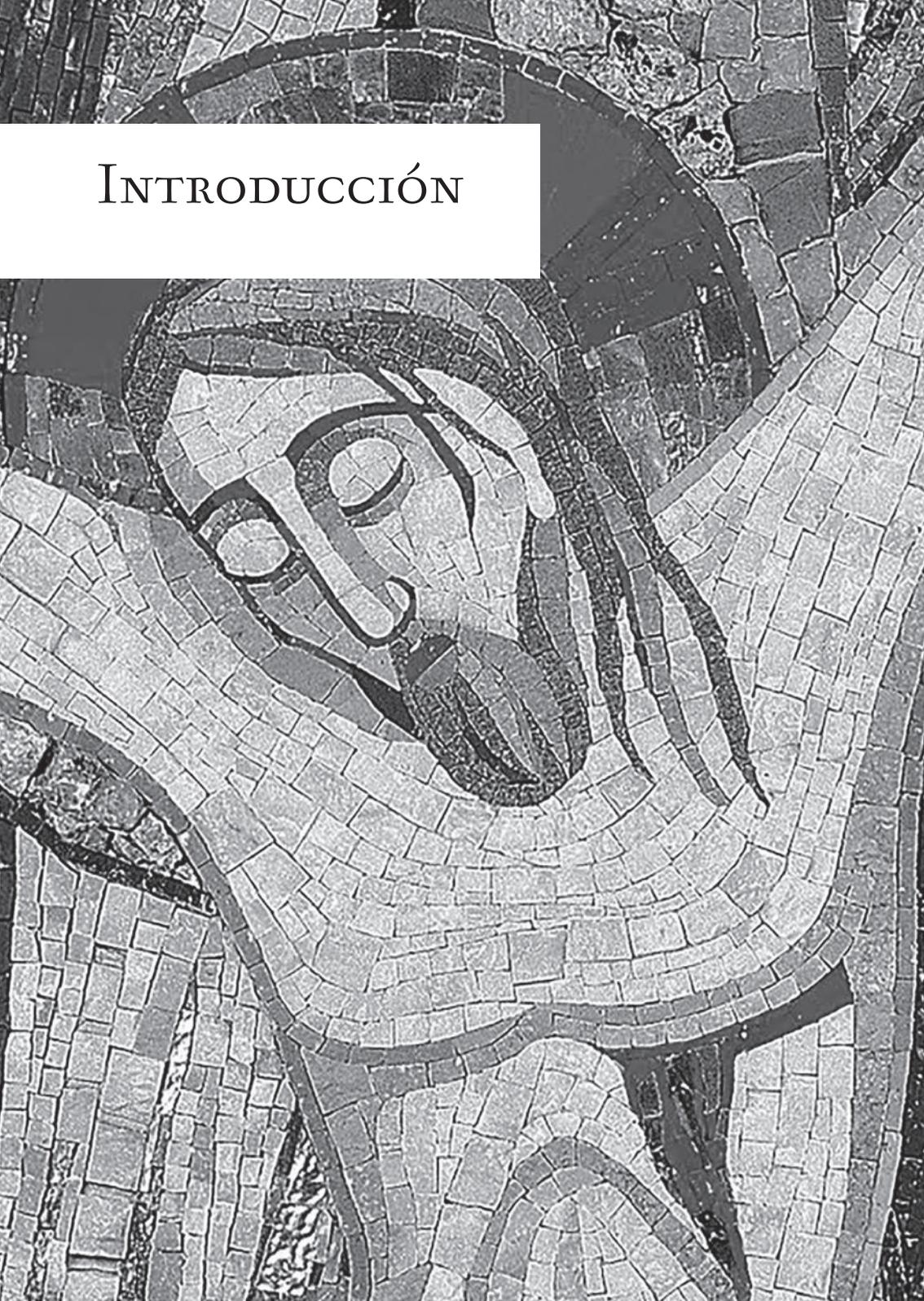
El pecado, producto del desamor, nos daña, nos esclaviza, deteriora nuestras relaciones con Dios y con los demás, y muchas veces las destruye, debilita nuestro ser de cristianos, seguidores de Jesús, y cada vez nos hace más vulnerable a la tentación y al mismo pecado. La Confesión, por su parte, nos libera, nos limpia, nos renueva, reconstruye nuestras relaciones con Dios y con los demás, nos comunica las gracias de la salvación y nos fortalece para que podamos luchar con éxito contra el pecado que nos acecha de diversas maneras y nos permite vivir nuestra vida consagrada en verdadera armonía con Dios y realizar nuestra misión en medio de los jóvenes con un corazón libre, abierto y transparente.

Hemos oído decir muchas veces que, según Don Bosco, la Reconciliación y la Eucaristía son las columnas de la educación y la evangelización. Ciertamente se encuentran en la vida de Don Bosco expresiones que muestran la importancia que él atribuía al sacramento. En cada una de las tres biografías ejemplares (Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besucco), hay un capítulo que habla de la confesión. En la de Domingo Savio, que es la primera en orden de tiempo, el capítulo trata juntamente de los dos sacramentos, Penitencia y Eucaristía. En cambio, en la de Miguel Magone hay dos capítulos, el cuarto y el quinto, dedicados sólo a la confesión. Bajo forma biográfica, Don Bosco propone una pedagogía para ayudar al joven a superar las propias tendencias deteriorantes, a crecer en humanidad y a orientarse a Dios mediante la penitencia.

Como la oración, la Eucaristía, y la Confesión no es, en ningún momento, un rito mágico, que obra por sí mismo; no cambia los acontecimientos ya dados, no elimina la memoria, no vuelve el tiempo atrás, no soluciona los problemas que todos tenemos, pero sí nos da gracias especiales que nos ayuda a tomar conciencia del amor misericordioso que Dios siente por nosotros, nos purifica interiormente del mal que hemos hecho, y nos fortalece para obrar el bien, nos permite sentir en el corazón paz, alegría, esperanza, y nos conduce por el camino del perdón, de la reconciliación, del amor hecho vida.

Queridos Hermanos, en este año de la Misericordia, un año jubilar que nos ofrece la oportunidad de experimentar la ternura y la misericordia de Dios y nos invita a “ser misericordiosos como el Padre” encuentre en cada uno de nosotros la disponibilidad a hacernos encontrar por nuestro Padre Dios que nos espera con sus brazos abiertos.

P. Alberto Lorenzelli Rossi
Inspector



INTRODUCCIÓN

1. NECESIDAD DE MISERICORDIA

La Reconciliación es una experiencia profunda del amor misericordioso de Dios. La Palabra de Dios nos llama a una continua conversión. A esta nos invitan también los compromisos de nuestra profesión religiosa salesiana y del ministerio sacerdotal.

La experiencia de la misericordia y la llamada de la Palabra de Dios a la conversión nos estimulan a una respuesta humilde y sincera: la confesión de los pecados.

Sabemos bien lo que significa para don Bosco tanto la Eucaristía como la Confesión, En su trabajo de educador- pastor con los jóvenes, comprendió que para ayudarles a cambiar de vida y mantener una vida sana era necesario inculcarles la confesión y comunión frecuentes. Por eso, dedicó muchas horas de su vida a confesar a sus jóvenes y a todas las personas que acudían a él de todas partes. La experiencia de Don Bosco y los consejos que daba a los jóvenes pueden ser útiles también ahora, para motivar nuestros propios exámenes de conciencia, en el año de la misericordia.

2. CONFESIÓN DE LOS PECADOS

El pecado es la exclusión de Dios, la ruptura con Dios, y de la comunión, y atenta contra la misma Iglesia (Catecismo 1440).

Así, pues La confesión de los pecados, incluso desde un punto de vista simplemente humano, nos libera y facilita nuestra reconciliación con los demás. Por la confesión, el hombre se enfrenta a los pecados de que se siente culpable; asume su responsabilidad y, por ello, se abre de nuevo a Dios y a la comunión de la Iglesia con el fin de hacer posible un nuevo futuro (Catecismo 1455).

Sin ser estrictamente necesaria, la confesión de los pecados veniales, sin embargo, se recomienda vivamente por la Iglesia. En efecto,

la confesión habitual de los pecados veniales ayuda a formar la conciencia, a luchar contra las malas inclinaciones, a dejarse curar por Cristo, a progresar en la vida del Espíritu. (Cat. 1458).

Para preparar la confesión de los pecados es necesario, un examen de conciencia hecho a la luz de la Palabra de Dios (Catecismo 1454).

3. CONTRICCIÓN Y ATRICCIÓN

Para que sean perdonados nuestros pecados, es preciso, en primer lugar, tener contrición, que es un dolor del alma y una detestación del pecado cometido con la resolución de no volver a pecar (Cat 1451). Cuando la contrición tiene lugar, porque nos duele haber ofendido a Dios, que es amor y nos ama infinitamente, entonces se llama contrición perfecta. Semejante contrición perdona las faltas veniales; obtiene también el perdón de los pecados mortales, si comprende la firme resolución de recurrir tan pronto como sea posible a la confesión sacramental (Cat 1452).

La contrición imperfecta o atrición nace de la consideración de la fealdad del pecado o del temor a la condenación eterna...Por sí misma, la contrición imperfecta no alcanza el perdón de los pecados graves, pero dispone a obtenerlo en el sacramento de la penitencia (Cat 1453). En la práctica, muchas veces, nuestro arrepentimiento es deficiente, quizás por temor al castigo o por otras consideraciones humanas. Por ello, es importante que acudamos a la confesión. Cristo ha prometido: Aquellos a quienes perdonen los pecados les serán perdonados y a quienes se los retengan les serán retenidos (Jn 20, 22).

4. EXAMEN DE CONCIENCIA

El sacramento de la reconciliación lleva a su plenitud el esfuerzo penitencial de cada uno y de toda la comunidad, Preparado con el examen de conciencia diario, y recibido frecuentemente, según las indicaciones de la Iglesia, nos proporciona siempre un gozo del perdón del Padre, reconstruye la comunión fraterna y purifica las intenciones apostólicas. (Const. 90)

El examen de conciencia es la lectura de la propia vida, hecha ante Dios, para tomar las propias fragilidades y presentarlas al Señor misericordioso para que nos done la alegría del perdón.

El examen de conciencia, además de evidenciar nuestras faltas sirve para formar una conciencia recta y equilibrada que adquiera el sentido de las propias responsabilidades como consagrado. Para ayudar a los religiosos y a los sacerdotes a formarse una conciencia “recta y equilibrada”, se han preparado algunos esquemas de examen de conciencia, para escrutar en profundidad la propia vida cristiana, religiosa y sacerdotal, y llegar a la raíz de las propias debilidades, para emprender un itinerario para la reconciliación y un camino de vida espiritual.

El primer esquema es un examen de la propia vida a la luz del Evangelio y de las Constituciones, vías seguras para vivir la llamada a la santidad.

El segundo esquema es una invitación a tomar el propio compromiso en la práctica de las virtudes cardinales, perfecciones habituales y estables de la inteligencia y de la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y dirigen nuestra conducta en conformidad a la razón ya la fe, y las virtudes teologales que animan el actuar moral del cristiano, vivificando las virtudes humanas. Este esquema contempla además elementos propios del desarrollo del CG 27, y elementos de las Constituciones Salesianas.

El tercer esquema contiene una mirada profunda a los siete vicios capitales que siendo lo contrario de las virtudes son hábitos perversos que oscurecen la conciencia e inclinan al mal.

El cuarto esquema, iluminados por la Palabra de Dios, nos invita a revisar nuestra respuesta cotidiana para identificarnos siempre más con la persona de Jesús.

El quinto esquema es un examen de conciencia que considera los distintos momentos de nuestra jornada cotidiana, semanal, mensual y anual con el método del discernimiento, para llevarnos a una purificación y a una integración más profunda de nuestra vida.

Un diligente examen de conciencia es el primero de los actos del penitente en preparación a la confesión de los pecados, para reconciliarse con Dios, con la Iglesia, recuperar el estado de gracia, la remisión de las penas temporales que son las consecuencias del pecado, la paz y la serenidad de la conciencia, la consolación del Espíritu, el crecimiento de las fuerzas espirituales para el combate cristiano.

El examen de conciencia además, en la óptica de la conversión, y de la renovación de la vida espiritual, ayuda a pasar de actitudes negativas a actitudes positivas, tal vez más aún a pasar de un amor incierto y frágil, a un amor más firme y generoso, tarea nunca acabada.

5. FRECUENCIA DEL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

Decía el Papa Juan Pablo II: En el sacramento de la penitencia cada hombre puede experimentar de manera singular la misericordia, es decir, el amor que es más fuerte que el pecado... Son infinitas la prontitud y la fuerza del perdón que brotan continuamente del valor admirable del sacrificio de Jesús. (Encíclica *Dives in misericordia*, 13)

Respecto a la frecuencia del encuentro con el Señor en el sacramento de la Penitencia, recuerdo estas palabras de Don Bosco, apóstol de la confesión, en unas buenas noches... “Quien quiera pensar a su alma, vaya a confesarse una vez al mes; quien quiera salvarla, pero no se siente tan comprometido, vaya cada quince días; quien quisiese llegar a la perfección, vaya todas las semanas. No más, a menos que uno tuviese algo que le pesase en la conciencia” (MB XII, 566).

Después del Concilio Vaticano II se dijo que el sacramento sea celebrado según las indicaciones de la Iglesia, “frecuentemente”.

Consultada la Congregación para los religiosos, se interpretaba la expresión “frecuentemente” como dos veces al mes. En el decidir esta frecuencia, cada uno tendrá cuenta de la amplitud del campo penitencial en la cual se mueve: procurará por tanto una programación del propio esfuerzo espiritual, la ascesis de la vida cotidiana, la dirección espiritual.

El fruto mayor de un buen examen de conciencia y de una confesión humilde y sincera de los pecados es la posibilidad de rehacer con claridad la propia opción fundamental, poniendo al centro del propio ser y de la propia vida al Señor Jesús y su servicio, y encontrando en Él con mayor vigor la unidad profunda del propio espíritu.

6. DON BOSCO, EL APÓSTOL DE LA RECONCILIACIÓN.

Don Bosco nunca dejó de ejercer el ministerio de la confesión al que dedicaba dos y tres horas diarias y, en ocasiones especiales, hasta días enteros y, alguna vez, toda la noche. Ni siquiera durante su enfermedad dejó de confesar. Varias iglesias de Turín fueron campo para el ejercicio de su celo incansable. En sus frecuentes predicaciones por los pueblos y ciudades del Piamonte... confesaba, desde las primeras horas del día

hasta avanzada la noche. Escuchaba, en ocasiones, una muchedumbre de penitentes sin cuento y esto por años y años desde 1844 a 1865. Su nombre era sinónimo de confesión para los que le conocían.

D. Bosco decía: El sacerdote siempre es sacerdote y debe manifestarse así en todas sus palabras. Ser sacerdote quiere decir tener continuamente la obligación de mirar por los intereses de Dios y de la salvación de las almas. Un sacerdote no ha de permitir nunca que quien se acerque a él se aleje sin haber oído una palabra que manifieste el deseo de la salvación eterna de su alma (MB, III, 75)

Cuando Don Bosco confesaba a un condenado, al llegar el día de la ejecución, acudía la víspera por la tarde para pasar la primera mitad de la noche acompañando al reo. Sus palabras tenían una eficacia extraordinaria para consolar al paciente. Le recordaba la bondad de María, madre misericordiosa y refugio de los pecadores. Le hacía reflexionar cómo Dios había permitido que llegase aquel momento doloroso, porque de haber quedado sin castigo se hubiera perdido eternamente; le aseguraba que la muerte, aceptada con plena resignación, era un acto de amor perfecto, que lo llevaría al paraíso sin pasar por el purgatorio. Lo exhortaba a arrojarle confiadamente en los brazos de la amorosa misericordia del Señor, repitiendo las palabras que le dirigió al buen ladrón: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. También le hacía rezar el acto de contrición u otra breve oración.

A los muchachos les recomendaba la confesión frecuente. En las “Buenas noches” del 2 de noviembre de 1876, les decía: En cuanto a la confesión frecuente no voy a fijarles el día exacto. San Ambrosio y san Agustín están de acuerdo en decir que cada ocho días. Yo, por mi parte, no les doy ningún consejo especial: sólo les diré que vayan al confesor siempre que les remuerda la conciencia por algún pecado (MB 12, 566).

7. EN ORACIÓN.

La comunidad manifiesta de forma visible, el misterio de la Iglesia, que no nace de voluntad humana, sino que es fruto de la Pascua del Señor. Del mismo modo, Dios congrega nuestra comunidad y la mantiene unida con su invitación, su Palabra y su amor. Cuando ora, la comunidad salesiana responde a esa invitación, reaviva la conciencia de su relación íntima y vital con Dios y de su misión de salvación, y hace propia la invocación de don Bosco “Da mihi animas, cetera tolle”. (Const. 85)

8. LA INVITACIÓN DE JESÚS

“Conviértete y cree en el Evangelio”

9. LA ORACIÓN PARA RECONOCERSE PECADORES

**Misericordioso Jesús,
¡Dóname un corazón humilde y contrito, para
que sepa reconocer el pecado
que me aleja de servirte solo a Tí en los hermanos!**

10. LA RECONCILIACIÓN PARA UNA PERSONA CONSAGRADA

La Palabra de Dios nos llama a una continua conversión. A esta nos llaman también los compromisos derivados de la ordenación sacerdotal, de la profesión religiosa salesiana, el testimonio de los hermanos, y el amor de los jóvenes.

El paso del egoísmo al amor constituye una dimensión específica de la vida y de la formación. El Sacramento de la Reconciliación lleva a cumplimiento el esfuerzo penitencial de cada uno y de la

comunidad.

La reconciliación es un don de Dios, pero exige siempre nuestra respuesta. Es un acto muy personal y al mismo tiempo comunitario.

Se debería educar siguiendo el espíritu y la letra del nuevo “Ordo penitentiae”, para una liturgia penitencial personal que amplíe los términos de la confesión individual, según estos momentos:

- reconozco los dones de Dios y desde lo profundo de su amor se los agradece;
- se acusan los pecados y se completa el cuadro de la propia vida con la indicación de lo que constituye nuestra fatiga de amar a Dios y a los hermanos;
- se hace mención a los instintos e inclinaciones, a las amarguras de fondo, a las antipatías y a las heridas interiores que están a la raíz de las pequeñas y continuas culpas cotidianas;
- se reconoce, en fin, profesando la propia fe, que el Señor puede salvar.

A Él pidamos únicamente el perdón, presentemos también la petición de aquel Espíritu que es el perdón de los pecados y que quita la realidad y el peso del pecado de nuestra vida.

11. PREPARACIÓN A LA CONFESIÓN

Antes de acercarse al sacramento de la Reconciliación recógete para que el Señor Jesús te conceda la luz de la verdad para revisar tu fidelidad a su llamada.

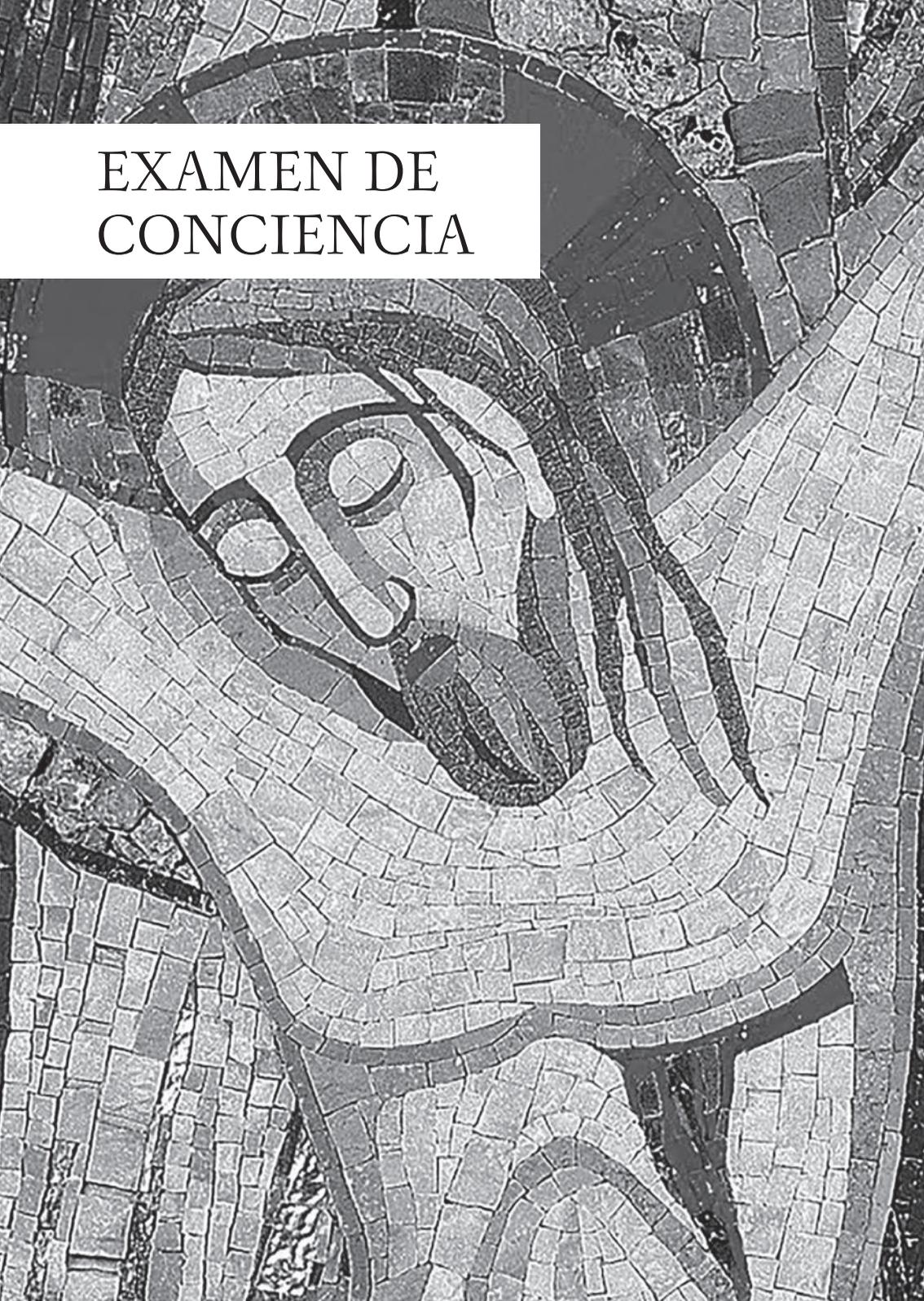
Haz un momento de oración silenciosa. Luego concluye:

**Señor Jesús, manda tu Espíritu de verdad a
revisar mi fidelidad a tu llamada
y renovar una vez más,**

**el esfuerzo de conformarme a ti y al Evangelio Tú que
vives y reinas por los siglos de los siglos.**

Amén.

Luego de haber orado, examina con simplicidad, humildad y verdad tu vida.



EXAMEN DE CONCIENCIA

ESQUEMA 1

El Evangelio y las Constituciones. Camino seguro para vivir la llamada a la santidad.

Como expresaba bien don Viganó, las Constituciones describen las riquezas espirituales de nuestra tradición salesiana, definen su proyecto apostólico, trazan el camino de nuestra santificación y nos invitan a testimoniarla, como el don más valioso que podemos ofrecer a los jóvenes. En cuanto tal, conservan toda su validez y toda su riqueza y es oportuno que nos confrontemos cotidianamente con ellas.

El libro de la Regla es para nosotros, Salesianos, el testamento vivo de don Bosco que nos dice: si me habéis amado hasta ahora, seguid haciéndonoslo en adelante, con la observancia exacta de nuestras Constituciones. (Cfr. Proemio de las Const.)

1. DINAMISMO DE LA CONVERSIÓN

La palabra de Dios nos llama a una conversión continua. Conscientes de nuestra fragilidad, respondemos con la vigilancia y el arrepentimiento sincero, la corrección fraterna, el perdón recíproco y la aceptación serena de la cruz de cada día (Cont. 90). La acción del espíritu es para un salesiano profeso, fuente permanente de alegría y de apoyo en el esfuerzo diario de crecer en el amor perfecto a Dios y a los hombres. (Cfr. Const. 25)

- ¿Uso los dones de la gracia en un constante esfuerzo de conversión y de renovación?
- ¿He caído en un estado de mediocridad espiritual?
- ¿Me he acostumbrado a mis faltas y defectos?

- ¿He caído en ambigüedades que bloquean mi vida espiritual?
- ¿Me he dejado endurecer el corazón por la superficialidad y mundanidad espiritual?

2. EL PRIMADO DE DIOS EN MI VIDA

El salesiano atento a la presencia del Espíritu y haciendo todo por amor de Dios, llega a ser como don Bosco, contemplativo en la acción. (Const. 12)

- ¿Cómo vivo la certeza de que Dios nos acompaña con sus actos de salvación?
- ¿Qué lugar ocupa Dios en mi vida? ¿Está Dios en el primer puesto?
- ¿Puedo decir que Jesús ha entrado plenamente en mi vida?
- ¿Mi vida religiosa se realiza en la inmersión en su misterio de amor a través de la contemplación y la adoración?
- ¿Vivo cotidianamente en la gracia de unidad y en la alegría de la vocación consagrada salesiana?

3. COMUNIÓN FRATERNA Y APOSTÓLICA

El mandato apostólico que nos confía la Iglesia, lo reciben y realizan, en primer lugar las comunidades inspectoriales y locales. (Const. 44). Vivir y trabajar juntos es para nosotros salesianos, exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación. (Const. 49)

- ¿Me siento miembro vivo de mi comunidad?
- ¿Doy mi aporte para crear en la comunidad un clima de fraternidad, de amistad?

- ¿Evito las habladurías y murmuraciones?
- ¿Evito antipatías, discordias, divisiones, envidias, celos, y rivalidades?
- ¿Soy capaz de perdonar, dando el primer paso para la reconciliación?
- ¿Sé amar también a quien me es antipático y a quien me ha ofendido?
- ¿Trabajo con espíritu de responsabilidad y de colaboración?

4. VIDA DE ORACIÓN

Solo podremos formar comunidades que rezan, si personalmente somos hombres de oración. (Const. 93)

Al trabajar por la salvación de la Juventud, el salesiano vive la experiencia de la paternidad de Dios, y reaviva continuamente la dimensión divina de su actividad. El salesiano cultiva la unión con Dios, y advierte la necesidad de orar ininterrumpidamente en dialogo sencillo y cordial con Cristo vivo y con el Padre a quien siente cerca de si (Cfr. Const. 12)

4.1. ORACIÓN PERSONAL

- ¿Reservo en mi jornada diaria espacios suficientes a la oración y al silencio para expresar mi modo personal de ser hijo de Dios?
- ¿Recurso cotidianamente a la Sagrada Escritura para alimentar mi oración?
- ¿Cultivo la unión con Dios a lo largo de la jornada la liturgia del la oración comunitaria?

4.2. ORACIÓN COMUNITARIA

- ¿Participo en los momentos de oración comunitaria (eucaristía, meditación, Liturgia de las horas, lectura espiritual, etc.?).
- ¿La Eucaristía es el acto central que ilumina mi jornada cotidiana?
- ¿Participo o celebro la Eucaristía con dignidad y fervor?
- ¿Cómo vivo los misterios del Señor en las celebraciones del año litúrgico y del domingo?

4.3. DEVOCIONES PARTICULARES

- ¿Visito a menudo a Jesús eucaristía durante el día?
- ¿Doy a la Madre de Dios un lugar particular en mi vida?
- ¿Recito, meditándolo, el Santo Rosario?

5. VIDA CONSAGRADA (SIGUIENDO A CRISTO OBEDIENTE, POBRE Y CASTO)

Los salesianos de don Bosco, formamos una comunidad de bautizados que, dóciles a la voz del Espíritu, nos proponemos realizar, en una forma específica de vida religiosa el proyecto apostólico del Fundador: Ser en la Iglesia signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente los más pobres. En el cumplimiento de esta misión encontramos el camino de nuestra santificación. (Const. 2)

¿Cómo valoro hoy en mi vida:

- La gracia de la vocación salesiana,
- La fecundidad de los consejos evangélicos,
- La fraternidad en mi comunidad y,
- Mi servicio alegre entre los jóvenes?

5.1. VOTO DE OBEDIENCIA

- ¿Acudo al director en clima de confianza, para manifestar mi vida y lo que contribuye al bien de los hermanos?
- ¿Practico la obediencia con ánimo alegre y con humildad?
- ¿Cultivo actitudes de autonomía, de independencia, en contraste con la obediencia?
- ¿Cultivo la corresponsabilidad, colaborando aun cuando mis puntos de vista son diversos?
- ¿Pongo mis cualidades y dones al servicio de la misión común?

Si soy superior:

- ¿oriento, guío y animo haciendo un uso discreto de la autoridad?
- ¿Estoy disponible permanentemente para escuchar y acompañar a mis hermanos?

5.2. VOTO DE POBREZA

- ¿Vivo con un tenor de vida pobre?
- ¿Me libero verdaderamente de la preocupación y el afán por los bienes materiales?
- ¿Cómo vivo mi aceptación para depender del Superior y de la comunidad, en el uso de los bienes temporales?
- ¿Estoy sereno y contento con lo que me viene dado o soy exigente o pretencioso?
- ¿Comparto fraternalmente los dones, los frutos de mi trabajo y de mis experiencias?

- ¿Vivo a diario el desprendimiento y estoy atento al deseo de comodidades que amenazan mi fidelidad, y generosidad apostólica?

5.3. VOTO DE CASTIDAD

- ¿Experimento mi castidad como una virtud radiante y portadora de un mensaje especial para la juventud pobre y abandonada?
- ¿Cultivo cotidianamente mi equilibrio psicológico y madurez afectiva para la observancia de la perfecta continencia?
- ¿Vivo la castidad con un corazón indiviso, buscando hacerme todo para todos?
- ¿Practico la necesaria mortificación y la custodia de los sentidos?
- ¿Vivo, como dice Jesús, con una actitud vigilante sobre los pensamientos, los afectos, el modo de relacionarme, evitando cualquier equívoco en el modo de comportarme?
- ¿Hago un uso discreto y prudente de los medios de comunicación social (Internet, TV, redes, sociales, etc.).

ESQUEMA 2

1. LAS VIRTUDES CARDINALES Y TEOLOGALES

Las virtudes humanas son actitudes firmes, disposiciones estables, perfecciones habituales del entendimiento y de la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Proporcionan facilidad, dominio y gozo para llevar una vida moralmente buena. El hombre virtuoso es el que practica libremente el bien (Catecismo, 1804).

Existen las virtudes humanas denominadas “cardinales” y existen las virtudes “teologales” que tiene como origen motivo y objeto inmediato a Dios mismo.

Las virtudes teologales se refieren directamente a Dios. Disponen a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad. Tienen como origen, motivo y objeto a Dios Uno y Trino (Catecismo 1812).

El Papa Juan XXIII escribió en una nota que fue publicada “esta vez hice el retiro sobre las siete lámparas de la santificación”, las siete virtudes, quería decir, es decir, fe, esperanza, caridad, prudencia, fortaleza, templanza y justicia.

Examinémonos entonces sobre las siete lámparas de la santificación. ¿Son luminosas y vivas, o apagadas y tenebrosas para mi vida hoy en día?

2. LAS CUATRO VIRTUDES CARDINALES

2.1. PRUDENCIA

La prudencia es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo (Catecismo 1806).

El hombre prudente es el que se ocupa por todo lo que es verdaderamente bueno, se esfuerza por medirlo todo, cualquier situación y todo su obrar, según el metro del bien moral. Prudente no es, por lo tanto -como frecuentemente se cree-, el que sabe arreglárselas en la vida y sacar de ella el mayor provecho; sino quien acierta a edificar la vida toda según la voz de la conciencia recta y según las exigencias de la moral justa. De este modo la prudencia viene a ser la clave para la realización de la tarea fundamental que cada uno de nosotros ha recibido de Dios. Esta tarea es la perfección del hombre mismo.

Los salesianos, sabemos que don Bosco mismo, guiado por María, ha vivido en el trato con los jóvenes, una experiencia espiritual y educativa, que ha llamado “sistema preventivo” (Cfr. C. 20), que nos orienta y nos inspira tanto en la caridad como en las relaciones interpersonales.

- ¿Soy prudente? ¿Vivo consecuente y responsablemente mi vida religiosa?, el estilo de vida que estoy siguiendo, ¿sirve para el bien auténtico?;
- ¿Sirve para la salvación que quieren para nosotros Cristo y la Iglesia? ¿Busco el verdadero bien de los jóvenes, de la comunidad, o sólo intereses particulares y parciales?
- ¿Se eligió en cada circunstancia el bien y los medios adecuados para hacerlo?
- ¿Soy prudente y comedido en el modo de hablar, de tratar, en mis gestos?
- ¿Vivo verdaderamente el sistema preventivo de don Bosco, que informa toda relación, con Dios, con los demás, con la comunidad, y con los jóvenes?

2.2. JUSTICIA

La justicia es la virtud moral que consiste en la constante y firme voluntad de dar a Dios y al prójimo lo que les es debido. La justicia para con Dios es llamada “la virtud de la religión”. Para con los hombres, la justicia dispone a respetar los derechos de cada uno y a establecer en las relaciones humanas la armonía que promueve la equidad respecto a las personas y al bien común. El hombre justo, evocado con frecuencia en las Sagradas Escrituras, se distingue por la rectitud habitual de sus pensamientos y de su conducta con el prójimo. “Siendo juez no hagas injusticia, ni por favor del pobre, ni por respeto al grande: con justicia juzgarás a tu prójimo” (Lv 19, 15). “Amos, dad a vuestros esclavos lo que es justo y equitativo, teniendo presente que también vosotros tenéis un Amo en el cielo” (Col 4, 1) (Catecismo 1807).

Para nosotros salesianos la misma justicia se va verificando en el cuidado que tenemos por los jóvenes más pobres y abandonados. “El Señor indicó a don Bosco, como primeros y principales destinatarios de su misión a los jóvenes más pobres y llamados a esa misión nos percatamos de su extrema importancia ... y, con Don Bosco reafirmamos nuestra preferencia por la juventud pobre, abandonada y en peligro” (Cfr. C. 26).

- ¿Cómo estoy viviendo esta opción fundamental de nuestra vida en la misión?
- ¿Respeto y promuevo los derechos fundamentales de cada persona en comunidad y fuera de ella?
- ¿Tengo cuidado de cumplir con fidelidad y empeño mi trabajo, o soy descuidado o flojo?

- ¿Promuevo el bien común y participo respetando las leyes y haciéndome cargo de las responsabilidades provenientes de mi rol u oficio?
- ¿He dañado alguno/a, abusando de la autoridad que estoy llamado a ejercer al servicio de los hermanos y hermanas?
- ¿Cómo es mi trato con los hermanos y con las personas con las que llevamos adelante la misión encomendada?
- ¿Cómo estoy viviendo el “hazte amar, más que temer”?

2.3. FORTALEZA

La fortaleza es la virtud moral que asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral. La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones. Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa. “Mi fuerza y mi cántico es el Señor” (Sal 118, 14). “En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: Yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33) (Catecismo 1808).

- ¿En la búsqueda del bien, estoy dispuesto al sacrificio y a la renuncia de cuanto bloquea su realización?
- ¿Resisto con firmeza cuanto puede hacer mella en la honestidad en mí actuar, en el relacionarme con los demás, en el comportarme en comunidad o fuera de ella?
- ¿Me he visto involucrado en lagunas formas injustas de trato, o de relaciones con los demás?

- ¿Me he dejado llevar a veces por el encubrimiento de alguna verdad, o la falta de sinceridad y transparencia en decir las cosas?

2.4. TEMPLANZA

La templanza, refleja la visibilidad de la ascética salesiana y es expresión del “caetera tolle”. El trabajo y la templanza, harán florecer la congregación; en cambio la búsqueda del bienestar material y las comodidades serán su muerte, nos enseña don Bosco. (Cfr. Const. 18)

La templanza es la virtud moral que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados. Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad. La persona moderada orienta hacia el bien sus apetitos sensibles, guarda una sana discreción y no se deja arrastrar “para seguir la pasión de su corazón” (cf. Si 5,2; 37, 27-31). La templanza es a menudo alabada en el Antiguo Testamento: “No vayas detrás de tus pasiones, tus deseos refrena” (Si 18, 30). En el Nuevo Testamento es llamada “moderación” o “sobriedad”. Debemos “vivir con moderación, justicia y piedad en el siglo presente” (Tt 2, 12) (Catecismo 1809).

- ¿Vivo el trabajo y la templanza como un don de Dios para mi comunidad?
- ¿Soy equilibrado en el uso de los bienes creados?
- ¿Domino la gula, intemperancia en el comer y beber y en cuanto puede dañar la salud física y moral?
- ¿Tengo bajo control mi tendencia a la comodidad, a la flojera y a cuanto me puede volver egoísta en relación a mis hermanos y los jóvenes?

3. VIRTUDES TEOLOGALES

3.1. FE

Es la virtud teologal por la cual creemos en Dios y en todo lo que nos ha revelado y que la Iglesia nos propone de creer, porque Dios es la misma verdad.

Como para don Bosco, también para nosotros, la primacía de Dios, es el punto de apoyo que da razón de nuestra existencia en la Iglesia y en el mundo. Esta primacía, da sentido a nuestra vida consagrada, hace que evitemos el riesgo de dejarnos absorber por las actividades olvidándonos de que somos, ante todo, buscadores de Dios, y testigos de su amor en medio de los jóvenes y de los pobres.

- ¿Me limito a lo que es visible, razonable, sin darme cuenta de la presencia y la intervención de Dios en mi vida?
- ¿Qué hago para profundizar y alimentar mi fe?
- ¿Cómo está siendo mi relación con la Palabra de Dios?
- ¿Tengo dudas acerca de lo que ha sido revelado por Dios?
- ¿Respondo a mis dudas con una búsqueda de la verdad?
- ¿Mi fe se expresa en mi modo de hablar, de pensar, de comportarme y me hace cambiar mi vida?
- ¿Cómo experimento hoy la misión, en relación a mi camino de fe?

3.2. ESPERANZA

La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo

nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo. “Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la promesa” (Hb 10,23). “El Espíritu Santo que Él derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna” (Tt 3, 6-7) (Catecismo 1817).

La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad (Catecismo 1818).

El Salesiano no se deja abatir por las dificultades, pues confía plenamente en el Padre “Nada te turbe” solía repetir don Bosco. (Cfr. Const. 8). Se trata así, de vivir con alegría y llenos de esperanzas “hombres de esperanza”, la vida religiosa en el mundo de hoy. Sólo así, podremos transmitir a los jóvenes esta plenitud para su propia vida. Podemos trasmitirla en los diversos momentos de encuentro con los jóvenes, como en la asistencia salesiana, como aspecto fundamental de nuestra espiritualidad; estar entre ellos con esta fuerza de la esperanza, ganar su confianza y acompañarlos en su asentimiento de fe, nos permitirá encontrar a Dios y escucharlo, para entregarles todas nuestras fuerzas hasta el último aliento.

- ¿Puedo decir que espero confiadamente la salvación solo de Dios?
- ¿Me preocupo especialmente de la Salvación de las almas, o me quedo en temas más inmanentes en relación a los jóvenes y mis hermanos?
- ¿Vivo en la espera del regreso de Cristo?
- ¿Me he replegado sobre mí mismo? ¿Pierdo de vista la meta hacia la cual camino: la vida eterna?
- ¿Soy pesimista en el afrontar las variadas situaciones de la vida cotidiana?
- ¿Sé descubrir el lado positivo de las personas que encuentro cada día?
- ¿Me siento solidario en la espera de la venida del Señor, con los hermanos y las hermanas presentes en mi vida y en el mundo?
- ¿Cómo estoy viviendo hoy en día, mi asistencia entre los jóvenes?

3.3. CARIDAD

Es la virtud teologal por la cual nosotros amamos a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, por amor a Dios.

Jesús hace de la caridad el mandamiento nuevo (cf. Jn 13, 34). Amando a los suyos “hasta el fin” (Jn 13, 1), manifiesta el amor del Padre que ha recibido. Amándose unos a otros, los discípulos imitan el amor de Jesús que reciben también en ellos. Por eso Jesús dice: “Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor” (Jn 15, 9). Y también: “Este es el mandamiento mío: que os améis unos a otros como yo os he amado” (Jn 15, 12). (Catecismo 1823).

- ¿Vivo con alegría y autenticidad la gracia de la consagración, siempre a través de un proyecto de vida?
- ¿Profundizo en nuestra espiritualidad mediante lecturas, meditación y/o diálogos con los hermanos?
- ¿Dios está verdaderamente al primer puesto en mi vida, por sobre todas las cosas?
- ¿Estoy dispuesto a sacrificar todo por amor a Dios y a los hombres?
- ¿Amo a todos sin reservas, aceptando a cada persona como es y no como quisiera que fuese?
- ¿Soy capaz de perdonar sin dobleces y sin deseos de venganza?
- ¿Rezo por quien me resulta antipático, me desprecia, me hace mal? ¿Soy capaz de comprender a todos?
- ¿Estoy convencido que el egoísmo es un pecado grave y que “quien no ama permanece en la muerte”?

ESQUEMA 3

1. LOS VICIOS CAPITALES.

Los vicios, siendo el contrario de las virtudes, son hábitos que oscurecen la conciencia e inclinan al mal. Los vicios pueden estar vinculados a los siete pecados capitales”.

Los siete vicios capitales tienen sus raíces en el corazón de cada hombre y mujer. Según el temperamento, la educación, la sensibilidad, las opciones de vida, las costumbres que vamos adquiriendo, somos más sensibles a unos que a otros. La lucha contra los pecados capitales es una prioridad en la vida espiritual, pero el riesgo de caer y la debilidad no desaparecerán nunca.

1.1. SOBERBIA

El inicio de todo pecado es la soberbia.

- ¿Me considero mejor que los otros? ¿Estimo de corazón a mis hermanos?
- ¿Asumo actitudes arrogantes dictadas por el orgullo y la prepotencia?
- ¿Trato en forma altanera a los hermanos de mi comunidad?
- ¿La humildad y la suavidad caracterizan mi modo de hablar, trabajar y relacionarme con los demás?
- ¿Actúo en forma independiente y egoísta?

1.2. AVARICIA

El pecado comienza no con la posesión del dinero, sino con su mal uso (San Máximo el confesor).

- ¿Estoy apegado al dinero? ¿Lo huso a mi gusto y caprichos personales? ¿Soy capaz de ahorrar y hacer ahorrar a mi comunidad?
- ¿Empleo subterfugios para dejar para mí lo que debo entregar a quien corresponde? (regalos, ofrendas, sueldos, fondos por rendir).
- ¿Si tengo algún rol de administración en la comunidad (ecónomo), lo ejercito con libertad, consciente de prestar un servicio, o con la actitud de patrón que regatea como si las cosas fuesen tuyas?

1.3. LUJURIA

La lujuria es un deseo o una búsqueda desordenada de placer físico (Catecismo de la Iglesia Católica).

- Busco placeres personales a través comportamientos desordenados?
- ¿Consiento al deseo y a la inclinación que me llevan al pecado contrario a la pureza del corazón y a la castidad del cuerpo y de mi mente?
- ¿Pongo límites a la imaginación, las miradas, las palabras, para evitar cuanto sea discordante con la vida cristiana y religiosa que vivo?
- ¿Practico la mortificación y la renuncia para moderar los instintos y purificar el corazón?

1.4. IRA

Es una pasión, un movimiento espontáneo de la naturaleza sensible que si no es controlado, vuelve al hombre agresivo y

vengativo. La ira llega a ser pecado cuando es injusta, vengativa o desmesurada.

- ¿Cómo estoy trabajando las molestias, rabias y rencores?
- ¿Voy cultivando en mi corazón sentimientos de ira?
- ¿Desahogo mi ira con rumores y calumnias sobre las demás personas?
- ¿Desahogo mi ira con peleas o con gestos violentos que suscitan sentimientos de venganza?
- ¿Me altero conmigo mismo no aceptando mis límites y fragilidades?

1.5. GULA

Es el deseo desregulado de alimentarse (Santo Tomás de Aquino). Cuando el estómago está controlado con prudencia e inteligencia, entran en el alma un conjunto de virtudes (san Nilo de Sora). Se ha identificado la gula con los placeres de la buena mesa. Pero el pecado no está en el placer en sí mismo, sino en la desmesura o exceso.

- ¿Cómo, o bebo en exceso, más de cuanto sea necesario para mantener mi cuerpo?
- ¿Busco alimentos muy exquisitos y refinados?
- ¿Sé moderarme en la búsqueda de placer, practicando la sobriedad?
- ¿Uso desmedidamente dinero en satisfacer placer relacionados con la comida?

1.6. ENVIDIA

Es una tristeza por lo que tienen los otros. Cuando un hombre siente que le falta una cualidad, que podría tener, encuentra una compensación en la envidia (Montesquieu).

Paul Beaucham escribe en su libro “Hablar de las Escrituras”: El celoso es la persona que no puede creer en la bondad de los otros, aun cuando tiene signos de su amor. Los celos lo llevan a considerar a cada persona como a un rival y a no creer en la amistad.

- ¿Cómo vivo en mi, las cualidades de mis hermanos y del prójimo?
- ¿Me entristezco por las cualidades y virtudes de los demás?
- ¿Sufro por el éxito de las iniciativas y por la estima que circunda a algún hermano?
- ¿Siento disgusto viendo a otros alegrarse por bienes o ventajas que yo no tengo?
- ¿Por envidia o por celos, genero en mí resentimientos que suscitan divisiones, contrastes y malhumores en comunidad?
- ¿Manifiesto mi envidia o mis celos ante una persona que “tengo en la mira” con ironías, comportamientos descorteses, groseros o maleducados?
- ¿Logro identificar los motivos por los cuales tengo envidias y celos de los hermanos?

1.7. PEREZA

Una primera definición es “la tristeza del bien divino” (Santo Tomás). La pereza es un cansancio interior, una apatía espiritual,

un disgusto por las cosas de Dios por lo cual se opone a la alegría que suscita en el alma la presencia de Dios.

- ¿Vivo intensamente mi relación de amor y de comunión con Dios o rechazo la comunión con Él?
- ¿Noto en mí una caída en la tensión del amor, una languidez espiritual, una falta de gusto en la oración?
- ¿Mi vida interior está llegando a ser árida y sin gusto?
- ¿Soy indiferente ante lo que dice relación con la fe y la esperanza en el Señor?

Una segunda definición es “el disgusto por la acción” (Santo Tomás). La pereza no es un simple perder el tiempo; es mucho más un rechazo a dirigirnos hacia nuestra vocación divina, una renuncia a la felicidad y una ausencia de escucha de los deseos profundos del propio corazón.

Es el pecado más grave de todos. Evagrio Póntico dice: “con nuestra pasividad nos dejamos tirar hacia abajo, en el hoyo negro, en vez de lanzarnos hacia lo alto”.

- ¿Dejo para mañana lo que debo hacer hoy, descuidando así los deberes de mi estado?
- ¿Es para mí el trabajo, realmente una forma de santidad y signo de radicalidad evangélica?
- Hago sólo aquello que quiero y postergo continuamente las exigencias prioritarias de los deberes por cumplir?
- ¿Malgasto el tiempo ante el computador, las redes sociales, el televisor y las redes sociales, o en el simple no hacer nada?
- ¿Me pierdo en pelambres y habladurías, que son hijos de la pereza?
- ¿Soy inconstante y falto de firmeza en mis decisiones?

ESQUEMA 4

Guiados por la Palabra del Señor

1. EL TESTIMONIO DE UNA VIDA CONSAGRADA A DIOS

El Señor me llama hoy a ser “sal de la tierra y luz para el mundo”. Sal que da sabor y realza los alimentos, sal que también conserva los alimentos. Luz para iluminar, luz que da confianza en medio del temor, luz que guía, luz que rompe la tiniebla y la oscuridad. Por eso ahora voy a examinar mi conciencia, mis actitudes a la luz de esta invitación que me hace el Señor a través de su Palabra.

Como la sal, también yo como consagrado salesiano estoy llamado en medio del mundo, a dar sabor a la convivencia, realzar los valores verdaderamente humanos de mis relaciones, sabiendo poner mi presencia allí donde nadie quiere ir, junto al lecho del enfermo o del anciano, acompañando al niño o al adolescente, en el descubrir de la vida y de la fe. Poniendo alegría allí donde hay tristeza, dando mi compañía allí donde hay soledad, cediendo de mis intereses en favor de los demás.

Como consagrado, estoy invitado a dar testimonio a los jóvenes, llevando una vida ejemplar, auténtica, creyente y creíble que sea para ellos contagiosa y camino de encuentro con la persona de Jesús. “Ser en la iglesia signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes” (Const. 2). Como salesiano, el Señor me llama a ser Don Bosco hoy en medio de los jóvenes, educador siempre y en cada momento. “Nuestra vida de discípulos del Señor es una gracia del Padre, que nos consagra con el don de su Espíritu y nos envía a ser apóstoles de los jóvenes”. (Const. 3)

En este examen de conciencia quiero mirarme en el espejo de Cristo, para medir la distancia entre su vida y la mía, para sopesar lo que me sobra y lo que me falta, para sentir la necesidad de la conversión y abrirme a la gracia del Espíritu.

2. REVISIÓN DE VIDA

1- “Por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad” (Jn 17,19)

- ¿Me propongo seriamente la santidad en mi vida consagrada y sacerdotal?
- ¿Estoy convencido de que la fecundidad de mi consagración y ministerio sacerdotal viene de Dios y que, con la gracia del Espíritu Santo, debo identificarme con Cristo y dar mi vida por la salvación del mundo?

2. “Éste es mi cuerpo” (Mt 26,26)

- ¿El santo sacrificio de la Misa es el centro de mi vida interior?
- ¿Me preparo bien, celebro devotamente y después, me recojo en acción de gracias?
- ¿Constituye la Misa el punto de referencia habitual de mi jornada para alabar a Dios, darle gracias por sus beneficios, recurrir a su benevolencia y reparar mis pecados y los de los jóvenes y los de todos los hombres?

3. “El celo por tu casa me devora” (Jn 2,17)

- ¿Celebro la Misa según los ritos y las normas establecidas, con auténtica motivación, con los libros litúrgicos aprobados?

- ¿Estoy atento a las sagradas especies conservadas en el tabernáculo, renovándolas periódicamente?
- ¿Conservo con cuidado los vasos sagrados?
- ¿Llevo con dignidad todos los vestidos sagrados prescritos por la Iglesia, teniendo presente que actúo in persona Christi Capitis?

4. “Permaneced en mi amor” (Jn 15,9)

- ¿Me produce alegría permanecer ante Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento, en mi meditación y silenciosa adoración?
- ¿Soy fiel a la visita cotidiana al Santísimo Sacramento?
- ¿Mi tesoro está en el Tabernáculo?

5. “Explícanos la parábola” (Mt 13,36)

- ¿Realizo todos los días mi meditación con atención, tratando de superar cualquier tipo de distracción que me separe de Dios, buscando la luz del Señor que sirvo?
- ¿Medito asiduamente la Sagrada Escritura?
- ¿Rezo con atención mis oraciones habituales?
- ¿Dedico durante mi jornada un tiempo para la oración personal?

6. Es preciso “orar siempre sin desfallecer” (Lc 18,1)

- ¿Celebro cotidianamente la Liturgia de las Horas integralmente, digna, atenta y devotamente?

- Soy fiel a mi compromiso con Cristo en esta dimensión importante de mi ministerio, rezando en nombre de toda la Iglesia?
- ¿Es mi oración una verdadera conversación del espíritu y del corazón con Dios o es solamente un rito exterior?
- ¿He ofrecido a Dios trabajos, alegrías y dolores?
- ¿He recurrido a Él en las tentaciones?

7. “Ven y sígueme” (Mt 19,21)

- ¿Agradezco al Señor por el don de la vocación?
- ¿Rezo e invoco al Señor por la perseverancia y fidelidad a la vocación recibida?
- ¿Cómo alimento y cultivo diariamente la vocación salesiana?
- ¿Tengo un corazón que desea algo grande o un corazón adormecido por las cosas?
- ¿Mi corazón ha conservado la inquietud de la búsqueda o lo he dejado sofocar por las cosas, que acaban por atrofiarlo?
- ¿Estoy inquieto por Dios, por anunciarlo, para darlo a conocer? ¿O me dejo fascinar por esa mundanidad espiritual que empuja a hacer todo por amor a uno mismo?
- ¿Me he “acomodado” en mi vida cristiana, en mi vida sacerdotal, en mi vida religiosa, también en mi vida de comunidad, o conservo la fuerza de la inquietud por Dios, por su Palabra, que me lleva a “salir fuera”, hacia los demás?

- 8. “Bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán Dios” (Mt 5,8)
- ¿Es, nuestro Señor Jesucristo, el verdadero amor de mi vida?
- ¿Observo con alegría el compromiso de mi amor hacia Dios en la continencia del celibato?
- ¿Me he detenido conscientemente en pensamientos, deseos o actos impuros; he mantenido conversaciones inconvenientes?
- ¿Me he puesto en la ocasión próxima de pecar contra la castidad?
- ¿He custodiado mi mirada? ¿He sido prudente al tratar con las diversas categorías de personas?
- ¿Representa mi vida, para los jóvenes, los colaboradores laicos y los fieles, un testimonio del hecho de que la pureza es algo posible, fecundo y alegre?

9. “¿Quién eres Tú?” (Jn 1,20)

- En mi conducta habitual, ¿encuentro elementos de debilidad, de pereza, de flojera?
- ¿Son conformes mis conversaciones al sentido humano y sobrenatural que un salesiano debe tener?
- ¿Estoy atento a actuar de tal manera que en mi vida no se introduzcan pensamientos y actitudes superficiales, frívolas o banales?
- ¿Soy coherente en todas mis acciones con mi condición de sacerdote o de religioso salesiano?

10. “Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5,3)

- ¿Amo la pobreza cristiana?
- ¿Pongo mi corazón en Dios y estoy desapegado, interiormente, de todo lo demás?
- ¿Estoy dispuesto a renunciar, para servir mejor a Dios, a mis comodidades actuales, a mis proyectos personales, a mis legítimos afectos?
- ¿Poseo cosas superfluas, realizo gastos no necesarios o me dejo conquistar por el ansia del consumismo?
- ¿Hago lo posible para vivir los momentos de descanso y de vacaciones en la presencia de Dios, recordando que soy siempre y en todo lugar salesiano, también en aquellos momentos?

11. “Has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños” (Mt 11,25)

- ¿Hay en mi vida pecados de soberbia: dificultades interiores, susceptibilidad, irritación, resistencia a perdonar, tendencia al desánimo, etc.?
- ¿Pido a Dios la virtud de la humildad?

12. “Al instante salió sangre y agua” (Jn 19,34)

- ¿Tengo la convicción de que, al actuar “en la persona de Cristo” estoy directamente comprometido con el mismo cuerpo de Cristo, la Iglesia?
- ¿Puedo afirmar sinceramente que amo a la Iglesia y que sirvo con alegría su crecimiento, sus causas, cada uno de sus miembros, toda la humanidad?

13. “Tú eres Pedro” (Mt 16,18)

- Nihil sine Episcopo – nada sin el Obispo – decía San Ignacio de Antioquía: ¿Están estas palabras en la base de mi ministerio sacerdotal?
- ¿Rezo especialmente por el Santo Padre, en plena unión con sus enseñanzas e intenciones?
- ¿Rezo por el Obispo de la Diócesis, participo a la vida de la Iglesia local, sigo las indicaciones pastorales?
- ¿Invito a los jóvenes y a los fieles a participar activamente en la Iglesia local?
- ¿Me he dejado llevar por críticas o malos comentarios sobre el Obispo, los sacerdotes diocesanos o los religiosos de la diócesis?

14. “Hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo” (Mt 6,10)

- ¿He recibido dócilmente órdenes, consejos o correcciones de mis Superiores?
- ¿Obedezco con animo alegre y con humildad?
- ¿Llevo adelante con sincera adhesión y participación los proyectos inspectoriales y las líneas de animación indicadas por la Congregación, la Inspectoría y la comunidad?
- ¿Me esfuerzo a trabajar en equipo con mis hermanos de comunidad, con los laicos y con los jóvenes?
- ¿Acepto de buen grado indicaciones que me pueden llegar de parte de los laicos responsables de áreas de animación y colaboro con ellos positivamente?
- Si soy superior: ¿Trato a los hermanos con delicadeza, atención y fraternidad?

- ¿Hago uso discreto de la autoridad, con humildad, respeto y paciencia?

15. “Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros” (Jn 13,34)

- ¿He vivido con diligencia la caridad al tratar con mis hermanos de comunidad o, al contrario, me he desinteresado de ellos por egoísmo, apatía o indiferencia?
- ¿He criticado a mis hermanos de la comunidad o de la Inspectoría?
- ¿He estado al lado de los que sufren por enfermedad física o dolor moral?
- ¿Vivo la fraternidad con el fin de que nadie esté solo?
- ¿Trato a todos mis hermanos y también a los jóvenes y fieles laicos con la misma caridad y paciencia de Cristo?

16. “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6)

- ¿Conozco en profundidad las enseñanzas de la Iglesia?
- ¿Las asimilo y las transmito fielmente?
- ¿Soy consciente del hecho de que enseñar lo que no corresponde al Magisterio, tanto solemne como ordinario, constituye un grave abuso, que causa daño a las almas?

17. “Vete, y en adelante, no peques más” (Jn 8,11)

- El anuncio de la Palabra de Dios ¿conduce a los fieles a los sacramentos?

- ¿Me confieso con regularidad y con frecuencia, conforme a mi estado y a las cosas santas que trato?

• ¿Celebro con generosidad el Sacramento de la Reconciliación?

- ¿Estoy ampliamente disponible a la dirección espiritual de los jóvenes y de los fieles dedicándoles un tiempo específico?
- ¿Preparo con cuidado la predicación y la catequesis?
- ¿Predico con celo y con amor de Dios?

18. “Llamó a los que él quiso y vinieron junto a él” (Mc 3,13)

- ¿Estoy atento a descubrir los gérmenes de vocación al sacerdocio y a la vida consagrada?
- ¿Me preocupo de difundir entre todos los laicos y la comunidad educativo-pastoral una mayor conciencia de la llamada universal a la santidad?
- ¿Pido a los jóvenes, colaboradores, familias y fieles rezar por las vocaciones y por la santificación del clero?

19. “El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir” (Mt 20,28)

- ¿He tratado de donarme a los otros en la vida cotidiana, sirviendo evangélicamente?
- ¿Manifiesto la caridad del Señor también a través de las obras?
- ¿Veo en la Cruz la presencia de Jesucristo y el triunfo del amor?
- ¿Imprimo a mi cotidianidad el espíritu de servicio?

- ¿Considero también el ejercicio de la autoridad vinculada al oficio una forma imprescindible de servicio?
- ¿Descubro en mí el deseo de mando, de poder, de autoreferencialidad, egocentrismo o algunas formas de narcisismo que no permiten la colaboración con los hermanos, con los laicos o con los mismos jóvenes, agentes pastorales...?

20. “Dejen que los niños vengan a mí” Mt 19,14

- ¿Me siento llamado a ser signo y portador del amor de Dios a los jóvenes?
- ¿Vivo con fidelidad mi vocación salesiana, siendo coherente con mi profesión religiosa?
- ¿Entrego toda mi vida por los jóvenes, especialmente los más pobres y abandonados?
- ¿Tengo un cuidado especial por las vocaciones apostólicas?
- ¿Tengo una visión positiva de las realidades, especialmente del mundo juvenil, con la convicción que el Señor ha triunfado sobre el pecado y la muerte, y está en el corazón de cada uno de sus hijos?
- ¿En mi servicio pastoral procuro ser fiel a Don Bosco y a los jóvenes a quienes sirvo?
- ¿Busco amar a Cristo en los jóvenes con la misma pasión de Don Bosco?
- ¿Ofrezco un servicio pastoral “con los jóvenes y para los jóvenes”, coherente con mi vocación salesiana, de calidad?
- ¿Respeto la libertad de los jóvenes, busco la manera de comprenderlos, los encamino a la maduración y autonomía

personal y procuro no crear en ellos vínculos posesivos o de dependencia afectiva con mi persona?

21. “Tengo sed” (Jn 19,28)

- ¿He rezado y me he sacrificado verdaderamente y con generosidad por las almas que Dios me ha confiado?
- ¿Cumplo con mis deberes pastorales?
- ¿Tengo también solicitud de las almas de los fieles difuntos?

22. “¡Ahí tienes a tu hijo! ¡Ahí tienes a tu madre!” (Jn 19,26-27)

- ¿Recurro lleno de esperanza a la Santa Virgen, Madre de los consagrados y sacerdotes, para amar y hacer amar más a su Hijo Jesús?
- ¿Cultivo la piedad mariana?
- ¿Reservo un espacio en cada jornada al Santo Rosario?
- ¿Recurro a su materna intercesión en la lucha contra el demonio, la concupiscencia y la mundanidad?

23. “Padre, en tus manos pongo mi espíritu” (Lc 23,44)

- ¿Soy solícito en asistir y administrar los sacramentos?
- ¿Considero en mi meditación personal, en la catequesis y en la ordinaria predicación la doctrina de la Iglesia sobre los Novísimos?
- ¿Pido la gracia de la perseverancia final e invito a los jóvenes y a los fieles a hacer lo mismo?
- ¿Ofrezco frecuentemente, con devoción y profunda gratitud los sufrimientos por las almas de los hermanos difuntos?

Oración para pedir perdón

Oh Dios, dame en esta hora la gracia
de reconocer debidamente mis pecados ante ti, y de arrepentirme de
ellos verdaderamente.

Borra de tu libro, Señor de misericordia,
mis múltiples acciones cometidas contra ti. Perdóname todas las
distracciones en la oración, mis pecados de omisión,
y mis pecados deliberados contra la conciencia.

Dame luz para ver lo que he de hacer, valor para emprenderlo
y firmeza para llevarlo a cabo.

Que en todas las cosas avance en la obra de santificación,
de la realización de tu voluntad; y que en definitiva,
por tu misericordia,
pueda alcanzar la gloria de tu Reino eterno, por Jesucristo nuestro
Señor. Amén

ESQUEMA 5

EN SILENCIO ANTE DIOS: “Conócete a ti mismo”

El examen y el examen de conciencia es patrimonio de la sabiduría humana y espiritual universal. Desde tiempos muy anteriores al cristianismo y en lugares y tradiciones muy distintas se conoce esta práctica de uno u otro modo. Confucio y el taoísmo ya hablan del examen de conciencia; en el hinduismo se prescribe al discípulo que abra su conciencia a su director para que pueda guiarle y, por tanto, el discípulo deberá examinarse para realizar la comunicación con el maestro; dentro del budismo, también en la India, tanto monjes como laicos practican el examen de conciencia; en distintas corrientes espirituales del antiguo Egipto puede también descubrirse algún tipo de examen de conciencia; en el mundo greco-romano, el examen de los pitagóricos se consideraba el modelo ideal de examen de conciencia, aunque no era un ejercicio exclusivo de esta escuela; la tradición rabínica, apoyándose en pasajes del Antiguo Testamento, inicia al creyente con finura espiritual en la práctica del examen; aunque en el Corán no se hace referencia al examen, sin embargo, esta práctica se introduce pronto en la tradición musulmana. Dada la presencia e influencia del Islam en España, no es raro que se hayan notado las coincidencias y posibles influencias de algunos autores espirituales musulmanes e Ignacio de Loyola.). Conviene, con todo, no caer en el error de creer que el examen se practicaba con el mismo sentido y profundidad espiritual en todas las tradiciones. Entre ellas destacaba la tradición judía iluminada por la revelación del Antiguo Testamento. La tradición cristiana no desarrolla la práctica del examen de conciencia hasta el siglo cuarto, lo cual se debe tal vez a la caída del fervor de los primeros tiempos.

A diferencia de modos de examen muy moralizantes, como el practicado entre los estoicos, en el Cristianismo se acentúa la dimensión de diálogo, ya que el cristiano se confronta con Jesús, que es su modelo de referencia. Con el paso del tiempo el examen de conciencia halla un estímulo en la práctica del sacramento de la penitencia que requiere una revisión personal previa a la confesión de los pecados. Para facilitararlo, sobre todo a partir del siglo XII, se fueron prodigando los penitenciales, libros con instrucciones apropiadas para examinar la conciencia. Sin embargo, el examen no siempre ha ido unido a la participación en el sacramento de la penitencia, sino que es una práctica regular de quienes cultivan con cierta intensidad la vida interior. Dentro de la larga historia de la práctica del examen, que encuentra un espacio especial en la vida monástica y conventual, cabe destacar la expansión experimentada en el siglo XV cuando se extiende más allá de monasterios y conventos hacia los seglares al par que su método va perfeccionándose.

Es precisamente la devotio moderna el lugar donde el examen experimenta un desarrollo y sistematización más notable: repetición a lo largo del día, notas escritas de lo advertido en el examen, comparación entre las faltas de los distintos exámenes para comprobar el progreso, comunicación al maestro espiritual. En esta prolongada evolución cabe destacar La Imitación de Cristo y, sobre todo, el Ejercitatorio de la Vida Espiritual García Jiménez de Cisneros por la innegable influencia, más o menos directa, en san Ignacio. En el Ejercitatorio se señalan estos puntos: petición de gracia, examen de los pecados, dolor y propósito de la enmienda. El examen se hace después de completas y, cuando no se practica como preparación al sacramento de la penitencia, sirve de introducción a los ejercicios de la vida iluminativa mediante

el reconocimiento de los beneficios recibidos de Dios y la consiguiente acción de gracias.

Sin embargo, una sistematización completa de la práctica del examen es de tiempos más recientes y se debe en gran parte a la aportación de san Ignacio, en sus Ejercicios Espirituales y en las orientaciones que por escrito o de palabra dio a los jesuitas y a las personas a quienes ofreció su ayuda espiritual en Ejercicios o fuera de ellos. (cfr. Dictionnaire de Spiritualité, 1818-1823).

A) SU NECESIDAD:

Todos los maestros de la vida espiritual recomiendan el examen de conciencia. Nadie desconoce aquella máxima de la antigua sabiduría: “Conócete a ti mismo”. Descuidar el examen de conciencia es rehusar conocerse a sí mismo. La santidad cristiana nos enseña a medir nuestras posibilidades y nuestros límites para mejor alcanzar a Dios.

B) SU NATURALEZA:

El examen de conciencia es una mirada sobre sí mismo a la luz de DIOS. Es una mirada de verdad que reconoce lealmente las gracias de Dios para agradecerse las; que confiesa sencillamente sus deficiencias y luego reanuda su marcha hacia el Ideal.

C) SUS FORMAS:

El alma religiosa examinará:

1- Cada día:

- Por la mañana: su ideal personal y su defecto dominante.
- Por la noche: el balance del día.

- 2- Cada semana: Sus desfallecimientos en la práctica de las virtudes cristianas y religiosas.
- 3- Cada mes: Sus progresos en la marcha hacia la perfección.
- 4- Cada año: Su adelanto hacia la santidad.

D) SU UTILIDAD:

Conocemos el grito de San Agustín: Noverim TE, noverim ME. “Que yo te conozca, Dios mío, y que me conozca a mí mismo.” A Ti para amarte y glorificarte, a mí para humillarme y olvidarme. El examen de conciencia debe ser una mirada liberadora sobre nuestras miserias, que nos arroje en Dios con espíritu de confianza y puro amor.

ESQUEMA 5A

Examen Diario

En la vida todo nos lo jugamos en la actitud. Nacemos sin programar y tenemos que decidir qué hacer con nuestra vida. Pero esta decisión va precedida de una actitud. Ahora bien, para que ésta sea responsable tienen que darse dos cosas: estar preparados y dispuestos. Es decir, una actitud responsable requiere dos condiciones previas: una objetiva (preparación) y otra subjetiva (disposición). “Prepararnos y disponernos” para poder acertar en la vida -buscar y hallar la voluntad divina- responsabilizándonos de toda nuestra vida, de nuestro tiempo (porque la vida es biografía, historia), es decir, de nuestro pasado, presente y futuro.

1. EXAMEN DE LA MAÑANA

SOBRE NUESTRO IDEAL PERSONAL Y NUESTRO DEFECTO DOMINANTE

El examen de la mañana se hace contra un vicio especial, para mostrar un mayor cuidado en corregirlo y, de este modo, erradicar más fácilmente todos los vicios. La sustancia del método consiste en renovar cada día la actitud espiritual de conversión (“en levantándose”), manteniéndola durante el día.

1.1. NUESTRA VOCACIÓN A LA SANTIDAD

“Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto” (Mt 5, 48). Este llamado de Jesús a la santidad se dirige a todos. A cada uno le corresponde realizarlo a su manera. Para esto debe conocer bien su ideal personal y su defecto dominante.

1.2. IDEAL PERSONAL

En los designios de Dios, cada uno es objeto de una predestinación muy especial. “El Buen Pastor llama a sus ovejas cada una por su nombre” (Jn 10, 3) y San Pablo nos afirma que “cada estrella difiere de otra en su esplendor” (1 Co 15, 41). Es de capital importancia conocer su ideal personal.

Una vida se mide por la grandeza de su ideal. ¿Cuál fue la ilusión de santidad que tuvo Dios sobre mí? ¿Cual fue el ideal de Dios sobre don Bosco, y cómo lo fue llevando adelante? Convertirme en un verdadero santo según nuestro carisma y nuestras Constituciones, expresión del más puro Evangelio.

¡Qué espléndido este ideal de santidad religiosa: vocación contemplativa, o vocación apostólica y misionera, vocación de oración o de acción! ¡Cuántas gracias me han preparado a ella: educación cristiana, primera comunión, gracias de preservación, de conversión, solicitud constante de nuestro Padre celestial, protección de María...

En correspondencia a este llamado de amor, quiero realizar esta vocación sublime imitando a Cristo a través de mi trabajo cotidiano, a través de la misión que se me encomienda, a través de mi vida fraterna y apostólica. Quiero ser santo donde Dios me quiere, en mi sitio. Sin objetar, puesto en mi deber, con el mayor amor y con la mayor alegría, con espíritu de esperanza.

1.3. DEFECTO DOMINANTE

Pero tengo un defecto dominante (o una inconsistencia fuerte) que constituye mi principal obstáculo en el camino de santidad: orgullo, amor propio, vanidad, pereza, espíritu de crítica, envidia, glotonería, falta de delicadeza en la caridad,

falta de sumisión filial a la autoridad, disipación y falta de recogimiento, locuacidad y palabras inútiles. Sobre todo: grave defecto de carácter que sólo yo desconozco, sensibilidad excesiva, malhumor, susceptibilidad, espíritu colérico y temperamento dominante, espíritu de murmuración y calumnia, disposición a verlo todo negro, mentira y tendencia a tergiversar las cosas, cansancio y desaliento, etc.

Como vemos, se trata de esta inconsistencia fuerte que nos impide avanzar, o que va reclamando otras pequeñas inconsistencias y se va haciendo siempre más fuerte ella misma, y nos impide vivir todos los dones que la gracia de Dios nos dispensa. A veces efectivamente, no se trata de un defecto tal, que impida nuestra vida religiosa, pero puede ser incluso, el no querer verla como tal, o aquello que nos impide ver nuestras flaquezas, sea en realidad nuestro mayor obstáculo. “Los lentes a veces no permiten ver el ojo”.

1.4. RESOLUCIÓN

No obstante, con este temperamento y con estos defectos de carácter puedo ser santo. Sea, por una parte que la santidad es un don de Dios, y no un mérito nuestro, o sea que la perfección está hecha de retoques, de pequeños detalles e impulsos de la bienaventurada gracia de Dios. Quiero convertirme. Tomaré con decisión tal o cual resolución según mi defecto o inconsistencia dominante. Quiero, llegar a ser santo con la gracia de Dios y la ayuda de María, para bien de la Iglesia y a mayor gloria de Dios.

2. EXAMEN DE LA NOCHE

2.1. SOBRE EL BALANCE DEL DÍA

Quizá antes de la noche, todavía convenga una mirada ante el Santísimo después del almuerzo, y como es de la tradición Salesiana se aconseja dar gracias por los alimentos recibidos. La idea es que en ese momento, tomemos conciencia de la necesidad de pedir gracia para acordarse durante el resto del día de nuestros propósitos. Es decir, empieza poniendo en juego a la persona pero sin caer en la trampa de la autosuficiencia. Es la convicción salesiana de que Dios no anula ni suple al hombre sino que lo responsabiliza como si todo dependiese de él, para después abrirlo a la “gracia”, como si todo lo esperase de Dios.

En la noche: “Después de comer o al disponernos al descanso, habiendo hecho las completas”, puedo tener un momento de examen sobre aquellas cosas de las que estoy agradecido por el día, y “aquella cosa propuesta y particular del día, y de la cual se quiere corregir y enmendar”. Ya se ve que el objetivo de este examen es particular, es decir, se trata de examinar aspectos muy personales de la propia conducta y de especial significación para el progreso en la vida cristiana, cotidianamente.

2.2. ACCIÓN DE GRACIAS

La acción de gracias en Jesús siempre es una sorpresa. En Lc 10, 17-22, Jesús va a dar gracias por la alegría de los discípulos que vuelven de su primera ‘misión’: En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo y dijo: ‘Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños’. Es decir, la acción de gracias surge de una sorpresa, no de un “logro” que

refuerza mi narcisismo, y lo que suscita es alegría por el don, en cierto sentido, inesperado. No es dar gracias “por lo formidable, lo auténtico, lo fiel que soy”, sino “gracias por las sorpresas que me das y que desbordan mis expectativas”. En realidad no damos gracias por “lo que se nos debe”, sino por lo que es “regalo”, gracia diríamos en un lenguaje más teológico.

Vista así, la acción de gracias en primer lugar nos dispone a ser creaturas. No somos nosotros el centro de atención. Cuando sólo nos ponemos a mirar los defectos, en el fondo estamos usando los lentes inadecuados, porque nos ponemos nosotros como la medida de todas las cosas, fijándonos solamente en aquello que “no vivimos o no hacemos bien”, cuando en realidad somos creaturas humildes en las manos creadoras del Padre. Cuando logramos ser agradecidos, logramos identificar también nuestras faltas con humildad y no con soberbia ni orgullo, incluso cuando superamos alguna, no es porque mérito nuestro.

Te agradezco, Dios mío,
todas las gracias recibidas hoy:
gracias de luz y de fuerza,
gracias de fidelidad y de todas clases.

Dios mío, gracias por todas las alegrías, por la
ayuda mutua y el auxilio
que he encontrado en mi comunidad y en mi
familia religiosa.

Gracias, sobre todo, por esas tristezas
y esas cruces oscuras que sólo Tú conoces,
que me han configurado con Cristo.

Quiero darte gracias siempre, a
través de todas las cosas,
en unión con la Virgen del Magnificat. Amén

Es muy interesante ver cómo Jesús se sorprende y por qué. En efecto, Jesús se sorprende y da gracias por lo inesperado: por la viuda que echó dos moneditas en el Tesoro de templo (Lc 21, 1-4), por la fe del centurión, un pagano (Lc 7, 1-10), lo mismo que la cananea (Mt 15, 21-28). Sólo el que es capaz de sorprenderse puede abrirse al agradecimiento. Pero nuestro narcisismo puede ser tan exacerbado (cuanto menos madura -más infantil- es la persona, menos capacitada estará para agradecer, porque piensa que todo se le debe), que “no volvamos a dar las gracias”, como los nueve leprosos que Jesús curó (Lc 17, 11-19). Como el refrán dice, “es de bien nacido ser agradecido”. Ahora bien, seguramente todos somos “bien nacidos”, pero a lo mejor no todos somos “bien crecidos” y a veces ‘nos falta un hervor’.

Nos encontramos, pues, con el problema de si estamos capacitados para dar gracias. A esto se añade otra pregunta: ¿por qué damos gracias?, o ¿cuándo las damos? ¿Qué desencadena este conocimiento interno de tanto bien recibido? Ante la sorpresa de que todo ha sido don y oportunidad, ¡“reconociéndolo”!, me abro confiado y agradecido al futuro; en una palabra, a ser contemplativo (estar abierto a la realidad de forma agradecida, no depredadora) en la acción (“para en todo amar y servir”).

2.3. EXAMEN DE LOS DEFECTOS:

Señor, esclarece con tu luz el conjunto de esta jornada.

Este punto va a preparar y disponer nuestro yo para ese reconocimiento y confesión de nuestra debilidad y así poder encontrarnos con Dios y con nuestra verdad. Frente a nuestra actitud espontánea de autodefensa y justificación, los santos plantean la actitud de desnudarse, de no dar nada por supuesto y, menos aún, la propia inocencia. La primera “gracia” que

necesitamos es acceder a nuestro pecado. Pero hay que partir de la propia sospecha. El pecado en el NT está llamado a ser un lugar de encuentro, no de ruptura (culpabilidad). Y esto es así porque el pecado se plantea como ceguedad: Jesús denomina a los que se cierran su anuncio, “ciegos, que guían a ciegos” (Mt 15, 14), en la cruz exclama “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34) y Pedro dice al pueblo al que acusa de haber matado “al jefe que lleva a la vida”: “Ya sé yo hermanos que obrasteis por ignorancia, lo mismo que vuestros jefes” (Hech 3, 17).

1. Al levantarse

Cuando me he despertado, ¿ha sido mi primer movimiento un acto de amor? ¿Me he levantado al punto, sin pereza, con prontitud y valentía para emprender una nueva jornada apostólica? ¿Qué cosas me mueven diariamente a ponerme de pié?

2. Oración

(Personal y comunitaria). La plegaria eleva nuestras almas a Dios. ¿Asisto a la oración y meditación a la fuerza, estoy somnoliento y agotado sin esfuerzo personal, en lugar de reaccionar con ardor para mantenerme despierto en mi fe, lleno de amor en presencia de Dios? Quiero utilizar un buen libro que me dé un gran impulso sobrenatural para todo el día. “Lo que me alimenta en la oración, por encima de todo, es el Evangelio”, afirma Santa Teresa de Lisieux. Yo también preferiré el Evangelio a todos los demás libros. Meditaré los libros santos, textos de las Cartas de San Pablo, y otros que me permitan acercarme más al Señor, los escritos de los maestros espirituales y otras obras escogidas de los mejores autores de nuestro tiempo.

3. Misa y comunión

La Misa debe ser el centro de mi vida, donde el alma se inmole, en unión con Jesús, por la gloria del Padre.

Primacía del sacrificio sobre la comunión. Debo unirme ante todo a la oblación de amor del Corazón de Jesús, a su adoración, a su acción de gracias, y a su oración redentora. ¿Lo hago siempre así? ¿No antepongo con demasiada frecuencia la plegaria por mis necesidades personales a la oración de pura alabanza y adoración?

Mi vida de piedad, ¿no es demasiado antropocéntrica, demasiado replegada en mi pobre “yo” humano, en lugar de ser resueltamente teocéntrica y glorificadora de la Trinidad? ¿La Eucaristía es en realidad un “Suscipe, sancta Trinitas”? Y mi comunión eucarística, ¿es ante todo una comunión con Cristo crucificado, Adorador del Padre y del Salvador de las almas? El momento de la comunión, ¿es en verdad el momento de mi transformación total en Cristo, según las palabras de San Pablo: “No soy yo, sino Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20)?

4. Trabajo

Al atardecer del día en que pecaron nuestros primeros padres, Dios nos puso este mandamiento: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”. Debo trabajar con espíritu de pobreza. Por mi trabajo cotidiano debo expiar las culpas del mundo entero y trabajar al servicio de todo el cuerpo místico de Cristo. Si soy flojo para el trabajo, si me falta esmero y constancia, la Iglesia no tendrá en mí un fiel apóstol. Debo poner más vigilancia en este punto, la mirada fija en el taller de Nazaret. “Trabajo y Templanza” como nos lo enseña el mismo don Bosco. No desperdiciaré jamás mi

tiempo, seré diligente en mi trabajo, no perderé un minuto. A la hora en punto, ni lentitud, ni precipitación, ni atropello, ni excitación, ni enfado, sino que cuanto más urja la tarea, más guardaré la paz, la calma, el silencio y la sonrisa. Mi trabajo será acabado, sin faltarle detalle, sin negligencia, a ejemplo de Cristo-Obrero que “lo hizo todo con perfección” (Mc 7, 37). Como aquellos servidores que no hacen otra cosa que cumplir con su deber diligentemente.

5. Prácticas de piedad

“El primero en ser servido ha de ser Dios”. Estas palabras de Santa Juana de Arco han de ser mi consigna permanente. Seré el primero en el Oficio, en la oración, en el Rosario, en todas las formas del servicio de Dios, que me ha querido “para estar con Él y enviarme a predicar”. Al entrar en la Capilla he de dejar todos mis cuidados en su compañía, llevando todo conmigo, pero para presentarlo al Señor, como camino de iniciación en el diálogo, en la comunión, en la presentación que le puedo hacer sobre mi, sobre ese día, sobre mis preocupaciones, sobre mis alegría. No me reservo nada que le pueda interesar a nuestra amistad con el Señor. Pero también, debemos estar atentos a la mundanidad que se nos pueden contagiar incluso en los lugares sagrados, ¡Cuántas distracciones voluntarias! ¡Cuántas negligencias consentidas! ¡Cuánta falta de respeto en presencia de Dios! Dejándonos llevar por la banalidad, por la falta de sentido religioso, por la superficialidad, por las posturas fáciles y como de quién se encuentra en cualquier lugar y no en la capilla; por las actitudes que dicen mal de nuestra condicione de “consagrados”. Señor, ayudadme en la hora de la oración a no pensar sino en Ti y con todo lo que porto, pero para llevarlo a

Ti; a que te cante con la voz de tu Esposa, la Iglesia; y a que me abisme en tu alabanza.

6. Comidas

Ni demasiado, ni insuficiente. No precipitarse con avidez sobre el alimento. No dejar nunca la mesa sin haber hecho un pequeño sacrificio. Según el consejo de San Vicente Ferrer, he de alimentarme de los pecados del mundo y, será mi sustento el Verbo de Dios. He de pensar siempre que el alimento también es un gran don que recibimos de parte del Señor; pero además, que nuestra actitud frente a los alimentos, son de paso, una manera de servir; no podemos dejarnos llevar por los alimentos, de tal modo que después ellos nos impidan un mejor servicio para el Reino de Dios. En los alimentos, hoy en día, se vienen una gran falta contra la salud, y este es un motivo también de escándalo, cuando se nos cataloga de comilones, y de gente sólo de “buena mesa”. Que los alimentos no sean un obstáculo para estar siempre ágiles y disponibles “vigilantes” para el Reino.

7. Recesos y tiempos de pausa

Ser la alegría de los demás. Un santo triste es un triste santo. Reír, pasar el recreo alegremente en unión de mis hermanos, o con las personas con las que me encuentre compartiendo las labores, en una gran caridad fraterna, formando un “solo corazón y una sola alma” (Hch 5,

14) con la Comunidad. Aquí sobre todo, el examen de conciencia será sobre este punto: olvidarme siempre de mí mismo, preocupándome de las necesidades del prójimo. Cuando se trate de recreos debido a las labores escolares, es de vital importancia que nos ocupemos de asistir en el patio, y buscar

la manera para estar con los jóvenes. Que sea un momento de esparcimiento educativo, donde puedo conocerlos, aprender de ellos, si es el caso también disfrutar de la alegría que ellos nos proporcionan, y aprender a dejar “la cátedra” para ser uno de sus amigos, sin perder mi mirada pastoral. Disfrutar del deporte, de la risa y las bromas en un sentido pedagógico y sin daños ni prejuicios de uno u otros. Que también los demás esperen estos pequeños momentos gratuitos del día para querer encontrar un salesiano y disfrutar de su presencia, transparente y acogedora.

8. Descanso

El sueño es el mejor principio de equilibrio del sistema nervioso. Jesús también durmió. En este punto, del cual depende mi salud, ¿me mantengo en la línea de la obediencia? Descanso el tiempo suficiente para mantenerme activo durante el día. Tampoco debemos ponernos al extremo de abusar del sueño, y de los tiempos del descanso. A veces invertimos mucho tiempo en ello, y denota una excesiva preocupación de sí mismo, o de quien está como escapando de la realidad, se encierra en el sueño. Exceso de sueño, cansancio, comidas excesivas, mal humor, mal trato con los demás, falta de cercanía con los jóvenes, aislamiento, búsqueda constante de ruidos, serán un excelente punto para analizar, y si es el caso, ver los remedios que podemos poner a tiempo, y no lamentarnos poco a poco de los “abismos” que vamos abriendo entre Dios y nosotros; entre el sistema educativo pastoral de don Bosco, y nosotros; Abismos que llegados un tiempo, nadie podrá cruzar de allá para acá, ni de aquí para allá.

9. EN GENERAL:

Ambiente de silencio y recogimiento

Vivo en la casa de Dios. Mi vida está consagrada. Toda mi existencia debe desarrollarse en este clima de silencio y de recogimiento. Silencio interior sobre todo. Silencio del alma en presencia de Dios.

Pido perdón a Dios nuestro Señor por las faltas. Hay que tomar en serio el presente. Ha de darse un momento en el que reconozcamos nuestro pasado negativo y rompamos con él de la única forma humana que hay: pidiendo perdón, ¡no culpabilidad! Es la ruptura necesaria para cambiar.

ESQUEMA 5B

Examen Semanal

1. SOBRE LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS Y LA FIDELIDAD AL ESPÍRITU SANTO

Este examen es una experiencia orante, una experiencia de Dios dentro del proceso de conversión continua que es la vida de fe. Sin embargo, conviene poner de relieve que el examen, además de ser un ejercicio circunscrito a un tiempo determinado, es algo más: implica una actitud reflexiva de búsqueda y de mirada interior y llega a identificarse con una manera de saber estar en la vida, a la búsqueda de unas determinadas disposiciones espirituales. Puede, pues, afirmarse que el ejercicio del examen produce tanto esta actitud de “examinar”, como, a la inversa, es fruto de esta disposición vigilante que busca momentos de concentración atenta a la acción del Espíritu en el corazón propio. Examinar es, pues, el mantenerse en aquella actitud cristiana que Jesús recomienda repetidamente: “velad”, “estad despiertos.

EN la confesión, la purificación de mi alma en la Sangre de Cristo debe obtenerme el perdón de todas mis faltas pasadas, la remisión de todas las penas debidas por mis pecados, un nuevo impulso hacia la santidad y un remedio seguro contra los desfallecimientos futuros. Confesión = conversión. La gracia de este sacramento se me da para morir al pecado y hacer crecer en mí todas las virtudes cristianas y religiosas.

1.1. FE

Creer, es ver todas las cosas en la luz de Dios, con los ojos de Cristo.

El Espíritu de fe es el que da a una vida religiosa su sentido sobrenatural. ¿Me dejo llevar en mis juicios sobre las personas y las cosas, sin un análisis de fe previamente? Debería vivir en Dios y me arrastro en la mediocridad. Siempre me paro en las causas segundas, en lugar de fijar mi vista en lo invisible. Si mi fe fuera viva, vería a través de todas las cosas la voluntad de Dios, descubriría en mis Superiores, en mis hermanos, en mi prójimo, el rostro de Cristo. En lugar de vivir despierto en mi fe y de juzgar todas las cosas a la luz de Dios, estoy falto del sentido de lo divino.

Mi vida, ¿no está demasiado imbuida de materialismo y de superficialidad? ¿Cuántas faltas contra esta virtud de la Fe! ¿Me he entretenido en dudas y tentaciones contra la Fe? ¿Me falta docilidad a las normas de la Iglesia?

¿He aceptado mi obediencia y la misión encomendada como expresión de la voluntad de Dios?

Señor, líbrame de esta ofuscación de espíritu que me impide ver lo sobrenatural. Lo trascendente que hay siempre en las experiencias y personas. No quiero ya quedarme en los valores de la carne o de la sangre, quiero pasar por la tierra con la mirada fija en el cielo.

Resolución: Para desarrollar en mí el espíritu de fe, seré fiel al espíritu de oración, al desprendimiento de este mundo visible, y en lugar de entretenerme en lecturas profanas o banales, alimentaré mi fe con estudios más profundos, religiosos, que alimenten verdaderamente el espíritu, durante toda mi vida. Tendré siempre junto a la cabecera de mi cama, en un lugar cercano y accesible, el Evangelio, la Sagrada Escritura, para acudir diariamente a ella “Entra en tu habitación y ora a tu Padre que está en lo secreto”.

1.2. ESPERANZA:

En camino hacia el cielo, el alma cristiana se apoya para alcanzar este sublime destino, no en sus recursos personales, sino en los méritos de Jesucristo, en la bondad omnipotente y misericordiosa de Dios. No se trata aquí de optimismo o pesimismo que son sentimientos humanos; estamos en un clima teologal. Vamos a Dios, apoyándonos en Dios. Aun cuando nos fallen todos los socorros de la tierra, siempre nos queda Dios. Dos grandes defectos amenazan la esperanza cristiana: la presunción y la desesperación. Cuántas veces he sido presuntuoso al aspirar a la santidad contentándome con bellas fórmulas místicas, sin esfuerzo personal, sin poner los medios prácticos para alcanzarla. Al Paraíso no se va con los brazos cruzados. “Ayúdate y el cielo te ayudará.” Pero el gran obstáculo a la esperanza cristiana es la desesperación, o más bien, el desaliento. Aunque hubiera cometido todos los crímenes del mundo, no debería nunca desesperar de la misericordia de Dios. Pedro, Magdalena, Agustín y tantos otros pobres pecadores, después de haber caído muy bajo, se han convertido en grandes santos. ¿En cuántas almas se renueva la historia del hijo pródigo!

Ante ciertas pruebas, ¿He dudado de la misericordia de Dios? ¿Pienso demasiado en mis miserias sin considerar la infinitud de los méritos de Cristo? ¿Soy una de esas almas que siempre están viendo al pasado? ¿Estoy falto de confianza en la bondad de nuestro Padre del cielo?

¿Vivo demasiado replegado sobre mí mismo, sobre mis deficiencias, sobre las lagunas inevitables en toda vida humana? Es necesario arrojarlo todo en Dios y seguir adelante. Este es un tiempo oportuno, que logreemos desatarnos de aquellas situaciones que nos mantienen aún fijos y estancados al pasado.

Echemos nuevamente las redes, vayamos mar adentro, ¡adelante! Donde nos esperan la cosecha y los frutos de la esperanzana, y de la confianza en las palabras del Señor.

Señor, dadme la confianza filial y sin límites de personas como Teresa de Lisieux, san Juan Bosco, Domingo Savio, de Alberto Hurtado, de Teresa de los Andes, de Laura Vicuña, de Ceferino. Las horas más desesperanzadas son las horas de Dios. Quiero vivir de esperanza y de pura entrega mostrarme transparente frente ti.

1.3. CARIDAD:

La caridad es la reina de las virtudes. Amar a Dios y a las almas, he aquí la perfección cristiana. La santidad es amor. Pero el verdadero amor exige la entrega total.

Amor de Dios: Tocamos aquí el máximo mandamiento enseñado insistentemente por Jesucristo en el Evangelio: “Escucha, Israel, amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu inteligencia y con todas tus fuerzas” (Mc 12, 29).

Con mayor motivo la vida religiosa es una vida de amor.

¿Prefiero verdaderamente a Dios a todo el mundo?

¿Cuánto tiempo dedico para estar serenamente en diálogo con el Señor? ¿Cómo dialogo con él y le muestro mi predilección?

¿Amo verdaderamente a Dios, más que a padre, a mi madre, a mi familia, a todos mis amigos, sobre todo, a mí mismo? Pero el amor no consiste en un vago sentimentalismo, y ni siquiera en el “deseo” de amarlo por sobre todas las cosas. Amar es querer amar, pero realmente expresarlo. Amar a Dios, es querer a Dios.

¿He tratado de conformarme en todo a la voluntad divina, de adherirme a todos los designios de Dios sobre mí?

Dios mío, mi amor a Ti no es lo bastante puro, sino que está demasiado mezclado de amor propio, de preocupación por mí, de preocupaciones por las cosas que tengo que realizar. Y esto, claro, no es que sea algo malo, pero tampoco los uso como un camino para estar y acercarme a ti, a veces me quedo en ellos y no voy contigo, no dialogo verdaderamente contigo, sino sólo para que “hagas algo”, casi como si tú fueras un extraño, uno lejano de mi, un desconocido con poder. Mi intención no es recta del todo. Debería vivir para tu gloria y para agradarte. Un sutil amor propio se desliza en todas mis acciones que roba parte de tu gloria. No quiero pensar más en mí, sino en Ti. Transforma todas mis acciones en actos puros de amor.

Amor al prójimo: Como hijo de Dios y de la Iglesia, el amor será la ley de mi vida y la caridad el código de mi perfección religiosa. Jesús ha resumido todo el Evangelio en este precepto supremo del amor. En tanto es uno más cristiano en cuanto ama más a Dios y a su prójimo. “Amaos unos a otros como Yo os he amado. En esto conocerán que sois mis discípulos” (Jn 13, 34-35).

San Pablo, eco de las enseñanzas de su Maestro, nos ha dejado como programa de vida en el capítulo 13 de su Carta a los Corintios, su himno a la caridad. Con sintonía en estas páginas sublimes seremos juzgados al fin de nuestra vida. ¿Cómo percibo que es mi amor, hoy en día? ¿Estoy verdaderamente poniendo el amor, sobre las demás experiencias de mi vida?

“La caridad es benévola”. Esto es la raíz de todo. Querer el bien para todos mis hermanos, para todas las almas, para todos los hombres del mundo entero.

¿Quiero a todos estos hermanos en Cristo, conocidos o desconocidos, con la ternura del Corazón de Dios? ¿No forman parte, como yo, de la familia de Dios? ¿No ha muerto por cada

uno de nosotros un mismo Dios de amor? Si yo hubiera sufrido por esas almas como Cristo ha sufrido por ellas, las juzgaría siempre con simpatía. En adelante, todos mis juicios acerca de mis prójimos llevarán el sello de la bondad y de la caridad. Aún sobre las acciones aparentemente malas, he de abstenerme de hacer un juicio severo, más todavía cuando se trata de situaciones que desconozco, o que no tengo a la vista todas las motivaciones y argumentos.

“La caridad no piensa mal”. No seré envidioso, ni me irritaré, no me indignaré, ni menos aún me rebelaré ante procedimientos que me podrán parecer injustos y poco caritativos. Devolveré siempre bien por mal. Como nos enseña nuestro Maestro, a quien seguimos.

“La caridad no es ambiciosa, ni busca su propio interés, ni se alegra de la iniquidad, sino que pone su alegría en la verdad”.

Amaré a mis hermanos, a todos mis hermanos sin excepción. Manifestaré mi afecto preferentemente a los que por su naturaleza sean más ingratos, a los de carácter más desprovisto de dones naturales. Evitaré el más pequeño roce que pueda herir a un alma. Estaré triste con los que lloran y alegre con los que ríen. Evitaré cuidadosamente toda ocasión inútil, toda ocasión de disputa o de enfriar la caridad. ¡Ay de los sediciosos, de todos aquellos que, por sus palabras o sus ejemplos, desgarran la unidad de una comunidad religiosa! Antes morir que ser causa de división en mi comunidad.

Resolución: Hago la firme resolución de no decir nunca una palabra que pueda herir a alguien; usaré siempre palabras de benevolencia y dulzura y estaré dispuesto a prestar servicio al máximo de mi capacidad, siempre con la sonrisa en los labios. Una comunidad religiosa en la que cada miembro multiplica las

pruebas de delicadeza de una auténtica amistad, es ya un paraíso en la tierra. Una comunidad fraternalmente unida, (profetas de fraternidad), ensancha las almas y alegra el Corazón de Dios. La verdadera santidad no consiste (y menos aún en un casa salesiana) en mortificarse mutuamente sino en ayudarse unos a otros para elevarse unidos y con alegría hacia la Trinidad, hacia la santidad. ¿Acaso no soy discípulo de Cristo en la medida en que amo a mis hermanos? Quiero, pues, pasar por la tierra como un ángel de caridad. Al final de la vida todo pasa. Sólo el amor es eterno.

1.4. PRUDENCIA

El cristianismo es la locura de la Cruz, pero con sabiduría y ponderación. La prudencia cristiana hace vivir a las almas, altas luces de la fe y las más ardientes aspiraciones del amor, en el trabajo cotidiano más humilde. La santidad consiste en realizar las acciones más ordinarias con el máximo amor. El Espíritu de consejo manifiesta siempre a un alma fiel el verdadero camino de la santidad, el atajo hacia Dios.

Pero, ¿soy dócil a todas las inspiraciones de la gracia, a todas las exigencias del Amor? La prudencia excluye toda precipitación, toda inconstancia, toda negligencia; va recta hacia Dios, sin astucia, sin combinaciones fraudulentas, sin solicitud excesiva, sin las mil complicidades, confesadas o no, de la prudencia de la carne. ¿No he caído yo en alguno de estos defectos? Y esto sin hablar de mis distracciones, de mis precipitaciones, de mis olvidos, de mis faltas de reflexión y seriedad en la actuación.

Resolución: Realizaré mi trabajo cotidiano con atención, sin minucias pero sin negligencias, con una fidelidad absoluta y sonriente hacia las menores exigencias de mi deber de

estado. De esta manera, orientando con seguridad todas mis ocupaciones hacia la perfección, podré avanzar recto, rápido, muy alto hacia Dios.

1.5. JUSTICIA:

La justicia da a cada uno lo que le corresponde: a Dios y a los hombres. Primeramente justicia para con Dios: “Dios ha de ser servido el primero”, por un culto de adoración y de alabanza, por la oración y recurriendo incesantemente a su poder en nuestras necesidades.

La Iglesia nos ordena de una manera especial la santificación del domingo. Nos invita a pasarlo “en la contemplación de Dios”. ¿Hago verdaderamente del domingo, el día del Señor? Consagraré el domingo al recogimiento, a un poco más de silencio, a la lectura y meditación del Evangelio, para hacer provisión de fuerzas espirituales para pasar la semana bajo la mirada de Dios. Justicia también para con los hombres: Nuestra consagración a Dios por la vida religiosa no nos dispensa de la justicia hacia los hombres, del mismo modo que las virtudes teologales no suprimen las prescripciones de la honradez natural. Debo ser justo con todo el mundo. Con nuestro personal de casa, de la misma CEP, con todos aquellos que colaboran y son corresponsables con nosotros en la obra de Dios. La justicia social crea obligaciones imperiosas. Un verdadero religioso debe mostrarse en todo, modelo de justicia social y de caridad cristiana.

Si tengo alguna participación de responsabilidad y de autoridad, seré justo con quienes comparto el trabajo, teniendo en cuenta la diversidad de caracteres y de aptitudes, la primera educación y las gracias recibidas, la complejidad de los empleos, la sobrecarga circunstancial, la edad y los servicios prestados. La justicia, como

la caridad, exige que nos hagamos todos para todos. La más pequeña parte de autoridad que pueda tener, es una carga de la que soy responsable ante Dios, y debe moverme, no a mandar imperiosa y caprichosamente, sino a ponerme generosamente al servicio de los demás, de día y de noche, para encaminarlos hacia Dios.

Si soy un religioso consagrado, sólo para Dios, elegiré con alegría el último sitio, atento a las necesidades de los demás, dispuesto a prestarles algún servicio y a dar la máxima colaboración en cuanto de mí dependa, de ninguna manera buscando el reconocimiento y exigiendo ciertos títulos o tratos propios de las leyes del mundo. “Entre ustedes no debe ser así”, nos dice el Señor.

Resolución: Cualquiera que sea el sitio que ocupe, ni crítica, ni maledicencia, ni mucho menos aún, calumnia, falso testimonio, acusación injusta, chismes. Si he cometido algunas injusticias con mi Congregación, con mis hermanos o con mi prójimo, he de repararla sin tardanza y sin reservas. Practicaré la justicia con la sonrisa de la caridad, consciente de que somos hijos de un mismo Padre que nos espera a todos en el cielo.

1.6. FORTALEZA:

Todo cristiano debería tener en el fondo esta disposición de ánimo, y real de dar su propia vida por el bien de los demás, la vida por el prójimo. La fortaleza es la virtud que nos inspira la audacia en las grandes empresas y, con una constancia invencible, hace perseverar hasta el fin en el cumplimiento de las obras de Dios. La santidad está reservada a los “violentos”, que todo lo sacrifican por el reino de Dios.

La fortaleza cristiana se manifiesta de dos maneras: la audacia en los grandes objetivos al servicio de Dios, la magnanimidad,

la magnificencia; y, en segundo lugar, la firmeza en la ejecución, un valor y perseverancia inquebrantables, si fuera necesario, hasta la muerte.

¿No soy demasiadas veces una persona un poco pusilánime, miedoso, un apocado, un alma mezquina, de estrechos y raquíticos horizontes siempre en regateos con Dios? O bien, con bellas fórmulas místicas, ¿no soy un veleidoso, un holgazán que se para a la menor dificultad? Estoy siempre vacilante y con flojera.

Resolución: Fuera cobardía, fuera temores, fuera puntos de vista humanos, mezquinos. De ahora en adelante, bajo los grandes horizontes de Dios, soñando con Dios por el bien de los demás especialmente si se trata de la vida de los jóvenes.

1.7. TEMPLANZA

La templanza es la que modera el apetito en la comida y en la bebida, y conserva la sensibilidad en la línea de Dios. Aún con todo, no debemos olvidar que somos también un cuerpo. Dios quiere que vigilemos nuestra salud en cuanto esté de nuestra parte para mejor servirle, y para mejor disponer de nosotros para el bien de la juventud pobre y abandonada que nos requiere íntegros de nuestra salud, física, psicológica y espiritual. Según la fina observancia de San Francisco de Sales el exceso de mortificación al principio, lleva consigo después una vida de reservas y cuidados. Hay que atenerse sencillamente a los preceptos de la templanza en todo lo que toque al alimento y a la higiene corporal. La santidad no excluye la limpieza que es condición de equilibrio y buen humor.

Pero la templanza cristiana (y como la ha comprendido Don Bosco), excluye el rebuscar comodidades convenientes, la

glotonería, la preocupación indiscreta de quien sólo quiere estar cómodo y a gusto primero que todos, y siempre. El cuidado exagerado del cuerpo y su acicalamiento priva al alma de vigor y fortaleza. El cuerpo está llamado a vivir para Dios, en sintonía con todo lo que somos y tenemos.

1.8. PUREZA

La profesión religiosa ha consagrado todo mi ser a Cristo. Quiero permanecer puro en mis pensamientos, en mis deseos, en mis actos. Quiero ser de Cristo en cuerpo y alma. Debo vigilar la pureza de mis sentidos, sobre todo la pureza de mis miradas y la guarda del corazón. Virgen para Cristo, virgen para la Santísima Trinidad. Ningún pensamiento adúltero, ningún pesar sentimental, ningún recuerdo malsano, ningún deseo turbio o peligroso. La pureza de un lirio. El P. Lacordaire decía: “Desde que he encontrado a Cristo, no he deseado nada con concupiscencia”, y San Pablo escribía a las vírgenes cristianas: “Os he desposado con Cristo en la unidad” (2 Co 11, 2).

1.9. HUMILDAD

Los maestros espirituales han insistido sobre la importancia de la humildad como fundamento de todo el edificio de la perfección y como guarda de todas las virtudes. Se opone radicalmente a uno de los mayores obstáculos de la santidad: el orgullo bajo todas sus formas. Está comprendida en la templanza, porque modera el apetito desordenado de nuestra propia excelencia.

¿Un amor propio sutil no envenena acaso todos mis actos? ¿Debería realizarlos todos con recta intención, por sólo la gloria de Dios! ¿No le he robado a menudo alguna partícula de esa gloria? ¿No se mezclan a mis mejores acciones, puntos de vista

demasiado personales, demasiado interesados, demasiado ávidos de vanidad? Y extremo la malicia hasta ocultármela a mí mismo. Todo lo hago recaer de nuevo en mí. Hago de mi “yo” el centro del mundo, con un ego tan sobresaliente que opaca la existencia de los demás. Tomemos en cuenta esta advertencia del Evangelio que nos recuerda la Virgen del Magnificat: “Dios no discute con los orgullosos. Los abate”.

Resolución: Ya que la humildad brota de la consideración de nuestra propia nada en presencia de Dios, asimilaré sin reservas estos sentimientos expresados por un gran santo: “Nada soy, nada puedo, nada valgo, siempre te sirvo mal y soy en todas las cosas un siervo inútil”. (San Vicente Ferrer.) Y como consecuencia de esto, me convertiré en discípulo auténtico del Maestro “dulce y humilde de corazón”, repitiendo como don Bosco, “Dios nos ha puesto en este mundo para los demás”.

2. LAS RESISTENCIAS AL ESPÍRITU SANTO.

Un alma religiosa debe examinarse, no sólo en la práctica de las virtudes, sino también sobre las resistencias a la gracia y su falta de docilidad al Espíritu de Dios. Nos estancamos en el camino de la perfección porque no nos dejamos llevar del soplo del Espíritu, siendo así que la santidad de un alma es siempre la obra maestra del Espíritu de Dios. Este examen de conciencia sobre los dones del Espíritu Santo nos descubrirá los últimos obstáculos a la más alta perfección religiosa.

2.1. ESPÍRITU DE SABIDURÍA:

El don de Sabiduría saborea el TODO de Dios y la “nada” de la criatura. El alma no se para ya en las causas segundas, juzga de todo a la luz de la Trinidad.

En vez de vivir de cara a Dios, despierto en mi fe, entregado todo al Amor, me arrastro en la mediocridad. Veo todas las cosas de manera negativa, en lugar de contemplarlas a la luz pura de Dios. Cuando debería vivir en las cimas de puro amor, como verdadero hijo de Dios, sigo siendo un alma vulgar.

En adelante nada debe pararme en mi ascensión hacia la Santísima Trinidad. No quiero más que lo eterno y lo divino.

2.2. ESPÍRITU DE ENTENDIMIENTO:

El don de Entendimiento nos hace ahondar en todos los misterios de Dios, pero esta simplicidad de mirada no surge más que de corazones puros. Mi inteligencia entorpecida por las pasiones carnales y la preocupaciones del “yo”, se detiene en la superficie de las cosas.

¿Por qué siempre me dejo impresionar por las apariencias? ¿Por qué me dejo llevar sin control por mis primeras reacciones, a menudo tan superficiales y engañosas? Cuán diferente juzgaría de las personas y las cosas si las mirase con la mirada misma de Dios.

Espíritu de Verdad y Caridad, nada quiero ver sino bajo Tu luz.

2.3. ESPÍRITU DE CIENCIA:

El don de Ciencia nos hace experimentar la fragilidad del mundo creado y nos lo representa en su papel de huella de Dios. ¡Cuántas veces, por el contrario, me he dejado fascinar por una minucia! Nos apoyamos sobre un ser que pasa y que nos deja en el alma sólo amargura y tristeza como experimentaba San Ignacio.

¿Estoy desprendido de todo? ¿Absolutamente de todo? Cuando miro a las criaturas, ¿mi mirada sabe descubrir en ellas un reflejo del esplendor de Dios? Espíritu Creador y Santificador, que todo en el universo sea para mí un mensaje de Dios.

2.4. ESPÍRITU DE CONSEJO:

El don de Consejo nos ayuda a realizar en nuestra vida el plan de Dios. Es Él, el que a través de las mil contingencias de la vida, nos ilumina desde arriba. ¿He considerado cada acontecimiento como una expresión auténtica de la voluntad de Dios? En vez de dejarme guiar por su Espíritu, ¿cuánto tiempo he perdido en proyectos personales, en cálculos inútiles!

Sólo la docilidad al Espíritu Santo, nos da la certidumbre infalible de adelantar siempre en el camino de Dios.

2.5. ESPÍRITU DE PIEDAD:

El don de Piedad nos mantiene en adoración delante de la grandeza infinita de Dios y nos hace cantar, a través de todas las cosas, el esplendor de la Santísima Trinidad. Este Espíritu filial hace que consideremos a Dios como un Padre, a María como una Madre, a los ángeles y santos como hermanos miembros con nosotros de la familia de Dios. Su grito supremo es la oración de Jesús: “ABBA, PATER”, que nos hace decir: “Padre nuestro que estás en el cielo”.

Este Espíritu de alabanza y de filial ternura, ¿es el alma de mi oración? ¿Mi vida de oración no está demasiado replegada sobre mí mismo? ¿Gimo sobre mis miserias en lugar de rogar por el mundo, por el triunfo de la Iglesia y por la causa de Dios?

2.6. ESPÍRITU DE FORTALEZA:

El don de Fortaleza nos hace triunfar de toda dificultad y nos conserva inmutables, a imagen de Dios. Nada debería detener a un alma que se apoya en la fuerza del Altísimo.

¿Cuántas veces he retrocedido por egoísmo y por cobardía rehusando el don, la entrega total, o bien, después de un impulso efímero; cuántas veces me he descorazonado! No he comprendido todavía el valor redentor del sacrificio y de las luchas que podemos dar contra los espíritus malignos. Aun no he acogido con suficiente amor el dolor purificador y divinizador.

En adelante, avanzaré siguiendo los pasos del Crucificado y de María nuestra Madre, apoyado en la misma fortaleza de Dios, por el camino real de la Cruz.

2.7. ESPÍRITU DE TEMOR DE DIOS:

El don de Temor es el que explica la delicadeza del alma de los santos. Por nada del mundo quisieran entristecer a su Padre celestial. Se guardan puros de toda falta y su misma debilidad, en lugar de desanimarles, les arroja invenciblemente hacia la omnipotencia de Dios.

¿Hay en mi alma este odio ardiente hacia el pecado que me haría morir antes que cometer voluntariamente la menor falta venial? ¿Cuántas veces por debilidad o sensualidad, por malicia quizá, he pactado con el mal!

Desde ahora, se acabó, no quiero contristar al Espíritu Santo.

Virgen de Pentecostés, logra para el mundo la efusión de este Espíritu de Luz y de Amor que formó a los primeros Apóstoles de Cristo.

Que mi vida, al igual que la tuya, fiel al menor soplo del Espíritu, sea una obra maestra de santidad para mayor gloria de Dios.

ESQUEMA 5C

*Examen Mensual*SOBRE LA TENDENCIA A LA PERFECCIÓN Y EL
PROGRESO ESPIRITUAL

ÁBRETE AL PRIMER AMOR.

La tarea no es morir a las relaciones que nos ha regalado la vida, sino darse cuenta de que el amor recibido en ellas es parte de un amor mayor. Dios te ha regalado una personalidad con una riqueza que todavía eres incapaz de valorar. En ella mora Dios y te ama con el primer amor, el que precede a todo amor humano. Tú eres portador de tu propia belleza, a la que amas profundamente en tu corazón. Puedes y debes ser consciente del amor que se te ha dado y reconocer ese mismo amor en los demás, que ven tu bondad y te aman. Por eso, deja de intentar morir al único amor real que has recibido. Da gracias por él y míralo como algo que te permite abrirte al primer amor de Dios". (CFR. HENRI NOUWEN, *La voz interior del amor. Desde la angustia a la libertad*, Madrid, PPC, 2000, 42-43).

Para la vida religiosa, la propia consagración es una escuela de perfección en la que se tiende a la más alta santidad, por los medios más rápidos y más decisivos, dejándose siempre alcanzar por la obra misericordiosa y la Gracia de Dios que nos colma y prevé de los medios necesarios para este camino.

La vida religiosa es un camino dulce hacia Dios, para Dios y con Dios. Pero hay que dejar ciertos equipajes que nos dificultan nuestro camino: riquezas, alegrías superficiales

y sobre todo el "yo". Como hemos visto el egocentrismo es siempre el peor de los obstáculos que se mezcla con el orgullo, con la vanidad, y hacen un globo enorme, pareciendo que se está hinchado, pero que realidad no se está sano. La santidad religiosa consiste en esta perfección del amor, aceptada por la perfección de la humildad. Cuando un alma más se desprende de los bienes exteriores, de su sensibilidad, de su propio "yo", mayor libertad tiene para amar.

1. PERFECCIÓN DEL SACRIFICIO:

"Si quieres ser perfecto, déjalo todo y sígueme" (Mt 19, 21). Según la enseñanza de Jesucristo, la perfección evangélica exige el desprendimiento total. Absolutamente nada debe ya entorpecer al alma en su impulso hacia Dios. La primacía de Dios me exige que todo se ordene en su horizonte. Los votos religiosos no tienen otra finalidad que arrancar todos los obstáculos al continuo ejercicio del amor, los votos en este sentido se viven como un camino de libertad. El alma religiosa que conserva aún el menor apego a las riquezas de este mundo, a los afectos del corazón, a las preocupaciones del propio "yo", no tiene completa libertad para amar. Se confunde, y anhela los atrios de "otros señores".

2. OBEDIENCIA:

Don Bosco nos enseña que, aunque ciertamente espera de todos sus salesianos una excelencia en todas las virtudes, "es en la obediencia, más que en ninguna otra virtud, que Dios Nuestro Señor nos da el deseo de ver que nos señala". El voto de obediencia es el "sí" pleno a la voluntad de Dios. Él obra en el alma la suprema liberación y la entrega totalmente a

Dios. La obediencia lo abarca y comprende todo en una vida. Ecce venio:

¡Oh Padre!, heme aquí para cumplir tu voluntad.

A imitación de Jesucristo, ¿he entregado a Dios una obediencia sin reserva, sin demora, fiel hasta la menor situación y siempre por amor? La obediencia es la clave de la vida religiosa. Basta pensar que don Bosco, la ubicó en el primer lugar según el orden habitual de los votos.

He de obedecer sin rodeos, sin discusión, sin condiciones, con arreglo a la fórmula de mi profesión religiosa. La obediencia salesiana exige gran madurez espiritual y psicológica porque, mediante este voto, el Superior y la comunidad influyen en los medios con que canalizamos algo tan íntimamente personal como la energía y el entusiasmo que generan nuestros deseos personales.

3. POBREZA:

En mi profesión religiosa he prometido pobreza absoluta. Debo renunciar a lo superfluo y, algunas veces, hasta tengo que aceptar la privación de lo necesario. Pobre y desnudo como Jesús en la Cruz. El dinero de mi Comunidad no es mío. ¿He procurado evitar todo gasto inútil? Debo recordar que una de las formas de la pobreza es la ley del trabajo. Quiero ganar mi pan con el sudor de mi frente.

¿Estoy verdaderamente desprendido de todo, de las riquezas materiales, aún hasta de los mismos dones de la gracia y de las consolaciones divinas? Se puede abusar de todo y en cada uno de nosotros hay una tendencia a apropiarnos aún los mismos bienes de Dios. En este sentido cada vez que soy más

desprendido y decididamente pobre, puedo tener a Dios por mayor riqueza. Siempre que tenga más cosas y más apegos, le quito a Dios su verdadera Gloria en mí, porque no lo tengo a él como centro ni a su riqueza como mi riqueza. La vida de Jesús y de los santos sea un oportunidad maravillosa para reflexionar sobre esto.

4. CASTIDAD:

La pureza de corazón es la disposición próxima para la contemplación de Dios. Cuanto mayor es la virginidad, mayor capacidad se tiene para amar. La castidad religiosa guarda en un alma todas sus fuerzas intactas para amar.

¿No habré malgastado las riquezas de mi sensibilidad?

¿He caído tan a menudo en un exceso de afecto en mis miradas, en los sentimientos de mi corazón, en mis demostraciones de simpatía, en mis lecturas, quizá, aún en mis relaciones de apostolado! ¿Me he acercado a los demás, movido tan sólo por un afecto divino y sólo por Dios?

¿Cuántos deslices humanos hay en mis relaciones con aquellos a quienes amo? Tendría que ser todo divino. No quiero amar más que con el Corazón de Cristo.

5. PERFECCIÓN DEL AMOR:

La santidad religiosa no consiste sólo en nuestra austeridad, ni sólo en la fidelidad exterior a las observancias de la regla, tampoco en tal o cual práctica de devoción simplemente, sino en la aceptación alegre de la voluntad de Dios, por amor y con una sonrisa. Se trata de algo mucho más hondo y profundo. Somos nosotros los que tantas veces lo complicamos todo;

en realidad no hay obstáculo alguno para el amor. El alma religiosa, libre de todo lo que no es Dios, puede consagrar todas sus fuerzas a amar. La ley evangélica del amor es el alma de la vida religiosa. La pequeña Teresa de Lisieux lo había comprendido perfectamente: “Mi vocación es el amor”.

Debemos acudir a la gracia para transformar cada uno de mis actos, en actos de puro amor. ¡Cuántas veces he faltado! El puro amor es la adhesión total a la voluntad divina, manifestada en cada instante, ya por las órdenes de la obediencia, ya por los acontecimientos de la vida. Cada minuto que pasa debería hacerme adelantar en esta vida de amor.

6. TENDENCIA A LA PERFECCIÓN:

La más fundamental de las leyes de la perfección religiosa es: la ascensión a las cumbres. La expresión de toda alma religiosa debiera ser: “Hacia las cimas”. Siempre más arriba, como los alpinistas. ¡Cuántas veces me he arrastrado en la mediocridad! ¡Cuántas veces he quedado encerrado en la vulgaridad de mis mezquinos horizontes! Quiero transformar desde ahora mis acciones más triviales en actos de puro amor. Quiero hacer de mi vida religiosa un himno de amor a la gloria de la Trinidad.

ESQUEMA 5D

Examen Anual

SOBRE LAS ETAPAS DE LA SANTIDAD

Sentido del examen anual: Nos concentramos en el examen anual, desde nuestra vida ordinaria, pero con un espacio diverso a lo que hacemos todos los días. No porque en ella no esté Dios hablando y comunicándonos sus proyectos, sino porque necesitamos cierta “distancia” y “silencio” para mirar nuestra propia vida con una perspectiva más amplia y escuchar la voz de Dios en los acontecimientos de nuestra vida y de la vida de nuestro pueblo, especialmente de los jóvenes. Venimos a un lugar apartado, para mirar la vida desde los ojos de Dios... Jesús invitó un día a sus discípulos a “descansar un poco en un lugar tranquilo” (Mc 6, 31). También hoy el Señor nos ha invitado a venir aquí para estar con él tranquilamente y contemplar nuestra vida a la luz de su Palabra y de lo que nos invita el discernimiento de nuestra Congregación.

Los maestros espirituales distinguen habitualmente tres etapas hacia la santidad: la de los principiantes, la de los que progresan y la de los perfectos.

Cada uno de estos períodos se caracteriza por una actitud dominante. El esfuerzo principal de los principiantes consiste en la lucha contra el pecado y los afectos: esto es, la vía purgativa. Los que progresan tienden con todas sus fuerzas a la práctica de la virtud: es la vía iluminativa. En los perfectos, Dios lo es todo: es la vía unitiva.

1. LOS PRINCIPIANTES:

Desde el principio, no tener como objetivo demasiado pronto la mística ni los éxtasis, sino reformar el carácter, corregir los defectos, evitar hacerse insoportable; en una palabra, convertirse. La ascética es la base de la mística y debe siempre acompañarla. Muchas almas permanecen imperfectas hasta el fin de su vida porque les ha faltado al principio una formación seria del carácter y una lucha sin cuartel contra todas las tendencias de su alma.

¿A dónde he llegado en esta obra de mi conversión? ¿No he descuidado con demasiada frecuencia la lucha contra mis defectos de carácter y el arrancar en mí, hasta las menores raíces del mal? He aquí por qué, después de tantos años de vida religiosa, debo constatar aún tantas debilidades que sólo se encuentran en los principiantes: una vanidad grosera y ridícula que me hace de una susceptibilidad insoportable; tendencia a la disipación y a charlar inútilmente; falta de energía ante el deber; caprichos y desfallecimientos; testarudez en mis ideas y un amor propio sutil que paraliza en mí la obra necesaria de las purificaciones divinas.

Con ocasión de este retiro anual, debo reconocer, si quiero ser leal, que he desperdiciado gran parte de mi vida religiosa. Quiero convertirme. Hoy empiezo de nuevo.

2. LOS QUE PROGRESAN:

Muchas almas religiosas tienen una propensión generosa para alcanzar la perfección. Se ejercitan con fidelidad en la práctica de todas las virtudes. Pero, cuántas imperfecciones aún en estas almas generosas: brotes de carácter, rápidos

pero lamentables; falta de reacciones sobrenaturales en las ocasiones que les contrarían; falta de constancia y de perseverancia en el esfuerzo; miedo al sacrificio; acaparamiento en provecho propio de las obras de apostolado; buscar constantemente la satisfacción del amor propio y de la sensibilidad; falta de olvido de sí mismo; y así se podría multiplicar la lista hasta el infinito. ¡Hay tal abismo entre el fervor de los que progresan y la verdadera santidad! San Juan de la Cruz lo observa con dolor: son muy raras las almas que se elevan hasta la cima de la perfección porque son muy pocas las que aceptan resueltamente seguir a Cristo “hasta el final”, esto es, hasta la Cruz. Yo quiero ser de este número. Dios todo, yo nada. ¿Estás dispuesto a beber el cáliz que yo beberé? Nos pregunta diariamente el Señor.

3. LOS PERFECTOS:

Una sola alma que se consuma en la unión divina, da a la Santísima Trinidad de manera incomparable, mucha más gloria que una multitud de almas imperfectas. Sin embargo, Dios llama a todas las almas religiosas a la más alta perfección. Si no alcanzamos la cima de la santidad es por nuestra culpa. Dios nos prodiga gracias capaces de transformarnos rápidamente en la imagen de su Hijo. Reconozcámoslo con lealtad. Hemos desperdiciado una multitud de estas gracias divinas. Después de tantos años de vida religiosa, en lugar de seguir arrastrándonos por la vía purgativa e iluminativa, deberíamos estar hace tiempo consumados en la vía de la unión, entregados al Amor, no teniendo otro cuidado que el triunfo de la Iglesia y la gloria del Padre.

Este retiro anual es una suprema llamada a esta vida de unión; no tardemos más: Más tarde, demasiado tarde.

Sé que el amor puede aumentar en un alma hasta el infinito, porque es una participación de la Llama del Espíritu Santo, que brota en nosotros bajo la acción omnipotente del Amor eterno, y que nuestros actos de amor, cada vez más fervorosos, crean en nuestras almas nuevas capacidades de amar.

Resolución suprema: Fiel a la gracia de mi bautismo y de mi profesión religiosa, quiero, de ahora en adelante, tender a la más alta perfección del amor por la perfección del sacrificio y desaparecer para dejar todo el lugar a Dios.

Quiero hacer mío este hermoso programa de San Pablo: “No soy yo; es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20). Así realizaré mi vocación eterna, empezada ya aquí en la tierra, de ser una alabanza de gloria a la Trinidad.

ESQUEMA 6

Apéndice:

Esquema para el examen de conciencia

1. CON RESPECTO AL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN Y PENITENCIA.

- ¿Me acerco al sacramento de la Penitencia con deseo sincero de purificación, de conversión, de renovación de vida y de una amistad más profunda con Dios? ¿O más bien lo considero como algo molesto que solo se recibe muy raramente?
- ¿He olvidado o callado deliberadamente algún pecado grave en mis anteriores confesiones?
- ¿He cumplido la penitencia? ¿He reparado las injusticias cometidas? ¿Me he esforzado por llevar a la práctica los propósitos de enmendar la vida según el Evangelio?
- A la luz de la palabra de Dios cada uno examina su vida.

2. “AMARÁS AL SEÑOR, TU DIOS, CON TODO TU CORAZÓN”

- ¿Está mi corazón dirigido hacia Dios, de tal manera que con verdad lo ame sobre todas las cosas, como un hijo a su padre, cumpliendo fielmente sus mandamientos? ¿O me he preocupado preferentemente por las cosas temporales? ¿Tengo pureza de intención en mis acciones?
- ¿Es firme mi fe en Dios que nos ha hablado por medio de su Hijo? ¿He adherido con firmeza a la doctrina de la Iglesia? ¿Me he preocupado por adquirir la instrucción cristiana, escuchando la Palabra de Dios, participando en la catequesis,

evitando lo que atenta contra la fe? ¿He profesado siempre con valor y sin temor la fe en Dios y en la Iglesia? ¿Me he mostrado de buena gana como cristiano en la vida pública y privada?

- ¿He hecho las oraciones en la mañana y en la noche?
- ¿Es mi oración un verdadero dialogo de la mente y del corazón con Dios, o solo un rito externo? ¿He ofrecido a Dios los trabajos, alegrías y sufrimientos?
- ¿He recurrido a Él en las tentaciones?
- ¿Tengo reverencia y amor al nombre de Dios, o lo he ofendido con juramentos falsos e indebidos?
- ¿He faltado el respeto a la Santísima Virgen o a los santos?
- ¿He honrado el día del Señor y las fiestas de la Iglesia, participando en los actos litúrgicos, sobre todo en la Misa, de una manera activa, piadosa y atenta? ¿He observado los preceptos de la confesión frecuente?
- ¿Tengo, tal vez, otros dioses, es decir, cosas que me preocupan o en las que confío más que en Dios, como son las riquezas, las supersticiones....?

3. “ÁMENSE LOS UNOS A LOS OTROS, COMO YO LOS HE AMADO”

- ¿Tengo amor verdadero a mi prójimo, o he abusado de mis hermanos utilizándolos para mi provecho personal, o haciéndoles lo que no deseo para mi mismo? ¿He sido para ellos causa de escándalo grave con mis palabras y acciones?
- ¿He contribuido al bien y a la alegría de los demás miembros de mi familia, mediante la paciencia y el amor sincero?

¿He sido obediente con mis superiores, los he respetado y ayudado en sus necesidades espirituales y materiales? ¿Me he preocupado, como padre, por la educación de los jóvenes, y los he ayudado con el buen ejemplo y la autoridad paterna?

- ¿He hecho participes de mis bienes a los que son más pobres que yo? ¿He hecho lo posible por defender a los oprimidos, socorrer a los necesitados, ayudar a los pobres? ¿O he despreciado al prójimo, especialmente a los pobres, los débiles, los ancianos, extranjeros, o los hombres de otras razas?
- ¿Es mi vida un cumplimiento de la misión que he recibido con la vocación? ¿He participado con entusiasmo y generosidad en las obras de apostolado y de caridad de la misión propia de mi comunidad? ¿He prestado mi servicio a la Iglesia en sus necesidades, y he orado por ella, por la unidad de la Iglesia, por la evangelización de los pueblos, por el reino de la paz y la justicia?
- ¿Me he preocupado por el bien y el progreso de la comunidad dentro de la cual vivo? ¿O solamente de mis ventajas personales? ¿He participado, según mis posibilidades, en la promoción de la justicia, la honestidad de las costumbres, la concordia, la caridad, en la sociedad humana? ¿He cumplido los deberes cívicos? ¿He pagado los impuestos?
- ¿He sido justo, responsable y honesto en mi trabajo u oficio, prestando con amor mi servicio a la comunidad? ¿He pagado a los obreros y a los que me sirven el justo salario? ¿He cumplido las promesas y contratos?
- ¿He mostrado a los superiores y hermanos de comunidad la obediencia y el respeto debidos?
- ¿Si tengo algún cargo, o ejerzo autoridad, uso de ello para mi interés personal o en bien de los demás, en espíritu de servicio?

- ¿He sido fiel y veraz? ¿O he perjudicado a los demás con palabras falsas, calumnias, detracciones, juicios temerarios, violaciones del secreto?
- ¿He causado daño a la vida, la integridad física, la fama, la honra o los bienes de los demás? ¿Le hice algún daño? ¿He odiado al prójimo? ¿He tenido pleitos, enemistades, insultos o cóleras con los demás? ¿He rehusado culpablemente, por egoísmo, dar testimonio de la inocencia del prójimo?
- ¿He robado o dañado, o deseado injusta o desordenadamente los bienes del prójimo? ¿He procurado restituir lo ajeno y reparar el daño?
- ¿Si he padecido injurias, he estado dispuesto a la paz, por amor de Cristo, y a perdonar, o guardo odio y deseos de venganza?

4. “SEAN PERFECTOS COMO EL PADRE CELESTIAL”

- ¿Cual es la orientación fundamental de mi vida?
- ¿Estoy animado por la esperanza de la vida eterna?
- ¿Me he esforzado por adelantar en la vida espiritual, por medio de la oración, la lectura de la palabra de Dios, la participación de los sacramentos y la mortificación? ¿He reprimido los vicios, las inclinaciones y pasiones malas, como son la envidia y la gula? ¿He sido soberbio y jactancioso, menospreciando a los demás y creyéndome superior a ellos? ¿He sido presumido delante de Dios? ¿He impuesto a los demás mi voluntad, sin respetar la libertad y los derechos ajenos?
- ¿Qué uso he hecho del tiempo, de las fuerzas y los dones que he recibido de Dios como los talentos del Evangelio? ¿He usado de estas cosas para buscar mi perfección o he sido ocioso y perezoso?

- ¿He soportado con paciencia los dolores y contrariedades de la vida? ¿Cómo he llevado en mi cuerpo la mortificación, para completar lo que falta a la pasión de Cristo? ¿He guardado la ley de la abstinencia y del ayuno?
- ¿He guardado mis sentidos y todo mi cuerpo en pudor y castidad, como templo del Espíritu Santo destinado a la resurrección y a la gloria, y como señal del amor que Dios fiel tiene para con los hombres,?
- ¿He manchado mi cuerpo con la fornicación, la impureza, las palabras y pensamientos indignos, malos deseos o acciones? ¿Me he dejado arrastrar por el deleite? ¿He tenido lecturas o conversaciones o frecuentado espectáculos o diversos contrarios a la honestidad cristiana y humana? ¿He sido causa, por mi indecencia, de pecado en los demás?
- ¿He actuado contra mi conciencia, por temor o hipocresía?
- ¿He buscado siempre obrar con la verdadera libertad de los hijos de Dios, según la ley del Espíritu, o he sido esclavo de mis pasiones?

5. LA CONFESIÓN DE LOS PECADOS

Después de haber examinado atentamente tu vida, preséntate al sacerdote con espíritu de fe. Confíesate en cuanto cristiano, religioso, sacerdote (mandamientos, Votos, compromisos derivados de tu estado de vida).

5.1. PRESENTACIÓN:

- Soy religioso, sacerdote; me he confesado en ...(hace cuanto tiempo).
- Reconozco los dones de Dios y desde lo profundo de su amor los agradezco ...

- Mi propósito en la última confesión era ...
- Lo he mantenido ... No lo he mantenido ... Los motivos son estos ...

5.2. CONFIESO MIS PECADOS

- ... Completo el cuadro de mi vida indicando lo que constituye mi fatiga de amar a Dios y a los hermanos
- Hago mención a las amarguras de fondo, a las antipatías y a las heridas interiores que están a la raíz de las pequeñas y continuas culpas cotidianas
- Reconozco profesando la fe, que el Señor puede salvar.
- Renuevo o tomo un nuevo propósito ...
- Pido la absolución y la penitencia

5.3. DESPUÉS DE LA CONFESIÓN

- Adora, agradece, bendice al Señor Jesús por el perdón que te ha donado y por la misericordia con la cual te ha purificado.
- Proponte cumplir la penitencia en espíritu de expiación de los pecados y de purificación de la vida
- Confíate al Espíritu Santo, Maestro interior y guía hacia la santidad:

Espíritu de vida,
don del Señor resucitado.
Ayúdame con tu gracia
a caminar en la novedad de vida, en la caridad
y en la verdad.

Hazme constructor de unidad y de paz.
Enséñame a ser capaz de donar, como Cristo, mi
vida para la salvación de los hermanos.
Ayúdame a morir cada día a mí mismo
para vivir como hijo de Dios,
testigo de la resurrección
en la alegría, en la esperanza y
en el ejercicio de la caridad. Amén.

5.4. DIOS OLVIDA LOS PECADOS CONFESADOS

Concluamos con una historia: Una humilde señora que vivía en un pequeño pueblo dijo haber tenido una visión de Jesús. Para determinar si era verdad su párroco le dijo, 'la próxima vez que Dios se te aparezca pídele que te diga mis pecados. Yo los conozco y esa será la prueba'. Un mes después la señora fue a ver al sacerdote quien le preguntó: ¿Se te apareció Jesús de nuevo? "Sí", respondió la señora. Y el párroco le preguntó si le había hecho la pregunta. "Sí", respondió la señora. "¿Y qué cosa te dijo el Señor?" "Me respondió: Dile al sacerdote que sus pecados los he olvidado".

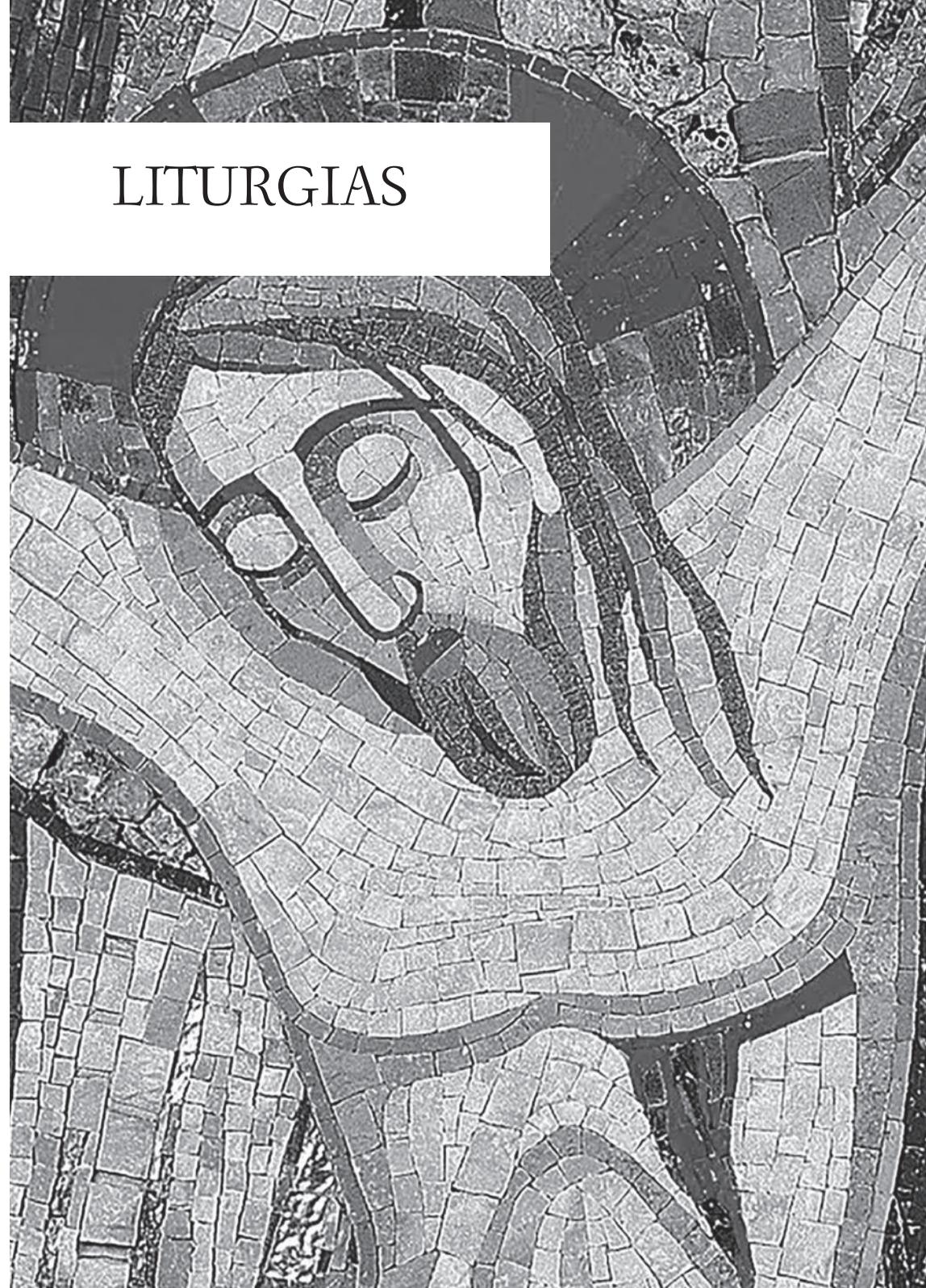
5.5. LAS CINCO VÍAS DE LA RECONCILIACIÓN

“¿Quiéren que les hable de las vías de la reconciliación con Dios? Son muchas y variadas, pero todas conducen al cielo.

- La primera es rechazar los propios pecados La segunda es el perdón de las ofensas
- La tercera es la oración La cuarta es la limosna
- La quinta es la humildad

No estés nunca sin hacer nada, más bien cada día busca avanzar por estas vías, porque son fáciles, no puedes aducir tu pobreza para eximirte de ellas. Aún cuando te encontrases a vivir en gran miseria, podrás siempre poner en práctica la humildad, deponer la ira, orar continuamente y rechazar el pecado, y la pobreza no te será jamás un obstáculo". (De una homilía de San Juan Crisóstomo, Obispo y Doctor de la Iglesia).

LITURGIAS



LITURGIA PENITENCIAL 1

Ser sal de la tierra y luz del mundo

1. CANTO DE ENTRADA

Juntos como hermanos, miembros de una Iglesia, vamos caminando al encuentro del Señor.

Un largo caminar, por el desierto bajo el sol, no podemos avanzar sin la ayuda del Señor...

2. SALUDO DEL PRESIDENTE

P: En el nombre del Padre y de Hijo y del Espíritu Santo.

T: Amén

P: Que la confianza en Dios

llene de paz sus corazones y que la gracia y el perdón de nuestro Señor Jesucristo esté con todos ustedes

T: Y con tu espíritu.

G: Hemos cantado que nuestra vida es como un largo caminar por el desierto bajo el sol, y en este caminar muchas veces sentimos sed, sed de algo nuevo, sed de perdón y de reconciliación. Esta celebración es como un oasis, en ella nos encontramos con el agua viva del perdón de Dios y los hermanos. Bebamos todos de ella, dejémonos lavar por dentro, dejemos que la luz de Cristo nos ilumine.

Oremos: (todos)

Padre, muchas veces hemos experimentado la dureza de la vida,

muchas veces hemos sido nosotros los que hemos hecho la vida dura a los demás; hoy, ante Ti, ponemos todo lo que somos, nuestros deseos e ilusiones, nuestros éxitos y nuestros fracasos, nuestros pecados y nuestras virtudes, todo Señor, para que Tú lo purifiques y lo bendigas. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

3. LITURGIA DE LA PALABRA

3.1. PRIMERA LECTURA

LECTURA DE LA CARTA DEL APÓSTOL SAN PABLO A LOS EFESIOS: (5, 9-14)

Hermanos: Él nos hizo conocer el misterio de su voluntad, conforme al designio misericordioso que estableció de antemano en Cristo, para que se cumpliera en la plenitud de los tiempos: reunir todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, bajo un solo jefe, que es Cristo.

En él hemos sido constituidos herederos, y destinados de antemano —según el previo designio del que realiza todas las cosas conforme a su voluntad— a ser aquellos que han puesto su esperanza en Cristo, para alabanza de su gloria.

En él, ustedes, los que escucharon la Palabra de la verdad, la Buena Noticia de la salvación, y creyeron en ella, también han sido marcados con un sello por el Espíritu Santo prometido. Ese Espíritu es el anticipo de nuestra herencia y prepara la redención del pueblo que Dios adquirió para sí, para alabanza de su gloria.

Palabra de Dios. Te alabamos, Señor

3.2. ACLAMACIÓN SÁLMICA

Canto:

El Señor es mi luz y mi salvación.
 El Señor es la defensa de mi vida
 Si el Señor es mi luz, ¿a quién temeré?
 ¿Quién me hará temblar?

Una cosa pido al Señor; habitar por
 siempre en su casa, gozar
 de la dulzura del Señor,
 contemplando su templo Santo.

Palabra de Dios. Te alabamos, Señor

3.3. EVANGELIO

+ LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO: (5,13-16)

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: “Ustedes son la sal de la tierra. Mas si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salada? Para nada vale ya, sino para que, tirada fuera, la pisen los hombres.

Ustedes son la luz del mundo. No puede esconderse una ciudad situada sobre una montaña.

Y no se enciende una candela para ponerla debajo del celemín, sino sobre el candelero, y (así) alumbrará a todos los que están en la casa. Así brille vuestra luz ante los hombres, de modo tal que, viendo vuestras obras buenas, glorifiquen a vuestro Padre del cielo”.

Palabra de Dios. Te alabamos, Señor

4. REFLEXIÓN

(PERSONAL O COMUNITARIA)

G: El Señor nos llama hoy a ser sal de la tierra y luz para el mundo. Sal que da sabor y realza los alimentos, sal que también conserva los alimentos. Luz para iluminar, luz que da confianza en medio del temor, luz que guía, luz que rompe la tiniebla y la oscuridad. Por eso hoy vamos a examinar nuestra conciencia, nuestras actitudes a la luz de esta invitación que nos hace el Señor. Como la sal, nosotros los cristianos estamos llamados en medio del mundo, a dar sabor a la convivencia, realzar los valores verdaderamente humanos de nuestras relaciones, sabiendo poner nuestra presencia allí donde nadie quiere ir, junto al lecho del enfermo o del anciano, acompañando al niño o al adolescente en el descubrir de la vida y de la fe. Poniendo alegría allí donde hay tristeza, dando nuestra compañía allí donde hay soledad, cediendo de nuestros intereses en favor de los demás.

LECTURA PATRÍSTICA

De las Homilías de San Juan Crisóstomo, obispo, sobre el evangelio de San Mateo.

Ustedes son la sal de la tierra. Es como si les dijera:

«El mensaje que se les comunica no va destinado a ustedes solos, sino que han de transmitirlo a todo el mundo. Porque no los envío a dos ciudades, ni a diez, ni a veinte; ni tan siquiera los envío a toda una nación, como en otro tiempo a los profetas, sino a la tierra, al mar y a todo el mundo, y a un mundo por cierto muy mal dispuesto.»
 Porque al decir: Ustedes son la sal de la tierra, enseña que todos los hombres han perdido su sabor y están corrompidos por el pecado. Por ello, exige sobre todo de sus discípulos aquellas virtudes

que son más necesarias y útiles para el cuidado de los demás. En efecto, la mansedumbre, la moderación, la misericordia, la justicia son unas virtudes que no quedan limitadas al provecho propio del que las posee, sino que son como unas fuentes muy conocidas que manan también en provecho de los demás. Lo mismo podemos afirmar de la pureza de corazón, del amor a la paz y a la verdad, ya que el que posee estas cualidades las hace rebosar en utilidad de todos.

«No piensen -viene a decir- que el combate al que se los llama es de poca importancia y que la causa que se les encomienda es escasa: Ustedes son la sal de la tierra.»

¿Significa esto que ellos restablecieron lo que estaba podrido? En modo alguno. De nada sirve echar sal a lo que ya está podrido. Su labor no fue ésta; lo que ellos hicieron fue echar sal y conservar, así, lo que el Señor había antes renovado y liberado de la podredumbre, se lo encomendó después a ellos. Porque liberar de la podredumbre del pecado fue obra del poder de Cristo; pero el no recaer en aquella podredumbre era obra de la diligencia y esfuerzo de sus discípulos.

¿Te das cuenta de cómo va enseñando gradualmente que éstos son superiores a los profetas? No dice, en efecto, que hayan de ser maestros de Palestina, sino de todo el mundo. «No les extrañe, pues -viene a decirles-, si, dejando ahora de lado a los demás, les hablo a ustedes solos y les enfrento a tan grandes peligros. Consideren a cuántas y cuán grandes ciudades, pueblos, naciones les he de enviar en calidad de maestros. Por esto, no quiero que sean ustedes solos prudentes, sino que hagan también prudentes a los demás. y muy grande ha de ser la prudencia de aquellos que son responsables de la salvación de los demás, y muy grande ha de ser su virtud, para que puedan

comunicarla a los otros. Si no es así, ni tan siquiera podrán bastarse a ustedes mismos.

En efecto, si los otros han perdido el sabor, pueden recuperarlo por el ministerio de ustedes; pero si son ustedes los que se vuelven insípidos, arrastrarán también a los demás con su perdición. Por esto, cuanto más importante es el asunto que se les encomienda, más grande debe ser su solicitud.» y así, añade: Si la sal pierde su sabor; ¿con qué la van a salar? No vale para otra cosa, sino para tirarla fuera y que la pise la gente. Para que no teman lanzarse al combate, al oír aquellas palabras: Cuando los insulten y persigan y divulguen contra ustedes toda clase de calumnias, les dice de igual modo: «Si no están dispuestos a tales cosas, en vano han sido elegidos. Lo que hay que temer no es el mal que digan contra ustedes, sino la simulación de parte de ustedes; entonces sí que perderían su sabor y serían pisoteados. Pero si ustedes no aflojan en presentar el mensaje con toda su claridad, si después oyen hablar mal de ustedes, alégrense. Porque lo propio de la sal es morder y arder a los que llevan una vida fácil.

Por tanto, estas habladurías son inevitables y en nada les perjudicarán, antes serán prueba de su firmeza. Mas si, por temor a ellas, ceden en el ardor conveniente, peor será su sufrimiento, ya que entonces todos hablarán mal de ustedes y todos los despreciarán; en esto consiste el ser pisoteado por la gente.»

A continuación, propone una comparación más elevada: Ustedes son la luz del mundo. De nuevo se refiere al mundo, no a una sola nación ni a veinte ciudades, sino al orbe entero; luz que, como la sal de que ha hablado antes, hay que entenderla en sentido espiritual, luz más excelente que los rayos de este sol que nos ilumina. Habla primero de la sal, luego de la luz, para que

entendamos el gran provecho que se sigue de una predicación clara, de unas enseñanzas tan exigentes. Esta predicación, en efecto, es como si nos atara, impidiendo nuestra dispersión, y nos abre los ojos al enseñarnos el camino de la virtud.

No puede ocultarse una ciudad situada en lo alto del monte; ni se enciende una lámpara para meterla bajo el celemín. Con estas palabras, insiste el Señor en la perfección de vida que han de llevar sus discípulos y en la vigilancia que han de tener sobre su propia conducta, ya que ella está a la vista de todos, y el ruedo en que se desarrolla su combate es el mundo entero.

5. SIGNO EVANGÉLICO:

- Estarán preparados el Cirio Pascual, las velas y un recipiente con sal.
- Se puede ambientar con música de fondo para ayudar a la interiorización.
- Mientras se realiza el signo, se puede entonar un canto.

G: Ahora, cada uno se levanta, se acerca al Cirio Pascual y enciende su vela, también puede tomar un poquito de sal, y se vuelve a su sitio.

6. LITURGIA DEL SACRAMENTO

6.1. PETICIÓN COMUNITARIA DE PERDÓN

P: Recordando hermanos, la bondad de Dios, nuestro Padre, confesemos nuestros pecados, para alcanzar su misericordia y perdón.

T: Confieso ante Dios y ante ustedes hermanos, que he puesto obstáculos al plan de Dios,

a la construcción del prójimo, y a mi propia realización, con mis actos negativos y mis omisiones.

Por lo cual, necesito ser perdonado y reconstruido por Dios. En consecuencia, ruego a todos los creyentes que han alcanzado ya la plenitud de la vida, y a ustedes mis hermanos que pidan por mi al Padre, por medio de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

- Se guarda un breve momento de silencio.
- Las respuesta a las aclamaciones penitenciales, puede ser cantada.

L1. Perdón Señor, porque muchas veces hemos olvidado lo que somos: tus hijos. Perdón también por olvidar que los demás son nuestros hermanos.

T: Perdón Señor, perdón.

L2. Perdón Padre por adorar a otros ídolos, por dejar que la comodidad nos venciese.

T: Perdón Señor, perdón.

L3. Perdón Señor, por nuestra mediocridad, por nuestra falta de testimonio, por nuestra falta de caridad y solidaridad con todos los hombres.

T: Perdón Señor, perdón.

4. EXAMEN DE CONCIENCIA PERSONAL

Cada uno elige uno de los esquemas propuestos.

5. CONFESIÓN PERSONAL Y ABSOLUCIÓN

5.1. DESPUÉS DE LA CONFESIÓN:

ORACIÓN DE PERDÓN PERSONAL

Padre, me pongo en tus manos, Tú
eres mi Padre Creador, tómame y
lléname de Ti, tómame y posee mi vida.

Tú eres mi Padre y yo soy tu hijo,
has en mí tú Santa Voluntad,
Tú me has creado en tu infinito amor,
soy todo tuyo.

Tú eres mi Dios, ven y lléname de Ti,
tú eres mi Señor, dame tu presencia.
Tú eres mi poderoso Señor,
tómame y poséeme Dios mío.

Has en mí lo que quieras,
sea lo que fuere,
por ello te doy las gracias,
estoy dispuesto a todo.

Lo acepto todo,
con tal de que se cumpla tu voluntad
en mí y en todas tus criaturas.

No deseo nada más Padre:
has en mí, te lo ruego,
tu Santa y Purísima Voluntad.
Te encomiendo mi alma,

te la entrego con todo el amor de que soy capaz,
porque te amo y necesito darme,

ponerme en tus manos sin medida,
con infinita confianza,
porque tú eres mi Padre.

Padre mío,
en el corazón de tu hija, Santa María,
que tú y yo seamos uno.
Alabado sea el Padre,
en su Hijo, por el Espíritu Santo. Amén.

6. CONCLUSIÓN COMUNITARIA

6.1. REZO DE LA ORACIÓN DOMINICAL.

P. Y ahora, con las mismas palabras
que Cristo nos enseñó, pidamos a Dios Padre que
perdone nuestros pecados
y nos libre de todo mal. Padrenuestro que...

6.2. GESTO DE LA PAZ:

P: El Señor esté con ustedes...
Démonos fraternalmente la paz.

6.3. ACCIÓN DE GRACIAS Y DESPEDIDA.

Se eleva un canto de Acción de Gracias, escogido para la ocasión.

Oración final:

Gracias Señor,

T: Gracias por darnos una nueva oportunidad.

Gracias por este perdón que nos renueva.

Gracias por ser nuestro Padre. Ayúdanos a dar nuevas oportunidades a los demás, ayúdanos a perdonar a los que nos ofendan, ayúdanos a tratar siempre a los demás como hermanos.

Padre, te lo pedimos con alegría y humildad; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

P: El Señor esté con ustedes.

T: Y con tu espíritu.

P: Y la bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo.....

LITURGIA PENITENCIAL 2

Volver a la Casa del Padre

1. RITOS INICIALES.

1.1. CANTO DE ENTRADA

1.2. SALUDO DEL PRESIDENTE

P: En el nombre del Padre y de Hijo y del Espíritu Santo.
Amén

T: El perdón de nuestro Padre Dios
y la salvación de nuestro Señor Jesucristo esté
con todos ustedes.

P: Y con tu espíritu.

1.3. MONICIÓN

G: El Señor nos recuerda que somos caminantes, caminantes que vamos por la vida buscando el hogar definitivo, la casa donde podamos descansar y ser felices para siempre. Ese hogar y esa casa son los brazos de nuestro Padre Dios. Muchas veces hemos equivocado el camino, muchas veces hemos renegado de nuestro ser hijos de Dios. Pero hoy queremos experimentar su abrazo. Queremos gozar de su ternura y su misericordia.

Dejamos pues que la paz del Señor llene nuestro corazón y dispongámonos a celebrar con alegría este encuentro con el Dios de la Misericordia.

1.4. ACLAMACIÓN PENITENCIAL

G: Comenzamos recitando el salmo 50. Es la oración penitencial por excelencia del Antiguo Testamento. El orante reconoce sinceramente su pecado y se presenta ante el Señor en actitud humilde. No aduce excusas, no tiene nada que alegar para justificarse ante Dios. Simplemente recurre confiadamente a su inmensa compasión. Hacemos nuestras las palabras del Salmo, reconociéndonos pecadores pedimos al Señor su misericordia.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

**Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.**

En la sentencia tendrás razón, en el juicio resultarás inocente.
Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

**Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.**

Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

**Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.**

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

**Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia. Señor,
me abrirás los labios
y mi boca proclamará tu alabanza.**

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias.

**Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.**

Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo **Como era en el principio ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.**

2. LITURGIA DE LA PALABRA

2.1. PROCLAMACIÓN DEL EVANGELIO

+ LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS:
(15,1-3.11- 32)

Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Este acoge a los pecadores y come con ellos.» Entonces les dijo esta parábola. «Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: “Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde.” Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino.

«Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros.” Y, levantándose, partió hacia su padre.

«Estando él todavía lejos, le vió su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: “Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo.” Pero el padre dijo a sus siervos: “Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponéle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado.” Y comenzaron la fiesta. «Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. El le dijo: “Ha vuelto

tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano.” El se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: “Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!” «Pero él le dijo: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado.”»

Palabra del Señor. Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.2. REFLEXIÓN

(PERSONAL O COMUNITARIA)

Volver a la casa del Padre, ésta debe ser nuestra actitud básica de nuestra vida. Si pensamos un poco, toda nuestra vida es una vuelta a la casa del Padre. Algunos, como el hijo pequeño, nos alejamos de Dios pensando que la religión era cosa de niños, o que simplemente era demasiado utópico el ser cristianos. Dejamos la casa de Dios y nos metimos de lleno en la casa del dinero, del placer, del egoísmo. Y en estas casas hemos descubierto que no somos felices, que nos falta lo fundamental, los demás son enemigos y competidores. Y nos sentimos Y nos sentimos mal, vacíos a pesar de que quizás tenemos todas las comodidades, y sentimos hambre, hambre de pan y hambre de amor. Además, incluso los que quizás creemos que nunca nos hemos ido de la casa de Dios, necesitamos, como el hijo mayor, convertirnos a ese corazón de Dios que siempre está dispuesto a acoger, a perdonar, a hacer una fiesta con el hijo

perdido. Todos necesitamos emprender el camino de regreso a la casa del Padre. Volver de esas situaciones de pecado en que vivimos, y dejarnos abrazar por el amor misericordioso de nuestro Padre Dios. El sacramento de la penitencia no tiene otro sentido que el de recuperar esa relación filial con Dios que quizás hemos perdido por olvido, comodidad, dejadez o porque hemos preferido vivir de espaldas a Dios. La casa de Dios, es nuestro verdadero hogar, porque el ser humano sólo encuentra el sentido de su vida cuando es capaz de mirar a los demás como hermanos y a Dios como Padre. Ojalá salgamos de esta celebración con el corazón lleno de misericordia, contagiados por esta misericordia del Padre, que vamos a sentir y vivir aquí.

2.3. LECTURA PATRÍSTICA.

EL CORAZÓN ARREPENTIDO ES LA MEJOR OFRENDA A DIOS

De los Sermones de San Agustín, obispo

Experimentado en la culpa, San Agustín nos conduce aquí por los senderos del arrepentimiento. No se trata de sacrificar animales ni de hacer ofrendas a Dios para lograr su favor, como en la Antigua Alianza, sino de reconocer con el salmista nuestro propio pecado. San Agustín sabe que siempre es más fácil señalar los pecados ajenos que aceptar los propios. La superación de la injusticia y corrupción de nuestra propia sociedad pasa también por ese humilde acto de arrepentimiento personal.

Yo reconozco mi culpa, dice el salmista. Si yo la reconozco, dignate tú perdonarla. No nos vanagloriemos en modo alguno como si viviéramos rectamente y sin pecado. Lo que atestigua a favor de nuestra vida es el reconocimiento de nuestras culpas. Las personas sin remedio son aquellas que dejan de atender a sus propios pecados para fijarse en los de las demás. No buscan

lo que hay que corregir, sino en qué pueden morder. Y, al no poderse excusar a sí mismos, están siempre dispuestos a acusar a los demás. No es así cómo nos enseña el salmo a orar y dar a Dios satisfacción, ya que dice: Pues yo reconozco mi culpa, tengo presente mi pecado. El que así ora no atiende a los pecados ajenos, sino que se examina a sí mismo, y no de manera superficial, como quien toca por encima, sino profundizando en su interior. No se perdona a sí mismo, y por esto precisamente puede atreverse a pedir perdón.

¿Quieres lograr el favor de Dios? Conoce lo que has de hacer contigo mismo para que Dios te sea favorable. Atiende a lo que dice el mismo salmo: Los sacrificios no te satisfacen, si te ofreciera un holocausto, no lo querrías. Por tanto, ¿es que has de dejar de lado el sacrificio? ¿Significa esto que podrás aplacar a Dios sin ninguna oblación? ¿Qué dice el salmo?

Los sacrificios no te satisfacen, si te ofreciera un holocausto, no lo querrías. Pero continúa y verás que dice: Mi sacrificio es un espíritu quebrantado, un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias. Dios rechaza los antiguos sacrificios, pero te enseña qué es lo que has de ofrecer. Nuestros padres ofrecían víctimas de sus rebaños, y éste era su sacrificio.

Los sacrificios no te satisfacen, pero quieres otra clase de sacrificios. Si te ofreciera un holocausto -dice-, no lo querrías. Si no quieres, pues, holocaustos, ¿vas a quedar sin sacrificios? De ningún modo. Mi sacrificio es un espíritu quebrantado, un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias. Éste es el sacrificio que has de ofrecer. No busques en el rebaño, no prepares navíos para navegar hasta las más lejanas tierras a buscar perfumes. Busca en tu corazón la ofrenda grata a Dios. El corazón es lo que hay que quebrantar. Y no temas perder el

corazón al quebrantarlo, pues dice también el salmo: ¡Oh Dios!, crea en mí un corazónmpuro. Para que sea creado este corazón puro, hay que quebrantar antes el impuro.

Sintamos disgusto de nosotros mismos cuando pecamos, ya que el pecado disgusta a Dios. Y, ya que no estamos libres de pecado, por lo menos parezcámonos a Dios en nuestro disgusto por lo que a él le disgusta. Así tu voluntad coincide en algo con la de Dios, en cuanto que te disgusta lo mismo que odia tu Hacedor.

2.4. ACLAMACIÓN

- Se puede entonar un canto apropiado al contexto penitencial

3. LITURGIA DEL SACRAMENTO

3.1. PETICIÓN COMUNITARIA DE PERDÓN

L1. Por el olvido. No guardamos su palabra. No vivimos en su presencia. Nuestra oración es escasa, rutinaria. No hay verdadero diálogo con Dios. No estamos a la escucha. Nuestra relación con Dios no es permanente ni llega al corazón.

L2. Por los apegos a las cosas. Estamos volcados hacia las cosas. Estamos ocupados y preocupados por tener más y más. Dinero, comodidad, placeres, cosas... Sentimos nuestro corazón vacío y creemos que llenándolo de cosas podremos calmar la sed de plenitud que tenemos.

L3. Por la dureza de corazón. Nos hemos hecho insensibles al sufrimiento ajeno. Preferimos encerrarnos en nuestro mundo. ¡Los demás que arreen con sus cosas! Lo importante es pasarlo

bien, lo mejor posible. La solidaridad es cosa de tontos, la compasión es cosa de débiles. Aquí lo que cuenta es competir y ser el mejor. El pobre y el débil que se aguanten.

L4. Por la vaciedad con que vivimos. Sin casi darnos cuenta hemos dejado perder los valores y la moral. Ahora consideramos que todo se puede hacer mientras no te pillen. Cada uno es libre de hacer lo que quiera mientras no se meta con el vecino. Y de trabajar para cambiar el mundo, nada. Que eso cuesta mucha incomodidad. ¡Que lo arreglen otros!

L5. Por la crítica despiadada y los juicios. Juzgamos a los demás, estamos siempre dispuestos a ver sus defectos. Les miramos con malicia. Criticamos una y otra vez, y no descansamos hasta hacer polvo la fama y dignidad de las personas.

L6. Por la envidia. No soportamos que el otro tenga algo bueno. Sentimos envidia de todo. Somos mezquinos, incapaces de alegrarnos con el bien ajeno.

L7. Por la cobardía. Cobardes para testimoniar nuestro cristianismo. Cobardes para desmarcarnos de lo que se lleva, del qué dirán. Cobardes para reconocernos pecadores y necesitados de perdón y misericordia.

L8. Por la falta de misericordia. Somos cristianos, celebramos la misa, participamos en los sacramentos, pero nuestro corazón está lejos del corazón del Padre que hace llover sobre buenos y malos, que acoge a los pecadores y perdona a sus hijos.

T: Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante ustedes hermanos que he pecado mucho, de pensamiento, palabra y omisión.

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María, a los ángeles y a los santos y a ustedes hermanos que intercedan por mí ante Dios nuestro Señor.

**Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.
Amén.**

4. CONFESIÓN PERSONAL Y ABSOLUCIÓN

**P: Recordando hermanos, la bondad de Dios, nuestro Padre,
confesemos nuestros pecados, para alcanzar su misericordia
y perdón.**

5. RITO DE CONCLUSIÓN

5.1. REZO DE LA ORACIÓN DOMINICAL

P: Y ahora, con las mismas palabras que Cristo nos enseñó,
pidamos a Dios Padre que perdone nuestros pecados y nos
libre de todo mal. Padrenuestro que....

5.2. ORACIÓN FINAL

T: Padre, me pongo en tus manos. Haz
de mí lo que quieras.
Sea lo que sea, te doy las gracias.
Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo,
con tal que tu plan
vaya adelante en toda la humanidad y en mí.

Ilumina mi vida con la luz de Jesús que
no vino a ser servido, sino a servir.

Que mi vida sea como la de Él: servir.
Grano de trigo

que muere en el surco del mundo.
Que sea así de verdad, Padre.
Te confío mi vida. Te la doy. Condúceme.
Envíame aquel Espíritu que movía a Jesús.
Me pongo en tus manos, enteramente, sin reservas,
con una confianza absoluta porque Tú eres... MI PADRE.
Amén

5.3. BENDICIÓN:

El Señor esté con ustedes...

P: Y la bendición de Dios Todopoderoso,
Padre, Hijo y Espíritu
Santo.....

LITURGIA PENITENCIAL 3

*El buen Samaritano:
La misericordia y el amor eficaz al prójimo*

1. RITOS INICIALES.

1.1. CANTO DE ENTRADA

1.2. SALUDO DEL PRESIDENTE

P: En el nombre del Padre y de Hijo y del Espíritu Santo.
Amén

T: El perdón de nuestro Padre Dios
y la salvación de nuestro Señor Jesucristo esté
con todos ustedes.

P: Y con tu espíritu.

G: Nos preparamos para celebrar la la fiesta del perdón. Es algo así como morir, para poder resucitar con Él. Algo así como clavar nuestros pecados en el madero de la cruz, para revestirnos de la vida nueva del Espíritu. Pero ¿cómo es esa vida nueva?. En esta celebración queremos mirarnos en el espejo de Cristo, para medir la distancia entre su vida y la nuestra, para sopesar lo que nos sobra y lo que nos falta, para sentir la necesidad de la conversión y abrirnos a la gracia del Espíritu

Comenzamos recitando juntos la oración

Bendito seas, Padre,

que en tu infinito amor

nos has dado a tu Hijo unigénito.

**Que los discípulos de tu Hijo brillemos por el amor
hacia los pobres y oprimidos,**

que seamos solidarios con los necesitados

y generosos con nuestro tiempo y dinero;

que seamos indulgentes

con nuestros hermanos.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén

1.3. MONICIÓN

INTERIORIZACIÓN, en silencio con música de fondo.

G: No nos cansamos de bendecir el infinito amor del Padre, de quien procede toda gracia y todo don. El Padre es el gran punto de referencia, sin El nuestra vida caería en el absurdo y el vacío.

Nos has dado a tu Hijo. Tanto nos amó, que nos dio a su Hijo único. Cristo es nuestra medicina, nuestra gracia, nuestra liberación.

Brille nuestro amor en el mundo. Si Dios ha derramado tanto amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, si hemos sido infinitamente amados ¿cómo no resplandecer, responder con amor al Amor?

Amor especial a los pobres y necesitados. Jesús es el Dios que hace opción por los pobres, los pequeños, los que sufren. También nosotros debemos acercarnos para volcar sobre ellos el amor de Dios y la gracia liberadora.

Indulgente con los hermanos. El que ha recibido mucha indulgencia tiene que ser indulgente. Indulgencia significa aquí comprensión, tolerancia, paciencia, perdón, misericordia.

2. LITURGIA DE LA PALABRA

2.1. PROCLAMACIÓN DEL EVANGELIO

+ LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS
(10, 25-37)

Se levantó entonces un doctor de la ley y le dijo para tentarlo: «Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?». Jesús le respondió: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?». Él le contestó: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo». Jesús le dijo: «Has respondido muy bien; haz eso y vivirás». Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Quién es mi prójimo?». Jesús respondió:

«Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó entre ladrones, que le robaron todo lo que llevaba, le hirieron gravemente y se fueron dejándolo medio muerto. Un sacerdote bajaba por aquel camino; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Igualmente un levita, que pasaba por allí, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Pero llegó un samaritano, que iba de viaje, y, al verlo, se compadeció de él; se acercó, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino; lo montó en su cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente sacó unos dineros y se los dio al posadero, diciendo: Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta. ¿Quién de los tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?». Y él contestó: «El que se compadeció de él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo».

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

2.2. REFLEXIÓN PERSONAL

Diez pinceladas sobre el buen samaritano:

El samaritano se ha puesto en camino. No se queda esperando en casa.

Lleva vendas, aceite y vino. No va con las manos vacías. Está equipado y capacitado para hacer el bien.

Ve al herido, al borde del camino, excluido. Tiene ojos limpios y atentos.

Se mueve a compasión, es misericordioso, participa del corazón de Dios.

Se acerca al herido, sin preguntar las circunstancias y las consecuencias. No da rodeos, no calcula los gastos, el tiempo, las diferencias, las razones para no acudir. Se mueve por una corazónada. ¿Qué será de él si no me acerco? No: ¿qué me pasará a mí si le ayudo? No hace lo del sacerdote y el levita, lo de Caín: ¿yo que tengo que ver con mi hermano?

Lo cura con vino y aceite, sobre todo con amistad y ternura, con lo que tiene y lo que puede.

Lo levanta, lo libera, lo dignifica, para que sea persona, para que no tenga que depender de los demás.

Paga los gastos, hasta que sea curado y rehabilitado. No es una ayuda mezquina y pasajera, sino generosa y responsable. Nada le unía a ese hombre, pero se ha cruzado con él en el camino, ha sabido dar respuesta, ha cargado con él. No una carga penosa, sino fraterna y liberadora. Ya no lo dejará hasta que el otro sea verdaderamente persona. Es una ayuda solidaria, educativa, liberadora.

Y el otro era un judío, él un samaritano. Su prójimo era un enemigo, cultural y religiosamente opuestos, étnica y socialmente enfrentados. Pero el amor destruye prejuicios, diferencias y rivalidades. El amor no se para ante ninguna barrera. El amor no tiene límite. ¿Quién será pues, mi próximo? Pues el que salga a tu encuentro, el que te necesite, aunque sea desconocido, aunque sea de otra raza, religión o cultura, aunque sea tu mayor enemigo.

El sacerdote y el levita, dedicados a las cosas de Dios, hombres tan creyentes y tan religiosos, fueron egoístas e irresponsables, sin misericordia, sin corazón. Buscaban a Dios en sus ritos y su Templo, y no supieron ver a Dios que agonizaba en el camino. En cambio, el samaritano, un ignorante religioso, un medio ateo, dio la respuesta acertada, supo encontrar a Dios. Era porque estaba más cerca de El, aunque no frecuentara el Templo. Era porque se parecía más a El, porque tenía los sentimientos de Dios.

2.3. LECTURA PATRÍSTICA

EL BUEN SAMARITANO. SAN AMBROSIO,

Tratado sobre el Evangelio de San Lucas

Un hombre baja de Jerusalén a Jericó. Con objeto de explicar más claramente el pasaje que nos hemos propuesto, repasemos la historia antigua de la ciudad de Jericó. Recordemos, pues, que Jericó, como leemos en el libro que escribió Josué, hijo de Nave, era una gran ciudad amurallada, inexpugnable a las armas e inatacable; en ella vivía la prostituta Rahab, que fue la que hospedó a los exploradores que envió Josué, les ayudó con sus consejos, respondió, cuando la preguntaron sus conciudadanos, que ya se habían ido, los escondió en su casa y, para sustraerse ella y los suyos a la destrucción de la ciudad, ató el cordón de hilo de púrpura a la

ventana; pero los inexpugnables muros de esa ciudad rodaron por el suelo al sonido de las siete trompetas de los sacerdotes a los que acompañaba el estruendo jubiloso del pueblo.

Mirad cómo cada uno tiene su propio quehacer: el explorador, la vigilancia; la meretriz, el secreto; el vencedor, la fidelidad; el sacerdote, la religión; los primeros desprecian el riesgo con tal de ganar honras; aquélla ni aun en medio de peligros traiciona a quienes ha recibido; el vencedor, más preocupado en conservar la fidelidad que en vencer, manda anteponer la salud de la prostituta a la ruina de la ciudad; y, por fin, el arma propia del sacerdote, que no es otra que la fuerza de la religión. ¿Quién no se admirará, y con razón, al ver que de toda la ciudad sólo se salvará el que fue ayudado por la meretriz?

He aquí, pues, la escueta verdad histórica, que, considerada más profundamente, nos revela admirables misterios. En efecto, Jericó es figura de este mundo, a la cual descendió Adán arrojado del paraíso, es decir, de aquella Jerusalén celeste, por su prevaricadora caída, pasando de la vida a la muerte; destierro este de su naturaleza que le ocasionó un cambio, no ciertamente de lugar, pero sí de costumbres. Y así quedó un Adán bien distinto de aquel primero que gozaba de una felicidad sin ocaso, pero que tan pronto como se lanzó a los pecados de este mundo, cayó en manos de los ladrones, a los que no habría venido a parar si no se hubiese apartado del mandato divino. ¿Quiénes son estos ladrones sino los ángeles de la noche y de las tinieblas, que se transforman a veces en ángeles de luz (2 Co 11, 14), aunque es un hecho que no puedan permanecer mucho tiempo en ese estado? Estos primero nos despojan del vestido de la gracia espiritual que recibimos, y así es como de ordinario logran sus primeros impactos; pero, si guardamos intactos los vestidos recibidos, no sentiremos los golpes de los

ladrones. Ten, pues, cuidado para no ser despojado, como lo fue Adán, de la protección del precepto celestial y privado del vestido de la fe, ya que a eso se debió que él fuera herido mortalmente, herida mortal que se habría contagiado a todo el género humano si aquel Buen Samaritano, bajando del cielo, no hubiese curado esas peligrosas llagas.

Y no es un samaritano cualquiera este que no despreció a aquel que había sido preterido por el sacerdote y el levita. No desprecies a aquel que lleva el nombre de una secta cuya interpretación te va a llenar de admiración; en efecto, el vocablo “samaritano” significa guardián. Demos ahora una interpretación a todo esto. En verdad, ¿quién es un custodio verdadero, sino aquel de quien se ha escrito: El Señor guarda a los pequeños? (Sal 114, 6). Pues del mismo modo que hay un judío que es tal según la letra y otro que lo es por el espíritu, así también se da una manera de ser samaritano que se ve y otra que yace oculta. Mientras bajaba, pues, este samaritano

—¿quién es este que bajó del cielo, sino el que sube al cielo, el Hijo de Dios que está en el cielo? (Jn 3, 13)—, habiendo visto a un hombre medio muerto, al que nadie había querido curar (el mismo caso que la que padecía de flujo de sangre y había gastado en médicos toda su hacienda), se llegó a él, es decir, compadecido de nuestra miseria, se hizo íntimo y prójimo nuestro para ejercitar su misericordia con nosotros.

Y vendó sus heridas untándolas con aceite y vino. Este médico tiene infinidad de remedios, mediante los cuales lleva a cabo, de ordinario, sus curaciones. Medicamento es su palabra; ésta, unas veces, venda las heridas; otras sirve de aceite, y otras actúa como vino; venda las heridas cuando expresa un mandato de una dificultad más que regular; suaviza perdonando los pecados, y actúa como el vino anunciando el juicio.

Y lo puso —continúa el texto— sobre su cabalgadura. Observa cómo realiza esto contigo: Él tomó sobre sí nuestros pecados y cargó con nuestros dolores (Is 53, 4).

Otra confirmación es la del Buen Pastor, que puso sobre sus hombros a la oveja cansada (Lc 15, 5). En efecto, el hombre se ha convertido en un ser semejante a un jumento (Sal 48,13), pero Él nos ha colocado sobre su cabalgadura para que no fuésemos como el caballo y el mulo (Sal 31, 9) y ha tomado nuestro mismo cuerpo para suprimir las debilidades de nuestra carne.

Y, al fin, a nosotros, que éramos como jumentos, nos conduce a una posada. Una posada, como se sabe, no es más que un lugar donde suelen descansar los que se encuentran desfallecidos por un largo camino. Y por eso, el Señor, que es el que levanta del polvo al pobre y alza del estiércol al desvalido (Sal 112, 7), nos ha llevado a un mesón.

Y se preocupa con cuidado de él para que ese enfermo pueda observar los mandatos que había recibido. Pero este samaritano no tenía tiempo de hacer una permanencia larga en la tierra; debía volver al lugar de donde había bajado.

Y al día siguiente —pero, ¿cuál es este otro día, sino el domingo de la resurrección del Señor, del que fue dicho: este es el día que hizo el Señor? (Sal 117, 24)— tomó dos denarios y se los dio al mesonero, diciéndole: Cuídale.

¿Qué significan estos dos denarios sino los dos testamentos que llevan impresa la efigie del eterno Rey y con los que nuestras heridas obtienen su curación? Porque hemos sido redimidos a precio de sangre (1 P 1, 19) para no ser víctimas de las heridas de la última muerte.

El mesonero recibió los dos denarios (no creo que sea absurdo entender esto con relación a los cuatro libros). Y

¿quién es este hostelero? Tal vez pueda ser aquel que dijo: Todas las cosas me parecen estiércol en comparación de ganar a Cristo (Flp 3, 8), y por este mismo Cristo tendría cuidado del hombre herido. El hostelero es, en realidad, aquel que dijo: Cristo me envió a evangelizar (1 Co 1, 17). Los hosteleros son esos hombres a los que se ha dicho: Id por el mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura, y el que creyere y se bautizare será salvo (Mc 15, 16), salvo verdaderamente de la muerte y salvo de las heridas que le pudieran infligir los ladrones.

¡Bienaventurado ese mesonero que puede curar las heridas del prójimo!, y ¡bienaventurado aquel a quien dice Jesús: Lo que gastes de más te lo daré a mi vuelta! El buen dispensador da siempre en demasía. Buen dispensador fue Pablo, cuyos sermones y epístolas son como algo que rebosa a lo que había recibido, cumpliendo el mandato explícito del Señor de trabajar sin descanso corporal ni espiritual, a fin de obtener, por medio de la predicación de su palabra, el preservar a muchos de la grave flaqueza del espíritu. He aquí el dueño del mesón en el que el asno conoció el pesebre de su amo (Is 1, 3) y en el cual hay un lugar seguro para los rebaños de ovejas, con el fin de que, a esos lobos rapaces que braman alrededor de los apriscos, no les resulte fácil llevar a cabo sus ataques a las ovejas.

Pero El, además, promete una recompensa. Y ¿cuándo vas a venir, Señor, a darla sino en el día del juicio? Porque, aunque Tú estés siempre y en todo lugar y vivas entre nosotros, si bien no te vemos, con todo, llegará un momento en el que todo hombre te verá volver. Paga, pues, lo que debes. ¡Bienaventurados aquellos hombres a los que debe Dios! ¡Ojalá que nosotros pudiéramos ser deudores

dignos para poder pagar todo lo que hemos recibido, sin que nos ensoberbezca el don del sacerdocio o del ministerio! ¿Cómo pagas Tú, Señor Jesús? Prometiste que a los buenos les darías un premio abundante en el cielo, y lo cumples cuando dices: Muy bien, siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor (Mt 25, 21).

Por tanto, puesto que nadie es tan verdaderamente nuestro prójimo como el que ha curado nuestras heridas, amémosle, viendo en él a nuestro Señor, y querámosle como a nuestro prójimo; pues nada hay tan próximo a los miembros como la cabeza. Y amemos también al que es imitador de Cristo, y a todo aquel que se asocia al sufrimiento del necesitado por la unidad del cuerpo. No es, pues, la relación de parentesco la que hace a otro hombre nuestro prójimo, sino la misericordia, porque ésta se hace una segunda naturaleza; ya que nada hay tan conforme con la naturaleza como ayudar al que tiene nuestra misma realidad natural.

2.4. CANTO

Cristo te necesita para amar, para amar,
Cristo te necesita para amar. (bis)

No te importen las razas ni el color de la piel,
ama a todos como hermanos y haz el bien, (bis)

Al que sufre y al triste dale amor, dale amor:
al humilde y al pobre dale amor.

Al que vive a tu lado, dale amor, dale amor:
al que viene de lejos dale amor.

Al que habla otra lengua, dale amor, dale amor;
al que piensa distinto, dale amor.

Al amigo de siempre, dale amor, dale amor;
y al que no te saluda, dale amor

3. LITURGIA DEL SACRAMENTO

3.1. PETICIÓN COMUNITARIA DE PERDÓN

P: Recordando hermanos, la bondad de Dios, nuestro Padre, confesemos nuestros pecados, para alcanzar su misericordia y perdón.

T. Confieso ante Dios y ante ustedes hermanos, que he puesto obstáculos al plan de Dios, a la construcción del prójimo, y a mi propia realización, con mis actos negativos y mis omisiones. Por lo cual, necesito ser perdonado y reconstruido por Dios. En consecuencia, ruego a todos los creyentes que han alcanzado ya la plenitud de la vida, y a ustedes mis hermanos que pidan por mi al Padre, por medio de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

3.2. ACLAMACIONES PENITENCIALES

L1. Perdón, Señor, por mis egoísmos, por mi insolidaridad, por la dureza de mi corazón.

L2. Perdón, Señor, por mi ceguera, por mis prejuicios, por mis intolerancias.

L3. Perdón, Señor, por mi comodidad, por mis apegos, por mis ambiciones.

L4. Perdón, Señor, por mi debilidad, por mis miedos, por mis refugios.

L5. Perdón, Señor, por mis orgullos, por menospreciar a los demás.

L 6. Perdón, Señor, por mi individualismo e insolidaridad.

L7. Perdón, Señor, por no descubrir a Cristo en el pobre, a Dios en el hermano.

L8. Perdón, Señor, tú que eres pobre y humilde, servicial y solidario, generoso y compasivo, danos un corazón grande para amar

P: Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén

3.3. EXAMEN DE CONCIENCIA PERSONAL

• Cada uno elige uno de los esquemas propuestos.

4. CONFESIÓN PERSONAL Y ABSOLUCIÓN

5. RITO DE CONCLUSIÓN

5.1. RECITACIÓN

DE LA ORACIÓN DOMINICAL

P: Y ahora, con las mismas palabras que Cristo nos enseñó, pidamos a Dios Padre que perdone nuestros pecados y nos libre de todo mal. Padrenuestro...

5.2. ORACIÓN FINAL:

Señor, haz de mí un instrumento de tu paz.

Donde haya odio, que yo ponga amor.

Donde haya ofensas, que yo ponga perdón.

Donde haya discordia, que yo ponga unión.

Donde haya error, que yo ponga verdad.

Donde haya duda, que yo ponga fe.

Donde haya desesperación que yo ponga esperanza.

Donde haya tinieblas que yo ponga luz.

Donde haya tristeza, que yo ponga alegría. Haz que yo no busque tanto ser consolado, como consolar; ser comprendido como comprender; ser amado como amar. Porque dando es como se recibe, olvidándose de sí mismo es como uno se encuentra a sí mismo. Perdonando es como se obtiene perdón. Muriendo es como se resucita para la vida eterna.

5.3. BENDICIÓN:

P: El Señor esté con ustedes...

Y la bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo.....

LITURGIA PENITENCIAL 4

Recuperar la Alegría

1. RITOS INICIALES.

1.1. MONICIÓN

G: Nuestra consagración religiosa nos invita a vivir nuestra vida en el marco de las Bienaventuranzas. Sabemos bien el camino que nos lleva a la dicha. Sabemos bien las actitudes que necesitamos vivir para rebosar de alegría. Repasamos las Bienaventuranzas. Y si nos parecen difíciles, miremos al gran Bienaventurado, nuestro Señor Jesucristo. Él es el verdadero camino de la libertad y de la felicidad. La Pascua del Señor: es la fiesta de la victoria final: victoria de la luz sobre las tinieblas, de la alegría sobre el dolor, de la santidad sobre el pecado, de la vida sobre la muerte. Queremos participar de esta victoria de Cristo. Pero esto exige seguir su camino, pasar por donde él Pasó. Exige pasar por la muerte. No hay Pascua sin muerte. Pablo nos explica muy bien qué significa eso de morir con Cristo para resucitar con él. Morir al hombre viejo, al pecado, para revestirse de la vida del Espíritu.

1.2. SALUDO DEL PRESIDENTE

P: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.
El perdón de nuestro Padre Dios y la salvación de nuestro Señor Jesucristo esté con todos ustedes.

Oremos:

Te rogamos, Señor Dios nuestro, que tu gracia nos ayude, para que vivamos siempre de aquel mismo amor que movió a tu Hijo a entregarse a la muerte por la salvación del mundo.
Te lo pedimos, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

1.3. ACLAMACIÓN BÍBLICA.

L1. Nosotros creemos que tanto ellos como nosotros hemos sido salvados por la gracia del Señor Jesús. (Hch 15,11)

T: Que tu gracia nos ayude. No podemos nada con solo nuestro esfuerzo. La cuestión es, sobre todo, obra de la gracia. Necesitamos, Padre, tu gracia, tu luz, tu ayuda, la fuerza de tu Espíritu.

L2. Revístanse del hombre nuevo, creado a imagen de Dios con justicia y santidad auténticas. (Efe 4, 24)

T. Para vivir del amor de tu Hijo. Lo que pedimos al Padre no es sólo que no perdone, que nos quite el pecado, el vestido viejo, pedimos luz, pedimos vida, pedimos amor. Pedimos una participación del amor de Cristo.

L3. Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que quien crea en él no muera, sino tenga vida eterna. (Jn 3, 16)

T: No hablamos de un amor cualquiera. Hablamos del amor de Jesucristo, que es el más auténtico y más grande amor que se haya dado en la tierra. Es un amor divino. Le llevó a darlo todo y darse todo, a dar la propia vida. Nadie tiene amor más grande...

L4. A nosotros Dios no nos ha destinado al castigo, sino a poseer la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo (1Ts 5,9)

T: Se entregó a la muerte para salvarnos de la muerte. Murió para darnos vida. Se perdió para salvarnos. Otorgó la salvación del mundo, de todos. Pero murió también por mí, para salvarme a mí. En su muerte pensaba en mí, en su resurrección también pensaba en mí.

1.4. SIGNO DE LA CRUZ

- Se trae al Altar un crucifijo y, luego, después de un momento de oración en silencio se procede a la oración comunitaria.

G: Contemplamos a Cristo crucificado. Su amor le movió a entregarse por la salvación del mundo, por todos nosotros, por mí. Ante el Cristo crucificado ponemos nuestro pecado. Él es el Cordero que quita el pecado del mundo.

Ante el Cristo crucificado ponemos nuestros anhelos y esperanzas. Que Él nos ayude a vivir como Él, por amor.

Que nos ayude a comprender su misterio de entrega y su capacidad de perdón. Ante el Cristo crucificado podemos dejar constancia de nuestro agradecimiento y nuestro amor.

1.5. MOMENTO DE ORACIÓN PERSONAL

1.6. ORACIÓN ANTE JESÚS CRUCIFICADO

- Después de un momento de silencio, se concluye este momento con la recitación comunitaria de esta oración a Jesús.

Enseñanos, Jesús,

la cara del pecado -mi pecado-, su fealdad y su malicia,

su fuerza desgarradora y destructiva, su ceguera y tiranía.
 Enséñanos, Jesús,
 el sacramento del dolor,
 lo que duelen las espinas y los clavos,
 el dolor del alma y abandono,
 y el peso de gracia que conlleva.
 Enséñanos, Jesús, el misterio del amor,
 el calor de ese fuego encendido en el madero,
 el latido interno del costado,
 la química de la sangre derramada.
 Enséñanos, Jesús,
 la profundidad de tu mirada, la densidad de tus palabras,
 de tus gritos, el valor de tus silencios,
 de tu angustia, y la gloria redentora de tu cruz.

2. LITURGIA DE LA PALABRA

2.1. PROCLAMACIÓN DEL EVANGELIO.

+ LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS:
 (15,1-3.11- 32)

Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Este acoge a los pecadores y come con ellos.» Entonces les dijo esta parábola. «Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: “Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde.” Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino. «Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad.

Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su

vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo: “¿Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros.” Y, levantándose, partió hacia su padre.

«Estando él todavía lejos, le vió su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: “Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo.” Pero el padre dijo a sus siervos: “Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponédle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado.” Y comenzaron la fiesta.

«Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. El le dijo: “Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano.” El se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: “Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!” «Pero él le dijo: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado.”»

Palabra del Señor.

Gloria a ti, Señor Jesús.

2.2. REFLEXIÓN

Si tuviéramos que pintar en una tabla la parábola del hijo pródigo, tendríamos que escoger un tríptico, con dos partes muy oscuras y tristes a los lados y un sol espléndido en el centro. Este centro es el que importa y es el que quería destacar Jesús. Las tinieblas son muy fuertes a un lado y a otro, por el despilfarro o el orgullo religioso, siempre por la ingratitud. Pero la fuerza solar, energía central de amor, puede siempre a la noche. Jesús no se inventa la historia porque sí. Jesús está dejando hablar al sol. Atacaron las tinieblas por una parte y otra, y el sol contestaba con resplandores crecientes. El contexto histórico se refiere a la actitud misericordiosa de Jesucristo con los pobres y pecadores y el rechazo frontal de los fariseos hacia ese comportamiento «escandaloso». Está motivada más por la postura orgullosa del hermano mayor, aunque entre en escena más tarde, que por la irresponsabilidad del hijo pequeño. Jesús era realmente un sol. Brillaba por su cercanía entrañable hacia todas las miserias humanas. Tocaba a los leprosos y se dejaba tocar por los enfermos, abrazaba a los niños, se dejaba besar por las prostitutas y comía con los pecadores.

Jesús reiteró varios argumentos para clarificar esta conducta:

- No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos» (Mt 9, 12).
- «Misericordia quiero y no sacrificio» (Mt 9,13).
- «He venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10).
- «No he venido a juzgar, sino a salvar» (Jn 3, 13).
- «No he venido a llamar a justos, sino a pecadores» (Mt 9, 13).

Como estas razones no eran suficientes, utilizaba Jesús el método de la parábola, como un espejo, para que todos se miren en ella

y vea cada uno su corazón. La parábola es una limpia y ajustada radiografía de corazones.

3. LA TRISTEZA DEL PECADO

Lo sabemos desde Adán y Eva. Después de saborear la manzana, sintieron el vacío, la vergüenza y la tristeza. Aparecen los sudores, los dolores y las lágrimas.

Lo sabemos desde Caín. Después de arrastrar al hermano en el torrente de cólera envidiosa, probó la amargura de la soledad y el martilleo depresivo de la conciencia, la angustia de la huida sin descanso. Lo sabemos desde el hijo pródigo, que añoraba, entre el hambre y los puercos, el pan y el calor de la familia. También conocemos la tristeza del hijo cumplidor, pero que sufría de ceguera y de frialdad en el corazón.

Tantos y tantos ejemplos. San Agustín describe magistralmente esta experiencia universal. «Llegué a hacerme a mí mismo una región solitaria y un país desierto, donde reinan la pobreza y la necesidad».

Podemos también recordar nuestras propias experiencias.

Encontramos...

- La tristeza de no amar, de quedarte solo, encerrado en tu egolatría.
- La tristeza de no compartir, llenos de cosas, pero vacío.
- La tristeza de no vivir en la verdad, de no ser transparente, obligado a la mentira y la farsa.
- La tristeza de no ser libre, de no poder ser tú mismo, sometido a vilezas, miedos y pasiones.

- La tristeza de no crecer, de no crear, de resignarse a la mediocridad y el conformismo.
- La tristeza de no alegrarse con los demás, dejándote envenenar por la envidia y la ruindad.
- La tristeza de no creer, no confiar, no abrirte a otra realidad.
- La tristeza de no esperar, de no soñar, del pesimismo y el desencanto, de mirar siempre hacia atrás.

Es la tristeza de no vivir las Bienaventuranzas. Es la tristeza de no ser santos. Pedimos con fuerza a Dios que nos libre de nuestras tristezas y nos prepare para dejarnos invadir por las alegrías pascuales.

4. EL ESFUERZO DEL RETORNO

La depresión psicológica es difícil de curar. Más difícil todavía de superar es la depresión espiritual, entrar en el juego del pecado es seductor; pero librarse de sus cadenas exige un esfuerzo más que natural. Ejemplos patentes y dramáticos los vemos cada día en cualquier

«adicto» o en cualquiera que se esfuerce por salir de su etapa purgativa. El camino de la huida está despejado y se recorre cuesta abajo; el camino del retorno resulta una difícil escalada. Alcanzar la propia liberación es algo que no se termina. Por eso es más cómodo quedarse donde está. La espiritualidad del diván. Inalcanzable parece también el camino de la verdad. No digamos el camino de la fe. No digamos el camino del amor. Sí, sabemos que aquello es mejor, pero nos puede lo peor. Volver a la casa del Padre es lo mejor, pero nos da miedo o vergüenza o cansancio... y nos falta decisión. Quisiera ser más pobre, moderar mis gastos, más solidario, más voluntario, pero me atan mis comodidades y mis

gustos y caprichos. Quisiera confiar más y ponerme ciegamente en las manos de Dios, pero me pueden mis miedos y mis dudas. Quisiera rebajar mi orgullo, superar mi pereza, dominar mi genio, pero eso, me quedo en deseos. Lo intento una vez y otra, pero una vez y otra vuelvo a fracasar. Salir de nuestro pecado sólo es posible con la ayuda de la gracia: una luz, una palabra, una inspiración, un ejemplo. A veces, muchas veces, la gracia nos viene por enfermedad, un dolor o un fracaso. Señor Jesús,

¿cómo necesito tu gracia para superar los obstáculos que se interponen en el camino de mi conversión! Necesito estar siempre convirtiéndome. Y sentir que ésta ya es una gracia tuya. Que tu gracia me une, me ilumine, me seduzca, me venza y me transforme, para que yo pueda llegar hasta ti.

5. LA ALEGRÍA DEL ENCUENTRO

Una doble alegría, para el hijo que retorna y para el Padre que recupera; para el pecador que se convierte y para Dios que reencuentra.

Una gran alegría, para el hijo que, al fin, se encontró entre los brazos de su padre. Éste no le pide cuentas, le transmite en silencio su perdón, sin reproche. El pródigo se siente llamar hijo, se siente agraciado y dignificado. Una ternura inmensa le sube del corazón a los ojos, con muchas lágrimas. El pasado sólo se recordará para medir la gracia actual. Una gran alegría para el pecador, que ha medido el abismo de su miseria y puede valorar la distancia y la diferencia entre el pasado y el presente. Sabe lo que es estar solo y lo que estar en casa, lo que es tener hambre y lo que es sentarse a la mesa bien abastecida, lo que es ser esclavo y lo que es ser libre. Sabe agradecer y valorar cada detalle. Y una gran alegría para el Padre que recupera al hijo perdido, y que lo recupera con

salud, como si se tratara de una resurrección. Gran alegría para el Padre, porque la del hijo es suya, porque la dignidad del hijo es gloria suya. El hijo recuperado es la mejor joya de su corona. Hay gran alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta. Un pecador convertido es una fuente de bien, una partida ganada al enemigo, una esperanza cumplida, una oportunidad para nuevos progresos y conversiones. No se alegra Dios por egoísmo, sino por el bien de sus hijos, por el triunfo de la luz y del amor. Ahora sé que si yo me convierto -cada día puedo hacerlo- daré una gran alegría a Dios. También si ayudo en la conversión del hermano. Yo puedo hacer feliz a Dios. «Lo mismo que una madre se siente feliz cuando ve la primera sonrisa de su hijo, así se alegra Dios cada vez que un pecador cae de rodillas y le dirige una oración hecha de todo corazón» (F. DOSTOIEVSKY).

5.1. LECTURA PATRÍSTICA

DEL LIBRO DE LAS CONFESIONES

Escuchemos algunas reflexiones de San Agustín, cuando era todavía pródigo. Nos habla del vacío y la amargura originado por el orgullo y la sensualidad.

Durante nueve años -desde los diecinueve a los veintiocho- fui a la vez seducido y seductor, engañado y engañador (...). Me comportaba como un soberbio en mi actividad y como un supersticioso en lo religioso, y siempre como un hombre vacío (...). Perseguía la popularidad, los aplausos en el teatro, el éxito en los certámenes poéticos, la rivalidad por alcanzar una corona de heno, el montaje de espectáculos y el desenfreno de la concupiscencia (...). Al volver y pasar por una de las calles de Milán, me fijé en un pobre mendigo que, despreocupado de todo -eso me pareció-, reía feliz. Yo entonces interiormente lloré. Me

acompañaban unos amigos y les dije que era nuestra ambición la que nos hacía sufrir y nos torturaba, porque todos nuestros esfuerzos, como ese deseo de triunfar que me atormentaba, no hacía más que aumentar la pesada carga de nuestra infidelidad. Que era nuestra sensualidad la que nos hacía arrastrar esa pesada carga de amargura». (Confesiones, L. IV, 1; L. VI, 6. cf L. VIII, 3).

6. LITURGIA DEL SACRAMENTO

6.1. PETICIÓN COMUNITARIA DE PERDÓN

P: Recordando hermanos, la bondad de Dios, nuestro Padre, confesemos nuestros pecados, para alcanzar su misericordia y perdón.

T: Confieso ante Dios y ante ustedes hermanos, que he puesto obstáculos al plan de Dios, a la construcción del prójimo, y a mi propia realización, con mis actos negativos y mis omisiones. Por lo cual, necesito ser perdonado y reconstruido por Dios. En consecuencia, ruego a todos los creyentes que han alcanzado ya la plenitud de la vida, y a ustedes mis hermanos que pidan por mi al Padre, por medio de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

P: Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén

6.2. EXAMEN COMUNITARIO

L1. Somos el Hijo pródigo:

- Cuando vivimos volcados hacia afuera, en huida constante.
- Cuando nos dejamos atrapar por el consumo.
- Cuando nos olvidamos del Padre, no oramos, ni vivimos su presencia.

- Cuando no sabemos valorar ni agradecer tanto don y tanta gracia.

- Cuando vendemos nuestra dignidad y nuestra herencia por unas bellotas o una juerga.

- Cuando gastamos irresponsablemente.

- Cuando nos esclavizamos por los apegos y vicios.

- Pero también cuando reflexionamos y reconocemos nuestra pobreza.

- Cuando nos levantamos y nos dejamos iluminar. Cuando decidimos volver y nos dejamos amar.

L2. Somos el Hijo mayor:

- Cuando hacemos las cosas por cumplir. Cuando no vivimos lo que profesamos. Cuando mercantilizamos la religión.

- Cuando juzgamos y condenamos a los demás.

- Cuando nos comparamos y nos creemos mejores.

- Cuando somos orgullosos y despectivos.

- Cuando no salimos de nuestros refugios. Cuando no salimos en busca del hermano. Cuando tenemos el corazón pequeño y frío.

- Cuando no somos capaces ni de amar ni de dejarnos amar.

6.3. EXAMEN DE CONCIENCIA PERSONAL

• Cada uno elige uno de los esquemas propuestos.

6.4. CONFESIÓN PERSONAL Y ABSOLUCIÓN

7. RITO DE CONCLUSIÓN

7.1. RECITACIÓN DE LA ORACIÓN DOMINICAL

P: Y ahora, con las mismas palabras
que Cristo nos enseñó,
pidamos a Dios Padre
que perdone nuestros pecados
y nos libre de todo mal. Padrenuestro...

7.2. ACLAMACIONES FINALES

L1: Perdona, Padre, nuestra ingratitud.

T: Perdona, Padre, nuestra lejanía y olvido.

L2: Perdona, Padre, porque no te rezamos.

T: Perdona, Padre, por hacerte sufrir.

L3: Perdona, Padre, porque no hacemos tu voluntad.

T: Perdona, Padre, porque no te amamos.

L4: Perdona, Padre, porque no nos amamos.

T: Perdona, Padre, porque nos creemos ya convertidos.

L5: Perdona, Padre, porque juzgamos a los demás.

T: Perdona, Padre, porque confiamos en nosotros mismos.

L6: Perdona, Padre, porque nos gloriamos en nuestros méritos.

T: Perdona, Padre, por nuestra falta de acogida al hermano.

L7: Perdona, Padre, por nuestra tristeza.

T: Perdona, Padre, por rechazar tu invitación.

P: Oremos:

Nosotros, pobres pecadores,
 ponemos nuestra confianza en ti, Padre santo.
 Haznos volver y nosotros retornaremos,
 lávanos y quedaremos limpios como lana.
 Purifica a tu Iglesia
 con la sangre del Cordero para
 que pueda presentarse sin mancha ni arruga
 a las bodas del Dios-con-nosotros,
 tu Hijo amado, que vive y reina contigo
 por los siglos de los siglos. Amén.

7.3. BENDICIÓN

P: El Señor esté con ustedes...
 Y la bendición de Dios Todopoderoso,
 Padre, Hijo y Espíritu Santo...

LITURGIA PENITENCIAL 5

Conviértanse y crean en el Evangelio

1. RITOS INICIALES.

1.1. CANTO DE ENTRADA

1.2. SALUDO DEL PRESIDENTE

P: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.
 Bendito sea Dios,
 que en su infinito amor
 nos ha dado a su Hijo Jesucristo.
 Que su misericordia esté con todos ustedes.

T: Y con tu espíritu

G: Hermanos: en esta celebración queremos mirarnos en el espejo de Cristo, para medir la distancia entre su vida y la nuestra, para sopesar lo que nos sobra y lo que nos falta, para sentir la necesidad de la conversión y abrirnos a la gracia del Espíritu.

P: Oremos.

Dios Padre, rico en misericordia,
 al ponernos en tu presencia y revisar nuestras vidas,
 descubrimos que estamos lejos
 de responderte con total generosidad y,
 por ello, reconocemos tu bondad
 y nuestro pecado. Envíanos la Fuerza de tu Espíritu,
 para recorrer con docilidad y prontitud
 el camino de conversión que nos propones.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén

2. LITURGIA DE LA PALABRA

2.1. PROCLAMACIÓN DEL EVANGELIO.

+ LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN MARCOS 10,17-27

Se ponía ya en camino cuando uno corrió a su encuentro y, arrodillándose ante él, le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?» Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. Ya sabes los mandamientos: No mates, no cometas adulterio, no robes, no levantes falso testimonio, no seas injusto, honra a tu padre y a tu madre.» Él, entonces, le dijo: «Maestro, todo eso lo he guardado desde mi juventud.» Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: «Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme.» Pero él, abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes. Jesús, mirando a su alrededor, dice a sus discípulos: «¿Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!» Los discípulos quedaron sorprendidos al oírle estas palabras. Mas Jesús, tomando de nuevo la palabra, les dijo: «¿Hijos, qué difícil es entrar en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios.» Pero ellos se asombraban aún más y se decían unos a otros: «Y ¿quién se podrá salvar?» Jesús, mirándolos fijamente, dice: «Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios.»

2.2. REFLEXIÓN

De un modo similar al del joven rico, Jesús llamó a sus Apóstoles diciéndoles: -Sígueme.. Los evangelistas narran que «al instante dejaron las redes y le siguieron». Así sucede tanto con los que eran pescadores, como en Mateo el publicano y los demás. ¿En qué consiste este seguimiento?

Todos los pasajes que hablan de «seguimiento» indican una gran exigencia pues deberán: «abandonar todo» (Lc. 5, 11; Mc. 18, 28). Por ejemplo: familia, casa, posesiones, dinero, riquezas. El «seguimiento» que Jesús pide a los discípulos más próximos es de una entrega plena. Esta entrega hará que sean introducidos en la intimidad del Maestro y vivan una vida nueva. El discípulo recibe esta llamada: «El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mc. 8, 34).

La vida nueva que Jesús trae a los hombres es más que una doctrina moral, es una renovación interior en la que el hombre debe despojarse de todo aquello que sea obstáculo para acercarse más a Dios y al prójimo.

Se trata de una renovación espiritual, realizándose en el cristiano una -justicia y santidad verdaderas.. Esta renovación requerirá lucha, oración, esfuerzo; pero se realizará, ante todo, por la acción de la gracia de Dios en el alma. Como insiste San Pablo a los colosenses, deberán «despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo».

Revestirse del hombre nuevo será arrancar el mal que exista en la propia vida moral e identificarse con Cristo, teniendo sus mismos sentimientos, conducta, pensamientos y obras, dentro de lo posible: «No soy yo ya el que vivo, sino que vive en mi Cristo. (Gal. 2, 20).

La liberación que nos trae el Evangelio de Jesús es profunda, total,

definitiva. Afecta al hombre en su propio corazón. Cristo vino a anunciar los mandamientos que liberan: sed pobres, sed pacíficos, sed misericordiosos, sed limpios de corazón, haced obra de paz, dejaos perseguir por la justicia. Entrad así desde ahora en el Reino de Dios.

El Sermón de la Montaña, programa evangélico de Jesús, es una brecha abierta en la dureza del corazón humano, cerrado en su propio egoísmo. Ciertamente, un programa que, por sí mismo, nadie puede cumplir. Pero la conversión del corazón es anunciada gratuitamente, como don del Espíritu. Si esta conversión comienza a ser un hecho, entonces es que el Reino de Dios está en medio de nosotros (Mt. 4, 17). (C.v.e., p. 50)

Ya la Ley del Antiguo Testamento insiste más en las cosas buenas que se deben realizar, que en las malas que hay que evitar. Pero la vida moral cristiana es claramente una ley de libertad. El cristiano puede «participar en la libertad de gloria de los hijos de Dios». (Rom. 8, 21), porque con la gracia que mereció Cristo en la Cruz, puede liberarse de la esclavitud del pecado. Es posible así alcanzar «la ley perfecta, la de libertad» de que habla el Apóstol Santiago (Sant. 1, 25).

2.3. LECTURA PATRÍSTICA

JESÚS LLAMA A UNA VIDA NUEVA

SAN BEDA, COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN MARCOS

Un hombre, que había oído decir al Señor que los que quieren ser semejantes a los niños son dignos de entrar en el reino de los cielos, le pide que se lo explique claramente y no con parábolas, y que le diga qué méritos tiene que hacer para conseguir la vida eterna. “Así que salió para ponerse en camino, vino corriendo un

joven, y arrodillado a sus pies, le preguntó: Oh buen Maestro: ¿qué debo hacer yo para conseguir la vida eterna?”.

“Nadie es bueno sino sólo Dios.” Este único Dios bueno no es solamente el Padre, sino el Hijo, que dice: “Yo soy el buen Pastor” (Jn 10,11), y el Espíritu Santo, de quien se dice: “Vuestro Padre, que está en los cielos, dará el Espíritu bueno a los que se lo piden” (Lc 11,13); que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, forman una sola e indivisible Trinidad y un solo y buen Dios. No niega el Señor que sea bueno, pero da a entender que es Dios. No dice que no sea buen Maestro, sino que no puede serlo ninguno sin Dios.

Es de advertir que la observancia de la ley daba a sus discípulos, no sólo los bienes de la tierra, sino los eternos, por lo que dice al que le preguntaba sobre los medios de conseguir la vida eterna: “Ya sabes los mandamientos. No cometer adulterio, no matar”, etc. Esta es la inocencia infantil que nos propone para que la sigamos, si queremos entrar en el reino de Dios. “A esto respondió él, y le dijo: Maestro, todas esas cosas las he observado desde mi mocedad”. No debemos pensar que este hombre preguntó así al Señor para tentarlo, como creen algunos, ni que mintió en lo que dijo de su vida, sino que dijo sencillamente la verdad, lo que se demuestra en lo que sigue: “Y Jesús, poniendo en él los ojos, le mostró agrado”, etc. Y es claro que si hubiera sido reo de mentira o disimulo no le hubiese amado quien penetra lo más secreto de los corazones.

Ama el Señor a los que guardan los mandamientos de la ley aunque son menores que los que buscan la perfección. Pero no por eso deja de manifestar que no es suficiente la observancia de la ley para los que desean ser perfectos, puesto que no vino para abolir la ley sino para darle plenitud. “Una cosa te falta aún: anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, que así tendrás un tesoro en el cielo, y ven después, y sígueme”. Por tanto el que está llamado a ser

así perfecto debe vender lo que tiene, no sólo parte de ello, como hicieron Ananías y Safira, sino todo.

Sigue al Señor aquél que le imita y marcha sobre sus huellas.

“A esta propuesta, entristecido el joven, fuese muy afligido”. Pero es mucha la diferencia que hay entre tener riquezas y amarlas, y es por ello que no dijo Salomón “que el que tiene las riquezas, no saca fruto de ellas, sino el que las ama” (Ecle 5,9). Expone el Señor a sus asombrados discípulos el sentido de las palabras antedichas de este modo: “Pero Jesús, volviendo a hablar, les añadió: ¡Ay, hijitos míos, cuán difícil cosa es que los que ponen su confianza en las riquezas entren en el reino de Dios!” En donde es de notar que no dice:

¡Cuán imposible es! sino ¡cuán difícil es! Porque lo que es imposible no se puede hacer de ningún modo, mientras que lo difícil sí, aunque cueste mucho trabajo.

¿Cómo, pues, vemos en el Evangelio a Mateo, a Zaqueo, a José de Arimatea, y en el antiguo Testamento, a tantos ricos que entran en el reino de Dios, sino es porque tuvieron en nada sus riquezas, o las abandonaron del todo por inspiración del Señor? En un sentido más elevado, esto significa que ha sido más fácil a Cristo padecer por los que aman, que convertirse a El quienes aman lo mundano. Y se nos ofrece bajo la figura de camello, porque llevó la carga de nuestros pecados.

La aguja significa las punzadas o dolores sufridos en la pasión, y el ojo de ella sus trabajos, con las que se dignó el Señor renovar en cierto modo los gastados vestidos de nuestra naturaleza. “Con esto subía de punto su asombro y se decían unos a otros: ¿Quién podrá, pues, salvarse?” Y como el número de los pobres es incomparablemente mayor que el de los ricos, estas palabras

expresan que contaba en el número de los ricos a todos los que aman las riquezas, aunque no hayan podido adquirirlas. “Pero Jesús, fijando en ellos la vista, les dijo: “A los hombres es esto imposible, mas no a Dios”; porque no se debe entender que pueden entrar en el reino de los cielos los avaros y soberbios con su avaricia y soberbia, sino que es posible para Dios convertirlos de la codicia y soberbia a la caridad y humildad.

3. LITURGIA DEL SACRAMENTO

3.1. PETICIÓN COMUNITARIA DE PERDÓN

P: Conscientes de nuestra realidad, acudimos a Dios, rico en misericordia para implorar su perdón.

L1: Perdón, Señor, por nuestros egoísmos, nuestra insolidaridad, por la dureza de nuestros corazones.

T: Muéstranos Señor, el rostro de tu misericordia

L 2: Perdón, Señor, por nuestras intolerancias.

T: Muéstranos Señor, el rostro de tu misericordia.

L 3: Perdón, Señor, por nuestras comodidades riquezas y apegos.

T: Muéstranos Señor, el rostro de tu misericordia.

L 4: Perdón, Señor, por nuestros orgullos y por menospreciar a los demás.

T: Muéstranos Señor, el rostro de tu misericordia.

L5: Perdón, Señor, por nuestros individualismos.

T: Muéstranos Señor, el rostro de tu misericordia.

L6: Perdón, Señor, por no descubrirte en el pobre, en el que sufre

y pasa por mi camino.

T: Muéstranos Señor, el rostro de tu misericordia.

T: Devuélvenos, te lo pedimos, el gozo y la alegría, y toda nuestra vida estará e fiesta. Somos amigos: olvida el mal que te causamos, y ayúdanos con tu amistad a convertirnos. Por nosotros, Señor, tu Hijo Jesús, extendió los brazos en la cruz y nos rescató del abismode nuestros pecados. Amén.

P: Dios, Padre de infinita misericordia, tenga piedad de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén

3.2. EXAMEN DE CONCIENCIA PERSONAL

- Cada uno elige uno de los esquemas propuestos.

3.3. CONFESIÓN PERSONAL Y ABSOLUCIÓN

4. RITO DE CONCLUSIÓN

4.1. RECITACIÓN

DE LA ORACIÓN DOMINICAL

P: Haznos, Señor Jesús, como tú: pobres, humildes, serviciales, solidarios, generosos y compasivos. Con la oración que Tú mismo nos enseñaste nos dirigimos a tu Padre y nuestro Padre: Padrenuestro...

4.2. GESTO DE LA PAZ (SI SE DESEA)

P: En Cristo, que nos ha hecho hermanos con su cruz, y como signo de reconciliación, démonos fraternalmente la paz.

4.3. ACCIÓN DE GRACIAS Y DESPEDIDA

- Puede cantarse un canto de acción de gracias.

4.4. ORACIÓN PRESIDENCIAL DE ACCIÓN DE GRACIAS

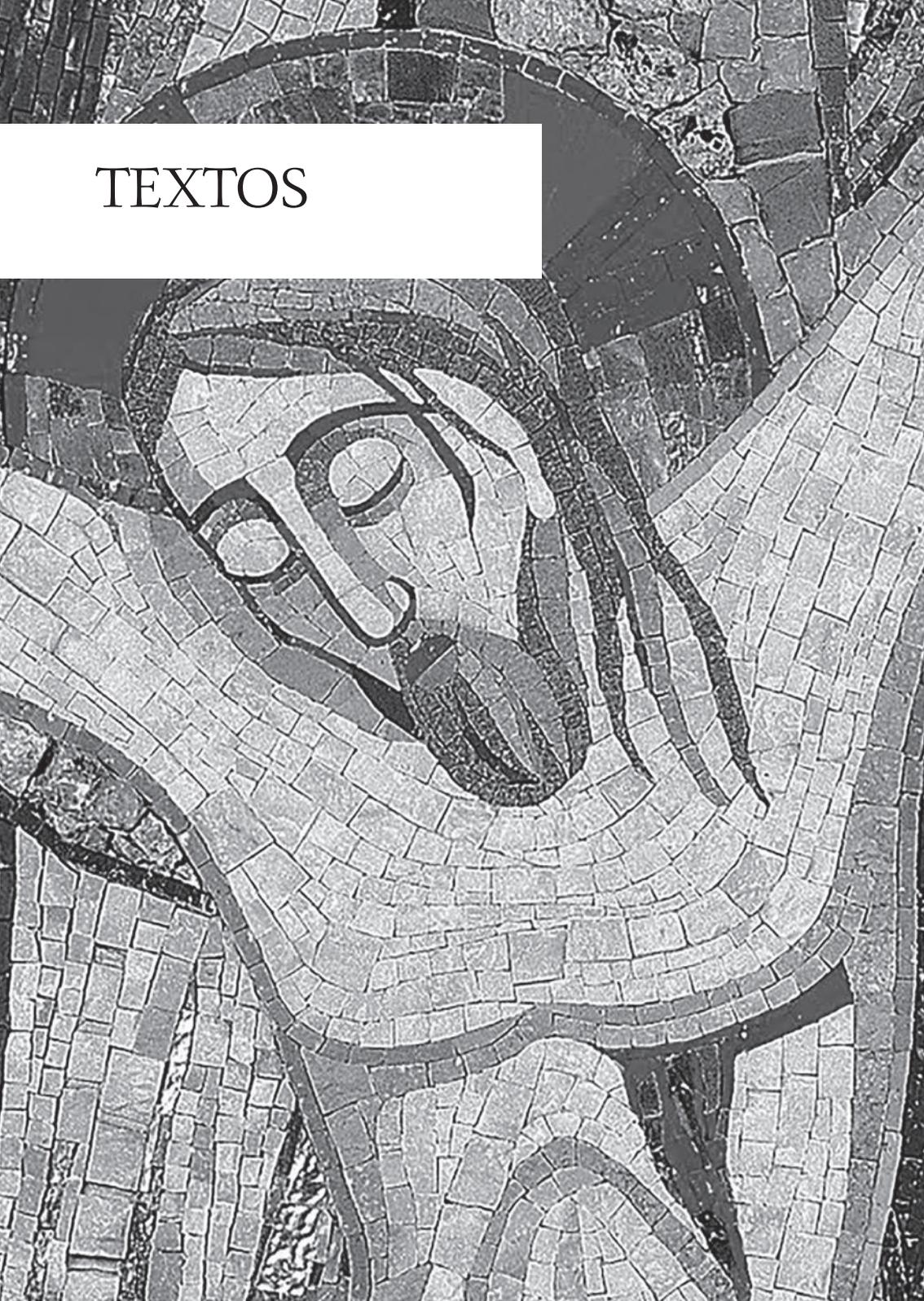
P: Dios, Padre bueno, te damos gracias por el perdón recibido. Aquí nos tienes, dispuestos a hacer eficaz la luz recibida, abiertos a tus llamadas. Queremos proclamar que Tú vives, y que tu misericordia es eterna. Bendito seas por los siglos de los siglos. Amén.

4.5. BENDICIÓN

P: El Señor esté con ustedes.

T: Y con tu espíritu.

P: Dios Padre los bendiga y los ayude a ser testigos del perdón celebrado. Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo + y Espíritu Santo descienda sobre ustedes. El Señor los ha perdonado. Pueden ir en paz.



TEXTOS

TEXTOS 1

1. 1. ¿CÓMO HACER UN BUEN EXAMEN DE CONCIENCIA?

En estos tiempos, hemos notado una crisis bastante extendida en la Iglesia con respecto al examen de conciencia. Por un lado para algunos se ha vuelto un examen de tipo legal (casi como colocarse en el banquillo) hecho exclusivamente en el contexto de la confesión. Por otro, algunos han escogido hacerlo como una práctica psicológica secularizada en donde lo espiritual se ha ido perdiendo. Ejercicios de auto observación son recomendados para conseguir una buena “higiene mental”, en ella lo más importante es que me sienta bien conmigo mismo.

Entonces, ¿cuál es el problema? Muy simple: en cada uno de los errores citados, el centro del examen de conciencia soy yo, cuando en realidad, si este es bien entendido, el centro debe ser Dios y yo.

Primero quisiera presentar algunas ideas claves que nos ayuden a entender el contexto teológico y espiritual para un examen de conciencia. Dejar el escenario correctamente ordenado antes de poner a los actores. Para todos los lectores pragmáticos, tengan paciencia, llegaremos al punto de cómo ponerlo en práctica pronto.

1.1. TRAE TUS RECUERDOS A LA MEMORIA

En nuestros días la memoria ha sido la perdedora. Ha sido reducida a un simple almacenamiento de datos. Es útil, pero no afecta nuestra vida diaria (nuestro sistema operativo). Lo primero que debemos entender es que cuando recuerdo un evento en mi vida, no solo estoy reagrupando información,

estoy re-viviendo el pasado. La palabra memoria viene del verbo en latín, re-memor. “Re” significa fuerza intensa, mientras que “memoria” se refiere a la mente o al corazón. Así que podemos decir que recordar es re insertar algo en el corazón. Evidentemente, nuestro modelo aquí es María; ella sabía como «guardar todas las cosas en su corazón» (Lucas 2,51).

1.2. MUERTE AL MORALISMO

La siguiente pregunta es: ¿qué es lo que vamos a recordar? Muchos consideran que el examen de conciencia es una herramienta que nos ayuda a traer a la mente (recordar) nuestros pecados durante un momento de reflexión antes de acercarnos al sacerdote en la Confesión. Esto es cierto. El examen de conciencia es eso, pero es solamente eso. Benedicto XVI lo explicó muy bien cuando dijo esto:

«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».

1.3. ¡LARGA VIDA A LA HISTORIA DE AMOR!

El corazón de nuestra fe es nuestra relación con Dios. Las relaciones dependen de los encuentros. Haciendo una deducción lógica podemos concluir que lo que necesitamos recordar son los encuentros con Dios. Como prueba de que yo no estoy inventando esto: ¿qué es la biblia sino una serie de encuentros entre el hombre y Dios? De hecho, diría que nuestra fe es un largo recuerdo de la actividad de Dios. ¡El libro del Éxodo está lleno de increíbles encuentros! Su pueblo elegido

abatido y casi derrotado, Dios aparece y salva a la damisela (Israel) en peligro.

Solo después de haber probado inequívocamente el amor misericordioso por su pueblo, Dios le revela la ley que los llevará a una relación más auténtica con Él. Esto significa que el examen de conciencia debe empezar con una canción de alegría que nos recuerde los actos que han revelado la misericordia de Dios en nuestras vidas, hayan sucedido estos muchos años atrás, o tal vez esta mañana en el desayuno.

1.4. ES HORA DE REESTRUCTURAR LOS CIMIENTOS

Ya sea que seamos consientes o no, nuestra vida cotidiana está fuertemente afectada por lo que recordamos. Ahora bien, en un momento de dificultad y sufrimiento es extremadamente difícil reconocer algo positivo, mucho menos la presencia de Dios. Pero más tarde, cuando haces tu examen de conciencia, te das cuenta de que tienes dos opciones:

- Puedes permanecer con esa sensación de frustración e impaciencia por no solo haber soportado una dificultad.
- Puedes preguntarte si tal vez Dios te ha acompañado a lo largo del día.

La presencia de Dios siempre trae vida. Al ir descubriendo, esas situaciones que parecen solo traernos oscuridad y dolor, empiezan a tener una nueva luz y un nuevo significado: ellas en cierto modo, han sido transfiguradas y resucitadas por Su presencia. Aún así, tenemos que tener cuidado con el pensamiento positivo simplista o con el falso optimismo. La clave no es “¿qué es lo positivo que puedo sacar de esta situación?” sino “¿Dios, cómo estuviste presente?” Tenemos que estar abiertos al hecho

de que muchas veces Dios está verdaderamente presente en nuestras vidas incluso en medio de las peores circunstancias. Estas heridas pueden permanecer, pero cuando son ofrecidas en confianza y obediencia se convierten en heridas de gloria que manifiestan el amor de Dios que salva nuestras vidas.

Hay dos prácticas fundamentales que nos permiten lograr esta reestructuración: la meditación de las Sagradas Escrituras y la participación activa en la liturgia.

1.5. LAS SAGRADAS ESCRITURAS:

LA MEMORIA CRISTIANA

¿Alguna vez has sentido esa súbita necesidad de saber más sobre tu familia, sobre tus orígenes? Tal vez explorando tu árbol genealógico podrías encontrarte con un santo. O tal vez tus tatarabuelos fueron unos heroicos emigrantes, o valientes soldados, o incluso frágiles pecadores. Muy pocos cristianos han verdaderamente atesorado en sus corazones las memorias, los recuerdos del Pueblo de Dios. La meditación diaria de las Escrituras ¡es fundamental! El Antiguo Testamento nos enseña una y otra vez las victorias y derrotas (más derrotas que victorias en realidad) del Pueblo de Israel y cómo Dios nunca los abandonó, como su amor misericordioso los abrazó y los protegió una y otra vez.

El Nuevo Testamento también está repleto de detalles del amor misericordioso de Dios, que se hizo uno de nosotros y murió para muchos puedan vivir en Él. Recordar esos encuentros, revivirlos diariamente cambian nuestros débiles cimientos (unos cimientos sin Dios) y los transforman en cimientos cristianos (recuerdos, memorias llenas de Dios) Esto no significa

que ya nunca más tendremos recuerdos dolorosos, significa que ahora los recordaremos acompañados del consuelo de Dios (incluso en esas veces que terminamos teniendo recuerdos ateos, recuerdos en los que negamos la existencia de Dios).

1.6. LA LITURGIA: ESE LUGAR DÓNDE LA MEMORIA DE DIOS Y LA DEL HOMBRE SE ENCUENTRAN

Como veremos más adelante en detalle, todo esto apunta a que aprendamos a recordar como Dios recuerda, aprender a mirar la historia –y nuestra historia personal– con los ojos de Dios. Las Sagradas escrituras nos introducen en esta escuela y en la Liturgia vivimos lo aprendido de una manera especial. Como decíamos líneas arriba, recordar es re-vivir, esto en la Liturgia alcanza su máximo significado. Respondiendo a la invitación de Cristo: «haced esto en conmemoración mía», recordamos el misterio Pascual (la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo) en el sentido más profundo del término, que es re-vivirlo. Estamos reviviendo su pasión, muerte y resurrección. Gracias al Espíritu Santo, la memoria se convierte en una verdadera participación, la memoria de nuestro encuentro con Dios se convierte en un nuevo encuentro.

Es así cómo la memoria de Cristo, de quién es Él, lo que ha hecho por nosotros, y cómo Él nos mira; transforma nuestra memoria (cómo es que miramos nuestro pasado) y le da una nueva forma a nuestra mentalidad en general. Esto transforma la forma en que vivimos, nuestra actividad moral, y la forma en que juzgamos nuestra propia vida.

1.7. ¡ES TIEMPO DE CONTAR UNA HISTORIA!

Me gusta la idea de “contar historias” porque creo que el examen de conciencia necesita ser un momento en el que nos ponemos en presencia de Dios y le contamos la historia de nuestro día, narrando tanto los buenos momentos como los malos, los momentos de luz como los de oscuridad.

Este no tiene que ser un momento en que recito un monólogo, ¡no! Tienen que hablar los dos. Primero tú le cuentas tu historia y luego dejas que Dios te vuelva a contar esa misma historia pero desde su punto de vista. En Génesis 45, 4-5 encontramos un hermoso ejemplo de esto. José luego de haber pasado por muchas y dolorosas pruebas, rompe a llorar ante sus hermanos que lo habían traicionado:

1.8. «ACÉRQUENSE... YO SOY JOSÉ, SU HERMANO, EL QUE USTEDES VENDIERON A LOS EGIPCIOS».

Esto es lo que sabemos de la historia, un hecho real, pero contado desde su punto de vista. No hay necesidad de palabras que suavicen el hecho, José fue traicionado por sus hermanos en la peor de las formas, fue vendido como esclavo. Su vida fue potencialmente arruinada, todo porque sus hermanos estaban celosos de él. José siendo un hombre de fe, no se queda pegado en esa idea, él va más allá, permite que la mirada de Dios transforme su forma de mirar la historia y la convierta en una historia de salvación, tanto para él como para sus hermanos.

«Pero no se apenen ni les pese por haberme vendido, porque Dios me ha enviado aquí delante de ustedes para salvarles la vida... Dios pues me ha enviado por delante de ustedes para que nuestra raza sobreviva... No han sido ustedes sino Dios quién me envió».

Esta es la alegría de un examen de conciencia hecho bien: nosotros contamos nuestra historia –una llena de dificultades y fragilidad– desde nuestro punto de vista, pero después escuchamos a Dios y le permitimos que nos revele su presencia, su providencia, su acción en nuestras vidas.

2. PASOS PARA UN BUEN EXAMEN DE CONCIENCIA

Lo que sigue ahora es cómo ponerlo en práctica. Les dejamos una explicación paso a paso de cómo hacer un buen examen de conciencia:

2.1. ABRE TU CORAZÓN A LA PRESENCIA DE DIOS

Busca un lugar tranquilo, puede ser una esquina en tu cuarto o una capilla cercana. Frente a una imagen sagrada, prende una vela. Tómate unos minutos para respirar y relajarte y empieza por hacer la señal de la Cruz. Cada cierto tiempo, cuando un niño juega, voltea a mirar si su mamá o su papá están observándolo. De reojo este niño encuentra seguridad, aliento y alegría. Este primer momento de nuestro examen de conciencia nos pone en presencia de Dios para redescubrir el amor que tiene por nosotros, por cada uno. Leer un breve pasaje de las Escrituras puede ayudar también.

2.2. DEJA QUE DIOS TE ENSEÑE SU ÁLBUM DE FOTOS

¿Alguna vez te has sentado al lado de tu abuelo mientras él abre su álbum de fotos? ¿Recuerdas el calor, la ternura, el afecto y la intimidad compartida? Ahora es tiempo de que le dejes a Dios hacer lo mismo. Antes de revisar nuestro día, la idea es recordar quienes somos a los ojos de Dios: sus hijos amados.

Trata de recordar algunos pasajes de las Escrituras (el álbum de fotos de Dios). Deja que Él te diga cómo rescató a Israel, cómo sacó a José de aprietos, cómo perdonó a David. Mira la paciencia y la fe que Dios le demostró a su pueblo de Israel. Recuerda las tantas veces en que la fragilidad humana parecía tener la última palabra, hasta que Dios encontraba la forma de demostrar que Él es el Señor de la historia, el Señor de nuestra historia también.

Recuerda a todas esas personas que Jesús amó, todos los corazones que tocó, y todas las heridas que sanó. Piensa en como les habrá hablado y recuerda que Él piensa en ti de la misma forma en que lo hacía con ellos.

2.3. CUÉNTALE TU DÍA A JESÚS

Con todo esto en mente, revisa tu día, pero hazlo en diálogo con Jesús. Mira los puntos centrales, los más importantes en tu día: qué te golpeó, qué fue lo hermoso de ese día, qué fue lo difícil, qué no te quedó claro, etc., No hay necesidad de ser rígido aquí, dale a tu memoria un poco de tiempo y espacio y permite que las cosas vayan saliendo. Una vez que hayas terminado, haz una pausa y quédate en silencio. Aquí, escucha atentamente con tu corazón. Recuerda, este es un diálogo, no un monólogo. Antes de entrar en detalle, trata de meditar qué crees que el Señor te está diciendo o a dónde crees que te está dirigiendo con las experiencias que has tenido este día, con tus actitudes, con los encuentros que has tenido, con tus pensamientos, con las pruebas que has pasado, con tus victorias, etc.

Señor, ¿quién me llamas a ser? Señor, ¿a quién ves cuando me ves?

Señor, ¿qué estás obrando con mi vida? ¿dónde estás? Señor, ¿de qué manera me estoy acercando a ti?, Señor, ¿de qué manera me estoy alejando de ti?

Señor, ¿Estoy poniendo a otros como centro de mi vida? Señor, ¿Estoy cooperando contigo?

Señor, ¿Estoy percibiendo y escuchando tu voz?

2.4. ADMITE TUS FALLAS

Agradécele a Dios profundamente por la manera en que Él está obrando en tu vida, por que nunca se da por vencido contigo, ni te ha abandonado. Haciendo esto, es natural reconocer que han habido momentos en los que no has sido un buen hijo o hija. Has tropezado en el camino, has negado tu propia identidad. Has rechazado la mirada de Dios y de otros y has impuesto la tuya. Aquí es importante tratar de reconocer ambas cosas: lo que hiciste y las posibles causas de por qué lo hiciste. ¿Qué fue lo que te llevó a actuar de esa manera? ¿Cómo puedes evitarlo o mejorar la próxima vez? Esta parte puede ser difícil, pero confía en que la fidelidad y la misericordia de Dios están presentes. Cuando reconoces tus faltas, no te quedes escondido detrás del arbusto (como Adán y Eva). Admite que fuiste tú quien lo hizo y que eres responsable por tus actos. Recuerda, sin responsabilidad no puede haber reconciliación.

Algunas veces podemos ser excelentes justificando o suavizando nuestros pecados. Jesús es misericordioso y nos ama infinitamente, pero también es justo. Si no estás seguro de que algo es pecado o si es solo una tentación, te sugiero que hagas uno de los esquemas de Examen de Conciencia propuestos. Repasar una lista de pecados puede darnos, algunas veces, una visión más objetiva.

2.5. RENUEVA TU BAUTISMO: DE LA MUERTE A LA VIDA

Muchas veces luego de recordar nuestras faltas o pecados, la tentación consiste en pensar: bueno, ¿y ahora cómo arreglo esto? El pecado algunas veces puede ser arreglado pero no por nuestra propia fuerza. El pecado necesita ser perdonado. Más aún, el pecado produce heridas. Las heridas necesitan ser tratadas y curadas. Si no se curan pueden llegar a infectarse.

Llegando a este punto de tu examen de conciencia, es momento de sumergirte en las aguas del río Jordán. Somos bautizados una sola vez, pero frecuentemente olvidamos el renovar la conciencia de nuestro bautismo. Muy a menudo olvidamos que «el Bautismo es el primero y principal sacramento para el perdón de los pecados: nos une a Cristo muerto y resucitado y nos da el Espíritu Santo» (CIC 985). Pon entonces tus pecados en el altar y permite que el Espíritu Santo transforme esas realidades de muerte en realidades de vida. El auténtico arrepentimiento permite que el Espíritu Santo pueda actuar: la desobediencia a Dios ahora se convierte en arrepentimiento, en obediencia. Algo nuevo, algo bueno, algo bello ha nacido: el espíritu del hijo está echando raíces en tu corazón.

La parábola del hijo pródigo es una magnífica ilustración: una vez olvidado, en ruinas, destinado a alimentar cerdos, él retorna, arrepentido, a los brazos misericordiosos de su Padre, y nuevamente es recibido y vestido con las mejores ropas que demuestran que él sigue siendo su hijo.

Ten en mente que este acto de arrepentimiento diario debe ir de la mano con una confesión mensual. Este es el llamado «tipo de bautismo más laborioso» por los Padres de la Iglesia, el sacramento de la penitencia es necesario para la salvación de aquellos que han fallado luego del bautismo. Si tomas

conciencia y te das cuenta de que has cometido un pecado mortal, entonces debes buscar confesarte lo más rápido posible (y abstenerse de recibir la comunión). Si no estás tan seguro o no conoces la diferencia entre un pecado mortal y uno venial, consulta el Catecismo de la Iglesia católica.

2.6. DISEÑEN UN PLAN DE ACCIÓN

En el deporte, un buen entrenador siempre buscará un momento para ver qué pasó en el partido anterior con todo el equipo. Podemos seguir el mismo esquema en la vida espiritual. Luego de revisar todo tu día, tómate un momento para ver cómo puedes mejorar el día de mañana. No hay que ser ingenuos, en un día no vas a lograr pasar del campeonato local a la Champions League (perdón por la comparación). Pero si no nos movemos para adelante entonces nos movemos para atrás indefectiblemente. Trata de encontrar una forma simple que te permita crecer en lo que crees que Cristo te está llamando a crecer. Mantén esta idea o reflexión en mente y trata de recordarla a la mañana siguiente cuando despiertes. Puede ser buena idea que lo escribas en un papel para que no lo olvides (puede ser una frase que pensaste, un pasaje de las Sagradas Escrituras que te conmovió, o simplemente una palabra) Nuestro día depende en gran parte de los primeros momentos de la mañana. Fórmate el hábito de poner en práctica lo que tu examen de conciencia te ha revelado, esto definitivamente puede ser muy saludable para nuestra vida cristiana.

2.7. DALE GRACIAS

Finalmente, recuerda que el examen de conciencia no es una forma escrupulosa de apuntar o magnificar las cosas malas en

nuestra vida y luego sentirse mal por eso. El examen, debe ser una experiencia de alegría, de redención. Tómame un momento para alegrarte y dar gracias a Dios por lo vivido. Como el Padre Rupnik dice:

«En él aprendemos un realismo sólido que revela nuestras ilusiones morales, disciplinarias o psicológicas sobre la perfección, porque experimentamos la gracia de una transformación continua a causa de la muerte y resurrección de Cristo. Un examen de conciencia hecho de esta manera nos lleva a lo que Dostoyevsky apreciaba inmensamente: sentirse libre en una relación con Dios, vivir en libertad como sus hijos. (...) Solo los hijos libres pueden estar presentes y ser testigos del rostro auténtico del Padre».

Muchos de estos pensamientos y algunas frases han sido sacadas del libro escrito por el Padre Rupnik: El examen de conciencia: Para vivir como redimidos. No pueden dejar de leerlo, se los recomiendo.

TEXTOS 2

1. EL EXAMEN DE CONCIENCIA

HERBERT ALPHONSO, S.J. (1930 – 2012, JESUITA INDIANO, PROFESOR DE LA PUG DE ROMA)

Llevo ya años oyendo a sacerdotes, religiosos y seculares comprometidos, durante los ejercicios y fuera de ellos, que han abandonado hace mucho la práctica del “Examen de Conciencia”. Se les ha convertido en pura rutina sin sentido. ¿Qué sentido tiene, preguntan, recorrer un día tras otro, cuando no dos veces al día, los puntos de lo que se les enseñó que era el “Examen de Conciencia”: primero, dar gracias a Dios por los vocación, dones personales, etc.; seguidamente pedir luz para ver sus faltas y pecados; luego examinarse para encontrar algunos pecados, etc. (con frecuencia no pueden encontrar ninguno, dicen, pero seguramente que tienen alguno...); y por fin hacer un acto de contrición y propósito de la enmienda, sin saber exactamente lo que se proponen enmendar, hacer o dejar de hacer...?.

Tanto me ha impresionado esta historia tan repetida que me he preguntado seriamente cual podría ser la razón por la que esta práctica tradicional, pero profunda y espiritual, se ha convertido en “rutinaria” para tantos cristianos comprometidos y consagrados. Creo que he averiguado la razón: el “examen de conciencia” lo hemos convertido en un ejercicio de pura moralidad, cuando de hecho es el ejercicio diario de discernimiento.

La moralidad como tal pertenece al Antiguo Testamento; lo típico del Nuevo no es la pura moralidad sino el discernimiento.

Como cristianos, discípulos de Jesús, nuestro criterio de conducta y acción no es puramente lo justo en cuanto se opone a lo injusto, lo bueno en cuanto se opone a lo malo. La ley del Nuevo Testamento es la ley del amor, escrita no en placas de piedra fuera de nosotros mismos, sino en nuestro interior, en nuestros corazones. El cristiano, persona del Nuevo Testamento, pregunta dónde está el “mayor amor”: no es moralmente libre para escoger una de dos alternativas cuando las dos son buenas. Por medio del discernimiento, trata de encontrar dónde le llama el “mayor amor”, y según eso decide. En este sentido, como ejercicio de discernimiento, el “Examen de Conciencia” es el ejercicio típico del Nuevo Testamento.

Lo característico del discernimiento cristiano es que está basado en la experiencia: el discernimiento de espíritus es un cerner las experiencias internas para rastrear su orientación, y así determinar su origen, si son de Dios, para abrazarlas y hacerlas propias; si del mal espíritu, para rechazarlas. Segundo, para ocuparnos de nuestras experiencias tenemos que empezar por hacernos conscientes de ellas, por eso, precisamente, porque se trata de un ejercicio de discernimiento, el “Examen de Conciencia” es un examen de consciencia, consciencia de nuestra experiencia real y concreta, cualquiera que sea.

Llama la atención que, tanto en latín como en las lenguas derivadas del latín, una misma palabra significa la consciencia moral y la psicológica: castellano, francés, italiano. Ignacio popularizó el examen de consciencia, que es en realidad el “examen de consciencia”, como un ejercicio de discernimiento.

¿Cómo lo hemos de hacer?. ¿Cuáles son los pasos concretos?

1.1. ACCIÓN DE GRACIAS

Porque se trata de un ejercicio típicamente cristiano, comenzamos dando gracias. La imagen de la vida espiritual cristiana no es la de una persona que lucha por llegar hasta Dios. Según la revelación bíblica, la primacía o iniciativa la tiene Dios: Él es el que está siempre viniendo a nuestras vidas con sus dones, su gracia, su amor y su poder; nuestro papel es el de recibirle activamente a Él y a su acción salvadora.

Por eso, para situar nuestro “examen de consciencia” en su contexto apropiado como ejercicio típicamente cristiano, comenzamos por reconocer la venida de Dios a nuestras vidas, sus dones, su gracia, su acción dentro de nosotros: le damos gracias.

1.2. EXPERIENCIA

Dentro de ese contexto típicamente cristiano empezamos nuestro ejercicio de discernimiento. Lo cual quiere decir que primero nos fijamos en la experiencia real del día, sea positiva o negativa. Si hemos de afrontarla, tenemos que hacernos conscientes de ella, y luego aceptarla como es.

- Conciencia o caer en la cuenta de la experiencia como ha tenido lugar en realidad.
- Aceptación de la misma.

Tenemos que detenernos en esta fase de la aceptación porque con harta frecuencia se da por hecha. Deberíamos distinguir claramente entre “aprobar” y “aceptar”: “aprobar” o “desaprobar” implica un juicio, mientras que “aceptar” o “no aceptar” es una actitud. Hay muchas cosas que Dios no puede “aprobar” en lo que digo o hago, y no obstante me “acepta” incondicionalmente en esas mismas cosas. Estoy certísimo de ello. Esta actitud de

Dios para conmigo la debo tener también yo. La experiencia me ha enseñado que o confundimos “aprobación” y “aceptación”, “desaprobación” y “no aceptación”. o damos por descontado que la “conciencia” o “caer en la cuenta” de una experiencia supone ipso facto su “aceptación”. Lo que pasa de hecho es que tenemos una especie de dinámica interna espontánea de “no aceptación” que funciona en cada uno de nosotros. Y uno de los grandes frutos de mi experiencia de dirección espiritual es haber visto que la “no aceptación” de la experiencia humana real es un obstáculo fundamental que en tanta gente de buena voluntad bloquea el crecimiento efectivo humano y espiritual.

Valdría la pena explorar lo espontáneamente que esta dinámica interna nuestra de “no aceptación” nos domina en la práctica. O huimos de la experiencia que hemos tenido, o le cobramos miedo, o nos sentimos culpables, la reprimimos o suprimimos -todas formas de “no aceptación”-. ¿Cómo vamos a tratar una experiencia si comenzamos por hacer tabula rasa de ella?

Pongamos por ejemplo mi consciencia de haber sido impaciente, de haberme enfadado y perdido los estribos. Sin caer en la cuenta, adopto en mi interior, pero sin formularla en palabras (ahí está la insidia, porque si la formulara muchas veces la reconocería), una de estas dos posturas: o comienzo a lamentarme, en términos que implícitamente quieren decir: “En el fondo soy un buen chico, lo que pasa es que no me entienden, desgraciado de mí”; o me atrincheró justificándome, como si dijera: “Es que me han provocado y se han llevado lo que se merecían”. No es difícil descubrir que la queja del uno y la autojustificación del otro son, psicológicamente una forma de “no aceptación”.

Ahora bien, para demostrar que en mi “Examen de Conciencia” tengo que tratar no solamente los casos de experiencia “negativa” sino también “positiva”, tomemos este ejemplo: veo que he sido verdaderamente servicial. También aquí puedo tomar una de dos posturas extremas: o comienzo a “sentirme incómodo por sentirme complacido” en el sentido que no me atrevo a reconocer que he obrado bien (se me ha acostumbrado a no reconocer lo bueno que hago por temor de enorgullecirme); o hasta tal punto exagero mi experiencia que me considero como un modelo de virtud por haber sido tan amable (me encuentro dispuesto a que se proponga como modelo), que no son sino otras tantas formas sutiles de “no aceptación”.

Esto demuestra la absoluta necesidad de emplear tiempo y energía para aceptar realmente nuestra experiencia: no podemos dar esta “aceptación” por descontada.

1.3. “LIBERTAD” POR MEDIO DEL DISCERNIMIENTO

Sólo cuando hayamos aceptado conscientemente nuestra experiencia real y concreta, cualquiera que sea, podemos ser cristianos auténticos en y por medio de esa misma experiencia. Lo característicamente cristiano, hemos visto, es darse y entregarse al Señor, es decir, hacerse “libre” para el Señor, abrirsele, y a los demás en Él en la experiencia humana concreta y real.

Pero cada uno de nosotros tiene, en su “vocación personal”, su manera profundamente personal y única de ser “cristiano”, es decir, de darse, o hacerse “libre”, en toda experiencia humana. Dicho con otras palabras, cada uno de nosotros tiene un criterio de discernimiento único y secreto en medio de toda nuestra experiencia humana.

La fase específicamente “cristiana” del “Examen de Conciencia” es, por tanto, que al llegar aquí nos pongamos en la actitud de nuestra “vocación personal”, la cual nos “liberará” de nosotros mismos para llegar hasta el Señor en y por medio de nuestra experiencia real y concreta. Y ello tanto en las experiencias llamadas “negativas” como en las “positivas.”

Poniendo juntos todos estos pasos, puedo ahora ofrecer esta definición o descripción del “Examen de Conciencia”: es, en la oración, una reorientación del corazón que comienza por la acción de gracias, y pasa seguidamente a centrarse en el Señor por medio de la propia experiencia real y conscientemente aceptada.

El sacramento de la reconciliación está íntimamente ligado con el “Examen de Conciencia” tal como lo hemos definido. Para la mayoría de los católicos, que tienen la idea cristiana justa de la economía sacramental, la práctica de la “confesión” obligatoria en el caso de pecados graves no presenta dificultad. Lo que muchos de ellos no parecen entender ni estimar es el sentido que pueda tener la “confesión de devoción”.

Si el “Examen de Conciencia” significa, como he dicho, mi esfuerzo diario para entregarme a mí mismo en el crisol de mi experiencia real y concreta que es mi esfuerzo diario por ser auténticamente “cristiano”, entonces la “confesión de devoción” significará llevar ese esfuerzo, de vez en cuando o a intervalos periódicos (quincenales, mensuales...) al culmen de la expresión sacramental.

La mejor manera es concentrarse en una o dos zonas que la práctica fiel del examen de conciencia nos revele como particularmente necesitadas. El arrepentimiento se concentra así en una zona concreta, y la gracia del sacramento se canaliza

también hacia la misma, lo que nos ayuda a crecer en ese preciso aspecto de la vida y servicio cristianos. La experiencia ha demostrado que, en la práctica, la “confesión de devoción” no surte sus efectos de vida cristiana a causa de la disgregación del esfuerzo en demasiadas zonas y un terreno demasiado amplio.

1.4. EL EXAMEN PARTICULAR

La sola mención del “Examen Particular” despierta enseguida recuerdos de esfuerzos, generalmente estériles, de los primeros estadios de la formación espiritual para mantener una experiencia de “contabilidad espiritual”: o tomábamos un defecto y apuntábamos día tras día las faltas que cometíamos, procurando disminuir su número progresivamente; o elegíamos una virtud y contábamos los actos que lográbamos realizar a diario, procurando aumentar su número de un día a otro.

Si tenemos en cuenta la experiencia de tantas personas que se formaron en la práctica del “Examen Particular” así entendida, tendremos que reconocer que esta clase de “contabilidad espiritual” sencillamente no funcionaba: muy pronto se abandonaba por “inútil” e “imposible”. Nada menos que el P. Luis de la Palma, el gran escritor y director espiritual de fines del siglo XVI y principios del XVII indica que según su experiencia y la de otros que dirigía, esta manera de practicar el “Examen Particular” era por lo general inútil.

Con todo, los autores espirituales clásicos han calificado el examen particular como “el pulso de la vida espiritual”. Recuerdo que, siendo novicio, se me aseguró como de muy buena tinta -si bien hasta la fecha no he podido verlo documentado- que San Ignacio confesó haber llevado el “examen particular” los últimos veinte o veinticinco años de su vida sobre la vanidad,

ambición, vanagloria. Sea como sea, uno se siente inclinado a tachar de piadosa exageración las ponderaciones de los autores espirituales sobre el examen particular como “pulso de la vida espiritual”. Yo lo descarté al comienzo de mi formación en la Compañía, como tampoco di crédito al dicho de que San Ignacio llevó el examen particular sobre la vanidad, la ambición y la vanagloria los últimos veinte o veinticinco años de su vida (precisamente los años en que experimentó las grandes gracias místicas que Dios le concedía con tanta profusión). “Estos santos siempre tienen que salir con algo ‘piadoso’ sobre sí mismos”, recuerdo que fue mi reacción.

¿Quién era de hecho este Ignacio de Loyola cuando Dios le sorprendió en Pamplona rompiéndole la pierna de un cañonazo? Nos lo dice él mismo en las primeras líneas de su Autobiografía (nn. I; 4-6): su único sueño era de ganar honra, realizar grandes proezas por su rey y su dama. Fue entonces cuando Dios le asió y le dio un giro de 180 grados. Le dijo a Ignacio: “Estás soñando sobre tu mayor gloria; ¿sabes el significado que he dado a tu vida? No tu mayor gloria sino mi mayor gloria (la mayor gloria de Dios)”. Yo no tengo duda de que la “vocación personal” de Ignacio era la mayor gloria de Dios. Ignacio no lo olvidó jamás; cuanto mayores eran los dones que Dios le prodigaba, más vigilante se hacía para emplearlos en la mayor gloria (a la cual seguía inclinado), pero no la suya sino la de Dios. ¿Sería sorprendente, si pudiéramos probarlo, que su examen particular en sus últimos veinte o veinticinco años versaba sobre la vanidad, ambición, vanagloria?

Lo que esto, pero sobre todo mi propia experiencia personal junto con mi ministerio espiritual, me ha revelado es que el “examen particular” es con toda verdad el examen “particular”,

“específico” o “único”, el propio de una persona. ¿Y qué hay más “particular”, “específico” y “único” de una persona que su “vocación personal”? No deja de ser significativo que en castellano la palabra “particular” no es simplemente lo opuesto a “general”, como ocurre en inglés, por ejemplo, sino que muchas veces se emplea para referirse a un individuo, como cuando se dice: “este particular me lo dijo”.

El “examen particular” no es, pues, algo diferente de la “vocación personal”. En este sentido más profundo, no hay muchos temas de “examen particular”; cada persona tiene sólo uno, y no es otro que su “vocación personal”. No es extraño que el “examen particular” llegue a ser el criterio exclusivo de discernimiento de una: persona para toda la gama de la experiencia humana, su manera propia y específica de disponerse a encontrar al Señor en la situación en que se halle. En resumen, es su manera personal y exclusiva de “hallar a Dios en todas las cosas”, de ser “contemplativo en la acción”. De esta forma, la práctica del “examen particular” abarca toda la vida espiritual. ¿Sería una exageración decir que el “examen particular” es de verdad “el pulso de la vida espiritual”? Porque no se puede decir que uno está espiritualmente vivo si no vive el significado que Dios le ha conferido en la vida; pues en tal caso, puede decirse que está muerto.

1.5. PRÁCTICA DEL EXAMEN PARTICULAR

He hecho antes referencia al Padre Luis de la Palma y su magistral comentario de los Ejercicios Espirituales, “Camino Espiritual”. Yo lo leí siendo joven estudiante de Filosofía en Barcelona (1952-1955). Lo que este ilustre director de espíritu enseña sobre la práctica del “examen particular” me resultó ya entonces esclarecedor y aun liberador.

Dejando de lado los métodos que he calificado de “contabilidad espiritual”, la Palma ofrece otra manera de practicar el “examen particular”, aun cuando su idea de “examen particular” está todavía atada a concentrarse en una zona particular (positiva o negativa) de nuestra vida diaria real. Su sugerencia puede parecer engañosamente sencilla; de hecho responde a una profunda intuición de la naturaleza de la vida espiritual cristiana y de su desarrollo.

La práctica del “examen particular”, dice la Palma, consiste en elegir algunos momentos muy concretos del día -momentos bien determinados y ciertos, aunque sean pocos- y en ellos ponerse en la actitud del punto escogido como tema para el “examen particular” Nada de hacer sumas de cuántas veces he faltado o dejado de faltar (el caso de una zona “negativa”) o las veces que he practicado una virtud (zona “positiva”); todo lo que hay que hacer es comprobar si hemos sido fieles al número fijo de momentos escogidos para ponernos en la actitud respectiva.

¿Engañosamente sencillo, verdad? Y, sin embargo, contiene la profunda intuición de que la libertad humana no tiene otro papel que desempeñar en la vida espiritual sino disponerse activamente para recibir a Dios, que es quien hace el resto. A Él pertenece la iniciativa y la primacía de la acción: Dios es el que está siempre viniendo a nuestras vidas para salvarlas y redimir las (“Viene, viene, siempre viene”, como cantó nuestro gran poeta laureado Rabindranath Tagore en su Gitanjali.). Si nuestros corazones están “dispuestos” para Dios, experimentaremos la unión con el Señor. En concreto, lo que la Palma sugiere no es otra cosa que un “disponerse” regularmente a ser o hacer lo que uno fija como tema de su “examen particular”. Si lo hacemos fielmente en los momentos determinados, tendremos todas

las probabilidades de que no seamos cogidos de improviso: seremos o haremos lo que cuidadosa y diligentemente hayamos decidido ser o hacer.

Hasta aquí La Palma. Después de recibir la gracia no sólo de discernir mi propia “vocación personal” sino de experimentar su poderoso influjo para mi vida y trabajo, he captado más radicalmente aún lo que es la práctica auténtica del “examen particular”. Si, como he explicado, el “examen particular” no es diferente de la “vocación personal”, si la “vocación personal” es la manera irrepitiblemente única y propia mía de disponerme para el Señor, entonces la forma más relevante para mí de practicar el “examen particular” es asumir en profundidad la actitud de mi “vocación personal” en esos momentos concretos que he escogido en mi vida diaria. Esto mismo me dispone como ninguna otra cosa podría disponerme para salir al encuentro del Señor en las personas, acontecimientos y circunstancias de tiempo, lugar y actividad de la vida diaria. Es, en último análisis, mi manera exclusiva y personal de “hallar a Dios en todas las cosas”.

